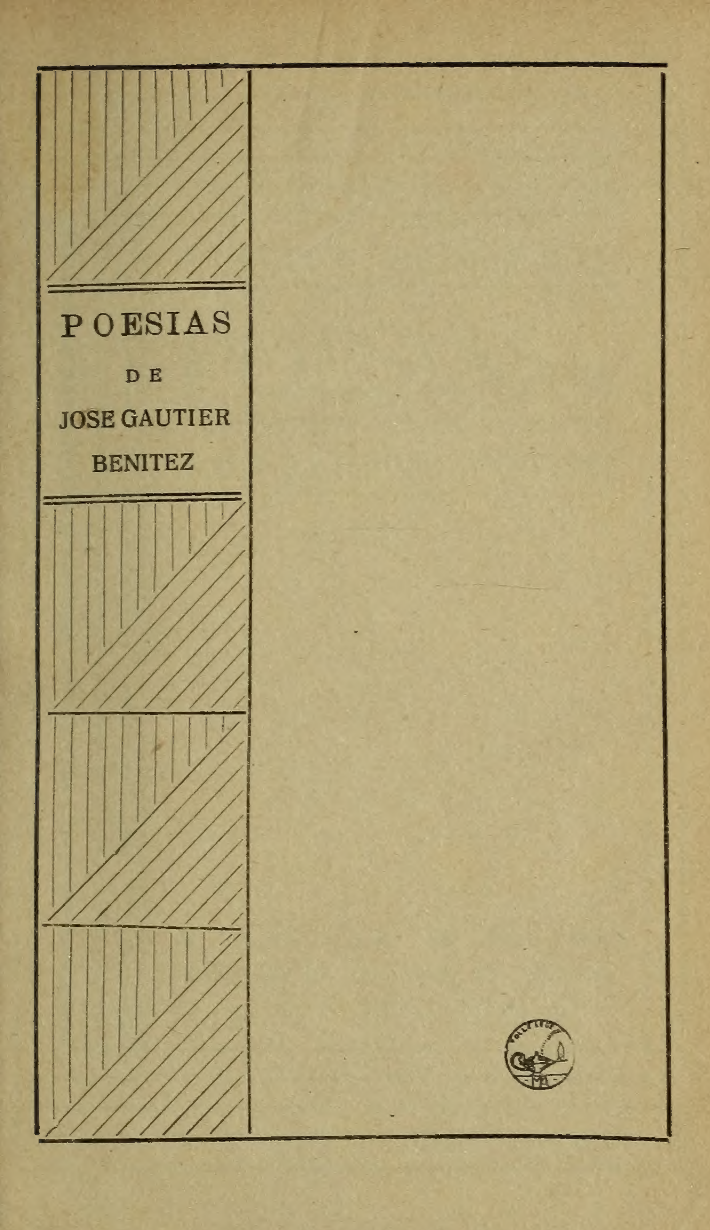





POESIAS
DE
JOSE GAUTIER
BENITEZ

EDICION COMPLETA

POESIAS DE

JOSE GAUTIER BENITEZ

M. AGUILAR • EDITOR
MARQUÉS DE URQUIJO, 39.—MADRID
— — — — 1929 — — — —

PRÓLOGO



JOSE GAUTIER Y BENITEZ

I

Aquí está el libro, acabado, terminado y completo en todos los detalles que lo constituyen, y en el lleno de todas esas minuciosidades en que se fija el autor que da por primera vez una obra al público y con las cuales se embelesa o se irrita según se acuerdan, más o menos, con lo soñado en la velada corrección con que se ven las cosas en la mente.

Aquí está el libro, con sus recortes, sus faltas, sus esmeros, sus sorpresas gratas y sus nimiedades desesperantes, su tamaño más reducido del que se espera siempre del primer volumen que su publica, su esmerada impresión en el papel escogido, su errata de la foja tal no perdonada nunca, sa casualidad de la composición cuál que resalta más bella, ocupando el centro de la página blanca.

Aquí está, esperando la hora en que el prólogo se escriba; aguardando el momento en que aquellas frases pensadas y comunicadas se fijen en el papel, pendiente sólo de mi mano para salir a la luz y llenar el deseo de su autor, el sueño de sus últimos días, cumplido como se cumplen siempre nuestros anhelos: o nunca, o tarde; muy tarde, como éste.

Todo está aquí, menos él, para contemplarlo a so-

las y escudriñar el último defecto, y gozarse en el último perfil.

Todo está aquí: sus amigos, para festejarlo; su público, para recibirlo; su alma misma, entre nosotros; pero él, José Gautier y Benítez, el que pasaba por delante de nuestros ojos, el que se sentaba a nuestro lado, el que hablaba con voces de la tierra, se ha ido, se ha marchado a ese país de que no se vuelve más.

Si hace un mes, cuando se daba con nosotros las manos, cuando aún se agitaba en el mundo que todo lo empequeñece, temíamos presentarlo al público porque nos mirábamos chicos para poder remendarlo, juzgad ahora de nuestro temor cuando vamos a presentar su sombra, y cuando es sabido que las sombras crecen y crecen si el rayo de luz que las proyecta baja en la dirección que viene el de nuestra alma, que envuelve y abraza su memoria.

Pero en vida, cuando todavía soñaba en nuestra compañía, nos lo había indicado; y se lo habíamos prometido. Pero en vida no habíamos sabido negarnos a la amistad, y en muerte menos nos atrevemos a resistir a tan dulce encargo. Pero acabado de morir, recordamos sus continuas indicaciones para que empezáramos, y parécenos hoy esta obligación todavía más sagrada, tomando para nosotros el carácter de una manda que queremos cumplir.

Ayer, repugnábamos la idea de hacer su presentación porque comprendíamos que él, de todos los nuestros conocido como poeta, era más bien el llamado a presentarnos, en caso de haber sido nosotros de los ungidos también con el óleo santo de la poesía.

Hoy perdemos todo escrúpulo, porque en la impo-

sibilidad de que él hable por sí, como le recomendábamos, hacemos sus veces, hablamos por él y comprendemos que, llevando su libro en la mano, es él mismo quien se presenta; es por él por quien se nos abren las puertas; tanto, que si se nos escucha es porque venimos pronunciando su nombre.

¡Ah, y qué diferencia de aquel ayer a este hoy!

Entonces, cuando meditábamos un momento en cuanto habíamos de referir sobre el fecundo tema de sus talentos, contábamos advertir que todo lo que se conocía de él era nada; que todo lo que se publicaba era un boceto del cuadro aún no terminado, todo un amanecer, una claridad crepuscular, una promesa, una esperanza.

Ahora, todas aquellas ideas por expresar, aquellos originales por escribir, ya no tienen colocación oportuna en estas páginas. Las nubes del color de rosa de las ilusiones, se han dorado con la luz tibia de los recuerdos; las perlas de la alegría del alba en las flores, se han trocado en el rocío de lágrimas con que llora la tarde; el amanecer se ha convertido en ocaso, y sigue la penumbra; pero ya no es la promesa de la mañana, ya no es la esperanza de mayor luz: los cantos de alborozo en las ramas se han extinguido, para no dejar oír más que el arpegio sentido de los ruiseñores que quedan despiertos en el follaje; los crepúsculos se han juntado en la noche por detrás del mundo, y por detrás de lo presente se han juntado lo que había de ser con lo que ha sido, para perderse y confundirse en el lugar donde no se empieza ni se acaba.

II

Todos nosotros supimos, casi en el mismo momento, la noticia de que Gautier había muerto, cuando en la mañana del 24 de enero se enfrió aquel ardentísimo corazón. Sus poesías hacía tiempo que venían anunciando aquel acontecimiento, y, sin embargo, hubo muchos a quienes sorprendió. Nadie creía que aquello pasase de ser un recurso poético. Sólo los que estuvimos cerca de él en los preliminares de aquella noche lúgubre, pudimos comprender que fuese irremediable y cercana la consumisión de aquel destino. A su lado se experimentaba esa sensación de inquietud que precede a los momentos de una cita importuna, y ya últimamente se notaba en su aposento algo sombrío y extraño, algo que anunciaba la presencia del terrible huésped. No había más que entrar allí para comprender que allí estaba la muerte, abrazándose a un cuerpo para arrebatarlo al mundo y devolverlo a la tierra. Las extraordinarias fuerzas de aquel espíritu que estaba todavía entre nosotros, porque lo quería, porque lo disputaba, íbase extinguiendo. La lucha horrible que hasta entonces había sostenido se iba venciendo. En vano revelábase su energía contra aquella derrota; en vano sus párpados, queriendo cerrarse, él los abría para sonreír a su joven esposa, que no se le separaba un instante; la resistencia ya era inútil, imposible; la tranquilidad se presentaba como el símbolo de la entrega, dando los primeros vislumbres de la quietud de la tumba. El ángel, inquebrantable como

la Providencia que le enviaba, tendía sobre su rostro el imponente velo de la palidez, y poco después rociaba su cadáver con la frialdad de la huesa. Gautier ya no era Gautier. Su cuerpo enfermo y débil quebrábase, y su alma, aquella águila de tan alto vuelo, libre de su cárcel, remontábase a satisfacer en el cielo la sed de ideal que le había atormentado durante toda su permanencia en el mundo. Su corazón, como un laúd muy usado, había perdido su fuerza hasta que sus cuerdas estallaban en una última vibración. Su cuerpo, devorado por una eterna fiebre, se había consumido rápidamente, mientras su alma completaba aquella destrucción a fuerza de sentir. No puede dudarse que, en ciertos casos, el espíritu contribuye mucho a esa ruptura entre lo material y lo divino. Las más de las veces el cuerpo sólo basta para ello, pero no por eso deja algunas veces el alma de ayudar a la obra.

La vida, en general, puede decirse que es un licor que se bebe insensiblemente y que, insensiblemente, va agotándose. La muerte es la última gota que nos adormece, pero que nos adormece en el irremediable sopor de un sueño, del que no podemos despertar. Como vivir es pensar, es sentir, es gozar, es sufrir, es sacrificarnos según el ideal de cada uno, y cada cual se embriaga con la existencia a su modo, hay que beber con mucha medida ese néctar, si no queremos anticipar la embriaguez de la eternidad.

Gautier fué uno de esos intemperantes. Ya por necesidad, ya por esa especie de vocación que empuja y lleva a ciertas naturalezas a sufrir por sí y por los demás, en una como concentración de sus pesares

y reclamación espontánea de los ajenos, lo cierto es que parecía complacerse en atormentarse con cuanto había de doloroso en su alrededor.

Hay, a no dudarlo, en el mundo muchos de esos temperamentos esencialmente cristianos, y a no dudarlo también, de esas organizaciones en que nacen los grandes poetas y los grandes filántropos. Parece como que esa clase de hombres se empeñan en redimir a los demás de sus penas, tomándolas para sí, y como que se gozan después en esa melancolía que Víctor Hugo hace consistir en el placer de estar triste. No hay más que leer las obras de Gautier para comprender que pertenecía a esta familia de mártires. Es cierto que, como todos nosotros, tenía sus veleidades, sus momentos, sus tiempos de abandonarse al egoísmo. Habrá quien diga aun más, y añada que había en él dos naturalezas, la del hombre y la del poeta. Una, ávida de alegría, buscadora de comodidades, perseguidora de deleites, mientras se agitaba en medio del bullicio de la sociedad y entre la algazara del mundo; otra, soñadora, desinteresada, únicamente en apariencia, y que fingía para hacer sentir a los demás, pero siendo todo en él pura ilusión, puro arrobamiento de la mente. Protesto de esa opinión.

Yo creo, porque lo he visto, que hay en la literatura carecteres de esa naturaleza, seres de aspectos dobles, que llevan en la vida real una faz y en la escena del arte una careta. Creo que, acudiendo al corazón para arrancarle sus recursos de sentimiento, podrá completarse el cuadro, llenarse las fórmulas del drama, cumplirse las exigencias del teatro en que tal actor se mueva, ser más aún que irreprochable; y aun llegar,

por medio de un gran espíritu, a abstraerse, a poseerse de su papel hasta el extremo de vivir conmovido durante las horas de creación y conmover a los demás con el aparato de un doloı afectado, de una tragedia que está en la imaginación solamente. He ahí uno de los milagros de la inspiración y uno de los grandes efectos del arte.

Creo en todo eso; pero, para mí, el que sabe conmover con una historia simulada y arrancar lágrimas a los demás con ella, es la gran excepción, el gran artista. Por lo demás, y en la tesis general, aun admitiendo esos aspectos dobles, en otros casos me los explico, como hijo de las circunstancias, uno; como reflejo del corazón, el otro. Veo al poeta sentimental aturdirse en la vida, irradiar alegría, moverse poseído de locura, y lo entiendo tan sólo como un esclavo del medio en que se agita. Veo al aturdido del mundo, al alegre de los salones, al loco de las orgías, hundido en la soledad de su gabinete, lleno de unción y de pesares suyos y ajenos, y me parece en aquel momento hijo de sí propio, manifestación perfecta de su interior, espontánea sinceridad de un alma que se muestra cómodamente tal cual es, sin influencias que la modifiquen, sin detalles que la alteren, abandonada a la natural corriente de sus sentimientos; y así me explico a Gautier. De lo contrario, ¿cómo comprender su libro? ¿Cómo entender ese tono tan sostenido desde que empieza hasta que acaba? Su propia composición *Mis gustos*, que no quiso se incluyera en el presente tomo, no es otra cosa que una descarnada declaración en que alardea de un temperamento *alegre y materialista*; pero declaración contestada y con-

tradicha por él mismo en su otra poesía *La lágrima del muerto*, que va entre las restantes que designó para su libro, y en la cual nos prueba, una vez más, cómo aun por entre los propios resquicios de sus contradiciones de carácter, que las tenía, brotaba siempre su alma, su fondo *triste* y *poético*, revelado en toda su obra.

Lo que hay es que, para ser artista, para ser poeta, se necesita como primera condición una extremada impresionabilidad; de ahí que muchas veces apareciera Gautier esencialmente voluptuoso, porque una vez invadido por lo predisponente a la molicie, la sentía como verdadero poeta, mejor que los demás y más profundamente; pero esto no puede ser nunca indicio de materialismo si a la vez se saben sentir, como él las sentía de igual modo, la inocencia, la pureza, la fe, la libertad y todas las grandes virtudes y energías del corazón humano. Gautier ha podido, pues, ser voluptuoso, y lo ha sido. Su composición *La danza*, que también quiso proscribir de su colección, nos lo demuestra; pero esos escasos momentos de mundanal alegría no eran, no, el tono para el cual templaba con afición su lira. Por lo general, su estado de ánimo era el de la elevada tristeza que lamentaba sus propios infortunios y los infortunios de todo lo que adoraba.

Yo no sé si este concepto formado por mí del individuo, nace de que le alcancé tan solo en la última época de su vida, cuando ya fundado en el matrimonio y empezado a minar por la enfermedad, no corría tras el mundo; pero pienso haberlo deducido acertadamente del estudio de sus poesías, aun mejor que de

otras confesiones no muy frecuentes en su habitual concentración y reserva. Gautier, en efecto, tenía muchos conocidos, pero muy pocos amigos; y muy discreto en materia de expansiones, pocas veces entregaba a los demás su secreto, prefiriendo poner su confidencia en la cauta amistad de sus versos, que nos parecen estar publicando a perpetuidad la atractiva belleza de su espíritu idealista y sentimental.

No hay que dudarlo.

El alma es un perfume que transciende irremediablemente y se esparce más allá del vaso que lo contiene; perfume tan sutil que se escapa a pesar nuestro para mostrarse, y tan profundo, que deja su esencia por dondequiera que pasa y en donde quiera que toca.

Es como la respiración, que puede contenérsela un momento; pero nada más que un momento.

La hipocresía no es más que una pausa dada a la respiración del alma. Por eso la mueca con que el hipócrita aparenta lo que quiere, no puede durar mucho. Finge hasta donde le alcanzan las fuerzas, mas como tiene que respirar, en seguida se le descubre.

Si las almas, a pesar nuestro, no se dieran a conocer, no habría hipocresía, porque todos nos creeríamos unos a otros, en la imposibilidad de olfatear el interior del embustero; pero como su podredumbre va con él a todas partes, de cerca nos apesta en seguida, y de lejos nuestro dedo lo señala con repugnancia.

Siendo esto así, imposible no conocer en toda la obra de Gautier un mismo corazón, manifestado igual y persistentemente durante toda su vida.

El dividió su libro (*) en tres partes, correspondiendo en ellas a las tres épocas de su existencia. Yo no tengo que decir nada de ellas, porque sus composiciones, siempre inspiradas en la verdad, dejan adivinar perfectamente toda la serie penosa, la sucesión tristísima de dolores por que atravesó su musa, coronada de rosas el primer día de su visita, ornada luego con renuevos de mirto del color de la esperanza, ceñida después del velo de los pesares que le contristaban y abandonada más tarde a la inacción de la impotencia y a la energía pasiva de las lágrimas.

En cambio, aun podría explicar algo más de mi pensamiento y poner aún más de relieve el juicio que formaba de su espíritu, para mí invariable, siempre el mismo, revelado en todas y cada una de las partes de su libro, y eternamente invadido por un solo sentimiento: el amor.

Yo no sé en qué parte lo he dicho alguna vez; pero, para mí, el amor no se siente de igual manera por todos los caracteres. En algunos de ellos, el que ama quiere aprender también su tema, que lo ejercita con todo el mundo para estar seguro de no olvidarlo; y por eso hace en su corazón un lugar para todo, todo lo bendice y todo es pasto a propósito para avivar la llama en que se consume.

Allí van odios y cariños, simpatías y repulsiones, hombres y ángeles, cosas e ideas, cielo y tierra, a transformarse en hervidero del interior, en el crisol de un corazón en que todo se purifica. Ese es el verdadero amor puro de la tierra, que está tan cerca de

(*) Véase su composición *Mi libro*.

la caridad celestial, como que a veces la misma caridad gusta de llamarse amor, según la llamaba Jesucristo.

Para un temperamento ardentísimo como el de Gautier, para un amador puro y sempiterno como él, todo tenía que encontrar profundo afecto en su alma. De ahí el sello de esa personalidad en todas sus cosas. De ahí ese desenfrenado afán de confundirse con todo y llorar por todo, y particularmente por lo que tenía más cerca. De ahí sus arrobamientos místicos y profundamente poéticos, que reservaba para comulgar frecuentemente con todo lo grande y levantado. De ahí aquel perdón perpetuo de su alma; de ahí aquel amor a su pena, a su tortura, a su primer cariño desgraciado; de ahí, después, aquel amor a su familia, a sus seres queridos, a los que compartían con él toda clase de sufrimientos; de ahí aquel amor de siempre a Puerto Rico, a su bendita tierra, con quien aspiró a abrazarse hasta en la misma fosa.

Así era el carácter, así era el corazón de José Gautier y Benítez.

III

Nacido en el riquísimo suelo de una isla americana, donde todo el espacio es luz y naturaleza toda fecundidad, su imaginación ardiente había de encontrar condiciones, y, en efecto, las encontró, para desarrollarse poderosa y bastante a cantar la inimitable belleza de los trópicos.

Educado para la carrera militar, e ingresado ya en

ella, sus hábitos de soñador no le permitían avenirse con los rigores de la ordenanza, y de aquí que aquéllos triunfaran en su interior por fin, y hasta el extremo de abandonar el camino emprendido y venir de nuevo a vivir en sus campos, donde se avivó tanto el fuego de su inspiración.

De nuevo en Puerto Rico, y aparte de otras composiciones que a su ciudad escribiera en su ausencia y a su regreso, ya en sus últimos días compuso su celebrada *Oda,* que dedicó a la tierra que le vió nacer, y la que mereció que Campoamor dijese de él que tenía «muy envidiables condiciones»; que Campillo añadiese que poseía «entusiasmo, sentimiento y nervio, siendo un poeta, y un poeta que estaba en el camino verdadero», y que Ruiz Aguilera, afectuoso y tierno, en carta dirigida a su amigo el inspirado poeta D. Carlos Peñaranda, le dedicara los siguientes párrafos: «Diga usted de mi parte al poeta Gautier que su *Oda a Puerto Rico* es una obra tan elevada y sentida como rica de color y de inspiración patriótica; añadiendo que estas palabras se las dirige, no el hombre del oficio, sino un hombre de fe en el progreso y de corazón sano, que cuando juzga—si es que yo puedo ser juez—producciones del arte procura olvidar los preceptos que sirven de norma a la crítica, abandonándose de lleno a los dictados de su propia conciencia. Que la *Oda* responde perfectamente al espíritu y a los nobles sentimientos que la han inspirado, y que este elogio sincero y espontáneo perdería su valor—suponiendo siempre que alguno tenga—si tan hermosa producción fuese sometida a procedimientos de ese análisis impertinente y mezquino

que ve manchas en el sol porque se le ha puesto delante una nubecilla del tamaño de una lenteja. En suma, que el Sr. Gautier, me parece, por lo único que de él conozco, que no sólo es de los llamados, sino de los escogidos.» Y luego, en carta posterior, en que se revela un corazón a la altura de su nombre, lo que subsigue: «El buen concepto que me hizo formar de las sobresalientes dotes de su autor el hermoso canto a Puerto Rico me hace sentir ahora doblemente el mal estado de la salud del poeta e interesarme en su restablecimiento, para bien de su familia, de sus amigos y de las letras patrias. ¡ Si yo pudiera dársela, así como tuve la fortuna, según usted me dice, de proporcionarle algún consuelo con las pocas, pero sinceras, palabras que me dictó el mérito de la única composición suya que conozco !»

Dispuestos nosotros tan sólo a escribir lo que nos dictara el corazón, no hemos intentado antes, ni intentamos ahora, hacer un estudio serio sobre el talento de Gautier ni sobre el mérito literario de su obra, por más que los favorables juicios que acabamos de consignar nos hayan enseñado a considerar aún más a nuestro poeta, aquí, entre nosotros, donde son tan raras las ocasiones en que se estimula el talento, reconociéndolo, por medio del aplauso de los más y el aliento comunicado por los mejores; y por más que esos mismos juicios y esa benevolencia de los maestros nos confirme en la idea de que aquel joven, que vivía, apenas distinguido, entre el concierto de tantos otros, representaba algo en el modesto contingente que esta provincia envía al fondo común de nuestra literatura nacional.

Pero, sea de ello lo que quiera, cieguenos o no nuestro cariño, y sin méritos ni antecedentes para fundar juicio, estemos o no estemos equivocados, por humilde que sea el puesto que Gautier Benítez merezca entre el coro de la brillantísima juventud de nuestra España contemporánea, perdido su canto entre tantas armoniosas voces, siempre para nosotros y entre la sombra de este rincón querido, Gautier Benítez tendrá que aparecérsenos como un nombre claro y brillante en el breve catálogo de honras con que puede enorgullecerse una provincia, no bien acabada de nacer aún, para los provechos de la acción y para las ventajas del pensamiento; que si los pueblos no forman entidad capaz de amarse tan sólo con su suelo, con su ambiente y con sus celajes, sino que esa idea y ese campo se ensanchan con el terreno conquistado por el valor de sus ejercitadas virtudes, y se completa con la presencia de las costumbres y de las tradiciones que se perpetúan, y se enriquece con el fruto de las instituciones que se han sabido fundar y sostener, y se engalana, por sus hombres de mérito, con las flores de sus ideas y de sus sentimientos, y se alumbra con el rayo de sol de todos nuestros recuerdos, en ese sentido podemos decir nosotros que Gautier Benítez ha realizado ese milagro frecuente que realiza el amor cuando confunde un alma en otra alma, haciendo, como en este caso, el milagro a tal extremo, que ya la del poeta se ha vaciado y totalmente fundido en la de esa abstracción por quien tanto se siente y por quien nada importa sufrir.

Bendigamos, pues, de todas maneras su destino, y reconozcámoslo merecido, porque si entre nosotros

hay rendidos amantes del país, adoradores ciegos del terruño, enamorados locos de este suelo, que selló nuestras frentes con el bautismo de la luz tropical, ninguno podrá decir que ha rayado ni raya en su cariño más alto que el infortunado Gautier, que cantó en todos los tonos el esplendor de esta tierra americana, hogar de nuestros padres y nido de nuestros afectos, a la que es tan santo y tan bendito rogarle que deje un rincón que no are en su provecho, para devolverle siquiera en él el jugo que dió para nuestra sangre y la cal que invirtiera en nuestros huesos, ya que no podemos también darle, porque la muerte se lo lleva, el último grado de aquel calor que nos sirvió para comprenderla con el rayo de nuestras ideas y para mantenerla, como la mantenemos, con amor, en el hogar de nuestros corazones.

MANUEL ELZABURU.

JOSE GAUTIER BENITEZ, EL GUSTAVO ADOLFO BECQUER DE LA LIRICA PUERTORRIQUEÑA

Toda inquietud del espíritu es ya una tragedia en ciernes.

El ideal en el amor es aún más intransigente que todas las otras formas del ideal. Y todo amor que se trunca y oculta, ya es una adoración.

De rodillas ante esa imagen está el hombre.

Pero todo amor infinito es la consecuencia directa de una unidad. Las partes que lo componen, él y ella. ¿Ella y él?... Sí..., dos fases de la realidad distintas, varias en el fondo, en la esencia y en la forma, ajenas a veces, hasta en el estilo, pero ligadas en el principio y en el fin.

Ni la cultura ni la carne unen en una misma ideología al hombre y a la mujer. Sólo cuando las almas se entienden y se comprenden se plasma esa realidad armónica. ¿Y cuándo? ¿Y cómo? Hay un instante supremo y sólo una manera: el instante es aquél en que los corazones se ilusionan; la manera, el sacrificio entero a la ilusión. Cuando una de las partes niega o traiciona, pasó el ideal de perfección, y ya sólo queda la añoranza.

De ahí que la añoranza sea el alma del lírico. No hay, pues, función social, dinamismo mecánico, en la creación de la lírica, ya que ésta es sólo estática de recordación, forma íntima del dolor que no impele

a movimiento; al contrario, atrae y aisla en la virtud de la contemplación. Si algo hay de función social en el verso, está en la épica, ritmo de bronce que aune en una voluntad positiva el deseo unánime de todas las voluntades.

La lírica es una condición de exquisitez, de minorías. La épica es popular y atronadora.

Entre un ritmo y otro ritmo, entre una musicalidad y otra musicalidad, está el matiz, el tono, la armonía del individualismo y la armonía de la muchedumbre.

Todo arte tiene un color, y todo simbolismo de ese mismo arte, otro color.

La épica es roja y amarilla; lucen en ella el brillo y el esplendor. La lírica es azul, es rosa y es dorada; atesora suavidad, ilusión, aristocracia.

En música, la primera es la marcha; la otra, la danza.

En pintura, una es el paisaje; la otra, el retrato.

¡Distancia inmensa!

¿Es épico Gautier acaso cuando crea su *Canto a Puerto Rico*? No.

¿Es épico Bécquer en su *Oda a Quintana*? Tampoco.

En el alma de estos dos líricos por excepción, vidas que corren tan paralelas, el *Canto a Puerto Rico* y la *Oda a Quintana* son equivocaciones de variantes, destellos viriles de atavismo. De ahí el que uno y otro hayan llegado a la suprema sensibilidad en la evocación sentimental del amor; por la añoranza, a la inmortalidad.

Pero ¿cuál es la razón de que al estudiar a Gautier acuda el nombre de Bécquer a mi memoria? ¿Es sólo

un capricho?... No. Que ello resulta ley suprema de analogía.

Bécquer y Gautier. Almas paralelas, dolor igual, ensoñación unida, realidad idéntica. Dos mujeres y dos hombres, dos unidades inarmónicas; dos incomprensiones; dos instantes que se malogran y dos sacrificios que se rehuyen; al fin, dos líricos y una misma forma; dos hombres y un estilo: el medio, la añoranza...

¡Poetas líricos por excepción!... Sí. Y, por excepción, poetas de minorías.

Gautier y Bécquer no cundieron en la popularidad. Del puertorriqueño, su canto a esta isla es lo más conocido. El español sintió la miseria, aplastado por la gloria de Núñez de Arce. Los dos sufrieron el olvido, pero hicieron de su amor un altar. Y, al fin, los dos murieron de la misma enfermedad: la tuberculosis. Siguieron, pues, la misma ruta. El sino los ató en un capricho. ¡Almas paralelas, vidas iguales!

Pero ¿quién es Gautier Benítez?

Comenta Hostos, sobre Ofelia; un jarrón para nardos en que plantaron una encina: eso era el alma de la novia de Hamlet.

Creció la encina, se vigorizó el tronco e hizo añicos al jarrón. Alma demasiado frágil para tan ruda lucha. El desconsuelo, la impiedad, el amargor, la duda, el idealismo, quebraron al fin el vaso de arcilla.

La tragedia es siempre infinita en las almas ingenuas. Sólo las férreas voluntades viven el drama como si fuera él una simple unidad de sucesos. Mientras que el poeta, alma ingenua, se revela en sentimientos al roce del dolor, como la guitarra en ritmos bajo el toque de los dedos. Sensible manojo de cuerdas en perfecta

tensión: eso es el espíritu del lírico: tal fué Ofelia, tal fué Gautier. Pudiera afirmarse que gozaron el dolor hasta extinguirse en él. Por extraña paradoja, estos excepcionales de la emotividad gozan el dolor y sufren el placer. Viven en perpetua disonancia con la realidad. De ahí el que les sea breve la existencia y dolorosa la ruta.

Gautier Benítez fué un mártir del amor.

Nuestro más grande poeta lírico sufrió la intensidad de todas las perplejidades; herido en el corazón, dejó por el áspero camino de su vida un misterio, rastro de sangre espiritual, y en cada huella, como si de sus propios pies surgiera el milagro de la iluminación, quedó una rima, un retazo del eucarístico poema, que iba tejiendo con cada recuerdo, con cada visión, con cada ensueño y cada añoranza. ¡Poema milagroso que, como el de Bécquer, queda de breviario para la minoría, para los exquisitos!

Y ahora entremos, como en un templo, en el libro de Gautier.

Indudablemente que el gran lírico portorriqueño fué definitivamente influenciado por el más grande de los líricos españoles: Gustavo Adolfo Bécquer.

En las rimas de uno y otro, casi con un mismo tono, como resultado de una misma causa, y por efecto de igualdad de temperamentos, resaltan el rosa y el azul y el dorado.

El rosa es ternura y suavidad; el azul, idealismo e ilusión; el dorado es un marco árabe que ciñe todas las tonalidades de aquellos dos panoramas psicológicos.

Mas en esa igualdad tan confundible, en ese para-

lelismo de sentimientos que vibran tan al unísono, el ambiente dejó rastros imborrables que marcan diferencias. En la rima de Bécquer queda siempre un fondo gris, una penumbra; hay escasez de sol. Y en el verso de Gautier retocan al cuadro de sus poemas pinceladas del trópico, que a veces se tornan ágiles y pomposas.

He aquí un ejemplo:

RIMA DE BECQUER

Si al mecer las azules campanillas
de tu balcón
crees que suspirando pasa el viento
murmurador,
sabe que, oculto entre las verdes hojas,
suspiro yo.
Si al resonar confuso a tus espaldas
vago rumor
crees que por tu nombre te ha llamado
lejana voz,
sabe que, entre las sombras que te cercan,
te llamo yo.
Si se turba medroso en la alta noche
tu corazón
al sentir en tus labios un aliento
abrasador,
sabe que, aunque invisible, al lado tuyo
respiro yo.

Y Gautier, en la misma forma, rima así:

Bajo el sol tropical de las Antillas
marchítase la flor;
como ellas, palidecen tus mejillas
al fuego del amor.
Mas la pálida rosa, vida mía,
la reina es del pensil,
y la besan, temblando de alegría,
las auras del abril.
Sé, en buena hora, la rosa que fragante
al aura dé su olor,
y yo seré... la brisa susurrante,
la brisa del amor...

Nótase, pues, a simple vista una misma unidad de emoción, un mismo alcance lírico en estas dos poesías, pero también se encuentra en ellas cierta diferencia en el matiz, que es, por natural consecuencia, resultado del medio ambiente, del clima y de la posición geográfica.

Más adelante, en el estudio de ambos poetas, se encuentran estas otras dos rimas:

GAUTIER

Conociendo los antojos
de tu alma orgullosa y fiera,
sé que nunca me quisiera
si me humillara a tus ojos.
Y aunque lloro sus desvíos,
la quiero orgullosa y fiera,

pues tampoco la quisiera
si se humillara a los míos.
Y nuestro amor comprimiendo,
ambos del orgullo en pos,
vamos por el mundo, ¡ay, Dios!,
el uno del otro huyendo.

Gustavo Adolfo Bécquer, al cantar el mismo sentimiento, dice:

Asomaba a sus ojos una lágrima,
y a mi labio una frase de perdón;
habló el orgullo, y se enjugó su llanto,
y la frase en mis labios expiró.
Yo voy por un camino, ella por otro;
pero al pensar en nuestro mutuo amor,
yo digo aún: «¿Por qué callé aquel día?»
Y ella dirá: «¿Por qué no lloré yo?»

¿No es pues, providencial para una unidad de cultura esta relación tan íntima y tan cierta? Pero aun más: raya en sorpresa la igualdad de parecido cuando cambian la nota, y de la lírica sagrada caen en la cruel ironía, en la realidad desesperante:

BECQUER

Voy contra mi interés a confesarlo,
pero yo, amada mía,
pienso, cual tú, que una oda sólo es buena
de un billete de Banco al dorso escrita.

No faltará algún necio que al oírlo
se haga cruces y diga:
—Mujer al fin del siglo diez y nueve,
material y prosaica—. ¡Bobería!
¡Voces que hacen correr cuatro poetas
que en invierno se embozan con la lira!
¡Ladridos de los perros a la luna!
Tú sabes y yo sé que en esta vida,
con genio, es muy contado quien la escribe,
y con oro, cualquiera hace poesía.

GAUTIER

Ella tiene... muchísimos encantos...
¡No tiene corazón!
Yo no tengo riquezas fabulosas
que halaguen su ambición,
ni en el libro glorioso de la fama
mi nombre se grabó.
Yo no tengo el poder de los magnates,
su altiva posición;
yo vivo pobre, solitario y triste,
luchando con mi amor.
Yo no tengo siquiera versos suaves
que formen su ilusión;
todo, todo me falta en esta vida...
¡Me sobra corazón!

Y ya los dos poetas, en el devenir del dolor, aceptada la imposibilidad de unir dos almas en una comprensión, alejado el instante, imposible el sacrificio, perdidos en el drama, hora en que se convence el co-

razón de que ha luchado en vano, y queda solo entonces el fantasma de una realidad precisa, toma aureola de misterio, y, hecho penumbra, cae en el deje amargo de una confesión:

BECQUER

Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas;
me apoyé contra el muro; un instante
la conciencia perdí de donde estaba.
Cayó sobre mi espíritu la noche;
en ira y en piedad se anegó el alma...
¡Y entonces comprendí por qué se llora,
y entonces comprendí por qué se mata!
Pasó la nube de dolor...; con pena
logré balbucear breves palabras...
¿Quién me dió la noticia?... Un fiel amigo.
¡Me hacía un gran favor!... Le di las gracias.

GAUTIER

Te ofendí, lo sé, porque al herirme
no se escapó ni un ¡ay! de mi garganta,
ni un nervio contraído del semblante
la pena reveló que me mataba.
Me juzgaste pueril, indiferente,
necio, sin fe, sin corazón, sin alma,
y yo tendía el velo de mi risa
sobre el puñal que hundiste en mis entrañas.
No fué mi dignidad, no fué mi orgullo
la fuerza oculta que en mi ser obraba:

fué que temí que te acusara el mundo,
fué que temí que te juzgasen mala...

Pero ¿ es que estudiamos literatura comparativa o que asistimos a una tragedia cuya gradación va surgiendo a medida que avanzamos en la intimidad de estas dos almas?

Sí, así es. Y lo sabíamos. Por eso, al comenzar apuntamos que toda inquietud del espíritu es una tragedia en ciernes. Y por ello hablamos del amor, la traición, el olvido y el desconsuelo...

Tal se manifiesta el espíritu de estos dos líricos excepcionales. En toda su obra se nota que hubo una Ella que desintegró la esperada unidad, mujer, quienquiera que fuera, causante por liviandad o incomprensión de todo el suicidio lento de dos poetas extremosamente sensibles. Y así, en la soledad de ese amor Gautier canta:

¡ Cuán largas son las horas
de sufrimiento !
¡ Cuán tristes son las noches
de los enfermos !
....

Cuando no hay en la casa
risas ni juegos,
cuando todos dormidos
parecen muertos,
y cuando ya la aurora
luce en el cielo,

corona de zafiros,
    manto de fuego,
y a la luz de la vida
    y el movimiento
el mundo se despierta,
    feliz, risueño,
el reposo buscamos,
    y sobre el lecho
se desploma rendido
    el mísero cuerpo.
....

Y Bécquer, desde otro ángulo, exclama:

  Dejé la luz a un lado, y en el borde
de la revuelta cama me senté,
mudo, sombrío, la pupila inmóvil
    clavada en la pared.
  ¿Qué tiempo estuve así? No sé; al dejarme
la embriaguez horrible del dolor,
expiraba la luz, y en mis balcones
    reía el sol...

¡Ah realidad de la verdadera tragedia! ¡Cuánto dolor, cuánta hiel endulzada por el verso en los poemas de estos dos cantores! El alma del lector se sobrecoge en la intimidad de esa misma pena, y en los ojos se cuaja una lágrima tierna, perla del sentimiento, que se desliza trémula por las mejillas y es como simbólica flor sobre la tumba de un recuerdo. Gautier y Bécquer destruyen con la emotividad de su emoción todo sistema comparativo, todo intento académico.

Pudiera decirse que flotan y son incorpóreos; *cendal flotante de leve bruma* es cada una de sus rimas, y hay en la armonía de su estro *una música extraña*, que llega tenue y sutil, embalsamadora y tibia, como lento canto de cítara, y se entra en el corazón sin dejar por los sentidos ningún rastro capaz de fundamentar una teoría. El intento analítico queda sin materia, y el empeño crítico se desarma y ora, se arrodilla y reza... Porque hay en la musical tragedia de estos dos poetas, más bien que un arte, un culto; más que belleza, sentimiento, y más que verso, poesía...

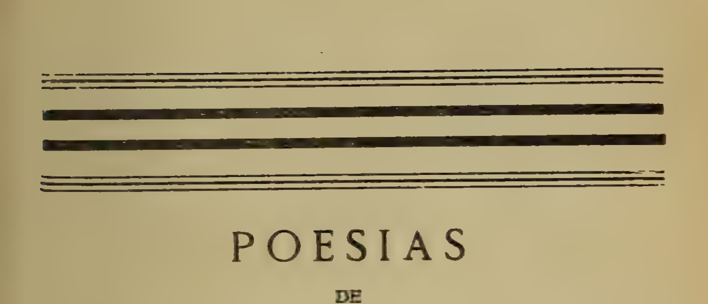
Amor que se canta en la añoranza, impiedad de la amargura que se torna en ritmo, desilusión que va serena, abriendo por las tinieblas el crepuscular sendero de la tumba...

Vasos de arcilla fueron las almas de estos poetas. En ellas la tragedia plantó una encina. Creció el árbol, se vigorizaron las raíces y se quebró el jarrón...

¿Quién pudo evitarlo?... Nadie.

Estaban fuera de la realidad; sentenciados, por el sino caprichoso, al supremo sacrificio.

A. Collado Martell.



POESIAS

DE

JOSE GAUTIER BENITEZ

D U D A

Cuentas tan pocos abriles,
que me pregunto, mi bien,
si habrá en tu cuerpo de niña
un corazón de mujer.
Lo dudo cuando contemplo
tu risueña candidez
y tu infantil alegría;
pero noto un *no sé qué*
de fijeza en tu mirada,
de voluptuosa embriaguez,
que vuelvo a sentir la duda
de que primero te hablé:
¿si habrá en tu cuerpo de niña
un corazón de mujer?



MISANTROPIA

Quiero en la vida adelantarme solo,
aunque me hiera la irrisión mundana;
aunque, tal vez, al despertar mañana
llore los goces que a mi orgullo inmolo.
Quiero llegar de mi existencia al polo
sin esos lazos de la vida humana,
porque la ingrata sociedad profana
lo más sublime con su torpe dolo.
Quien tenga el alma sin valor y fría,
ése, en buen hora, su favor implore;
pues, ya sea triste la existencia mía,
o bien la dicha mi existir colore,
¡no quiero nadie que a mi lado ría!,
¡no quiero nadie que a mi lado llore!



LA NIÑEZ EN LA MUJER

La niñez en la mujer
es en la flor el capullo,
es en la brisa el murmullo
y en la fuente el susurrar.
Es en la concha la perla,
el avecilla en el nido,
es el coral escondido
entre las algas del mar.
Es la apacible alborada
del día de la existencia,
es la suave transparencia
de la luna en el cristal.
Es la nube en el espacio
que con la luz se arrebola,
es la espuma de la ola
en la playa al espirar.
¡Es tan bella una mujer
en el dintel de la vida,
al empezar la partida
a los valles del amor!
Cuando tersa está su frente,
sin pesares, sin agravios,
y sin que liben sus labios
el veneno del dolor,

Que siente el alma, al mirarla,
una dulce complacencia,
del amor y la inocencia
la divina conjunción.
Y vuelven con raudo paso
las cándidas ilusiones
que en la edad de las pasiones
volaron a otra región.
Por eso sentí al mirarte
tan pura y bella, ángel mío,
voluptuoso desvarío
y deliciosa embriaguez.
Porque está tu corazón
de pasiones aún ileso,
porque sé que ningún beso
resbaló sobre tu tez;
Porque sé que del pasado
no recuerdas ningún nombre,
ni has escuchado de un hombre
los juramentos de amor;
Porque el libro de tu historia
ante el mundo puede abrirse,
que tu faz no ha de teñirse
con las tintes del rubor.
Hermosísima doncella
de los mares de occidente,
ven, reclina dulcemente
tu cabeza sobre mí.
Que una vida sin amores
es un campo sin verdura,
y tesoros de ternura
tengo, niña, para ti.

Tus juveniles ensueños
me dirán tus labios rojos,
y yo buscaré en tus ojos
amorosa inspiración.
Daré forma en mis cantares
a tu loca fantasía,
y entre amores y poesía
soñará mi corazón.

....

....

Si las aves necesitan
ancho espacio a su albedrío,
agua los peces del río,
conchas las perlas del mar,
Y una gota titilante
que forme su nacimiento
el manantial turbulento
que parte el valle a regar;
Si las flores que contemplas
de los campos en la alfombra
se marchitan en la sombra
y sé empaña su arrebol,
Y sin fuerzas y sin vida
doblan el tallo doliente,
sin los besos del ambiente,
sin las caricias del sol;
Si esos seres imperfectos
también sufren de esta suerte,
¿qué será del alma fuerte
bajo el yugo del dolor?

¿Qué será, si me negaras
de tu amor el suave aroma?
¿Qué será blanca paloma,
de tu amante trovador?



O R I E N T A L

Hermosísima sultana
de los jardines de Hiram,
sonrisa de la mañana,
por mirarte a la ventana
diera su reino el sultán;
Sus jardines orientales,
sus alfombras y pebetes,
ruiseñores y turpiales,
sus cachemiras y chales,
sus Zegríes y Zenetes;
Diera sus galas y flores,
sus esclavas y su harén,
sus sueños embriagadores
y la existencia de amores
prometida en el Edén.
Mas, ¡ ah !, maldice su oro,
y su pompa, y su esplendor:
no puede el monarca moro
pagar, con todo un tesoro,
una sonrisa de amor.
Por eso lanza su gente
en algara a la frontera,
por eso nubla su frente
y va buscando impaciente
una lanza que lo hiera.

Por eso el monarca moro
quiere morir con honor,
pues ha tomado a desdoro
que no alcance su tesoro
para pagarte su amor.



TU SONRISA

Niña, niña, tu sonrisa
deliciosa, cual la brisa
de mis campos tropicales,
hace brotar a raudales
mi fecunda inspiración.
Ella anima mi existencia
con la mágica presencia
del fantasma peregrino,
que en sus éxtasis, divino,
inventó mi corazón.
Es el bálsamo que calma
los pesares de mi alma,
que se agita turbulenta,
como eléctrica tormenta
del polo septentrional;
Es el jardín floreciente
do reposa blandamente,
cuando el cansancio la asedia,
de la estúpida comedia
de la vida material.
Cuando aún exhalan fragancia
los perfumes de la infancia
de la vida en los dinteles,
he sentido las crueles
convulsiones del dolor.

Por eso es mi genio triste,
por eso, severo, viste
las ilusiones que crea
de mi recóndita idea
con el tétrico color.
Mas tu risa me enloquece;
ella sola desvanece
mis penas y mis dolores,
y me hace soñar amores
que sueños de un cielo son.
Sigue, niña, sonriendo,
aunque siga enloqueciendo
tu pobre cantor amante,
que te ofrece delirante
su lira y su corazón.



LA ULTIMA ESPERANZA

El ángel de mi esperanza
detuvo su raudo vuelo,
ya nada existe en el suelo
que me pueda consolar.
Ya no tengo aspiraciones,
orgullo, ambición de gloria,
tan solo una triste historia
a veces me hace llorar.
Es la historia lastimera
de un amor grande y profundo,
que sólo encontró en el mundo
ingratitud y rigor,
Y que existe aquí en mi pecho
lánguido, triste, doliente,
cual manantial sin corriente
y sin aroma la flor.
Amor que estaba durmiendo
en el alma descuidada,
y lo encendió una mirada
y lo arrulló una ilusión;
Y fué creciendo, creciendo,
y lo que fué una quimera,
se ha convertido en hoguera
que me abrasa el corazón.

¡Ay!, antes eran tranquilos
los sueños de mi fortuna,
como una noche de luna
bajo el cielo tropical;
Y en otro mundo más bello
al compás de mis canciones,
surgían mis ilusiones,
dando forma a mi ideal.
Al hallarte en mi camino,
dulce, inocente, hechicera,
pensé hallar la compañera
de las ansias de mi amor;
Y en mi vértigo divino
te juzgué..., ¡pobre demente!,
la realidad esplendente
de mi sueño encantador.
Aurora trémula y vaga
que anunciaba un mediodía,
lleno de paz y armonía,
de placer y juventud.
A cuya luz apacible,
en la ancha esfera perdida,
vi la estrella de mi vida
en su regia plenitud.
¡Y aquel hermoso horizonte
se ennegreció poco a poco!,
el bello sueño de un loco,
¿en qué ha venido a parar?
En que las gratas visiones
de mi existencia importuna,
se han hundido, una por una,
de lágrimas en un mar.

Yo pensé que aquel cariño
que tan puro te ofrecía,
rompiera la nieve fría
que cubre tu corazón.
Y que al ver que me mataba
tu riguroso desvío,
te apiadaras, ángel mío,
de mi doliente pasión.
¡ Idolo frágil de barro
que puse de Dios delante !,
a quien sigo delirante
como la estela al bajel;
No tengas por mí suplicio
ni un leve remordimiento,
yo te perdono el tormento
que prolongaste cruel.
Ya mi osado pensamiento
al futuro no se lanza,
ya he perdido la esperanza
de que me llegues a amar.
Pero he gastado en amarte
las potencias de mi alma ;
si acaso me ves en calma
es que no puedo llorar.
Y tampoco aborrecerte,
a pesar de que me mata,
la indiferencia que ingrata
le diste en pago a mi amor.
Porque no tienes la culpa,
virgen pudorosa y bella,
de que me alumbre una estrella
de tan mezquino fulgor.

Yo guardaré esta existencia
penosa, triste y amarga,
insufrible, dura carga
sobre mis hombros tal vez;
Para arrancar, si algún día
te persigue tu destino,
los abrojos del camino
que puedan herir tus pies;
Para amar lo que tú ames,
para adorar lo que adores,
para llorar cuando llores,
para velar sobre ti;
Y si pasa por tu mente
un sentimiento liviano,
tenderte una amiga mano
y atraerte junto a mí;
Para que exclames un día
con la voz de tu conciencia:
«Me consagró su existencia
y yo maté su ilusión.»
Contempla mi odio cual es
y cuál será mi venganza,
¡¡es la última esperanza
que abriga mi corazón!!



TEN ANIMO

Ya terminó mi dolor
y acabaron mis enojos,
porque anoche vi en tus ojos
una mirada de amor.
Anoche vi esa expresión
que llega al alma abrasada,
porque dice la mirada
lo que siente el corazón.
Una dulce seriedad
en tus miradas había,
y mi alma comprendía
una hermosa realidad.
No más hacen padecer
ni más a amar se negaron
ojos que a mirar llegaron
como los tuyos ayer.
Esos párpados caídos,
esa mirada indecisa,
esa empezada sonrisa,
esos labios encendidos,
Ese anhelo, ese rubor,
ese querer sin querer,
ese no saber que hacer,
eso, mi vida, es amor.

Eso es que el alma delira,
es que sin poder se niega,
eso es que el alma se entrega
sin quererlo y cuando mira.
Me niegas lo que deseas,
pero vendiéndote estás,
tus labios dicen «*jamás*»
y tus ojos «*no lo creas*».
Y en semejante ocasión
obedecen con certeza,
los labios a la cabeza,
los ojos al corazón.
Pero tu pecho turbado
prefiere, mi ángel querido,
a nuestro amor combatido,
nuestro amor sacrificado.
Si a un duro deber te inmolas,
di, ¿qué premio lograrás?,
¿tú piensas que sufrirás
menos con amar a solas?
No vaya tu pecho tierno
tras un calmante ilusorio,
que si lo uno es purgatorio,
lo otro, bien mío, es infierno.
Con lo uno nuestro existir
pasa gozando y sufriendo,
y aunque esto es vivir muriendo
es mejor que no vivir.
Y si es verdad que has llegado
a sentir lo que yo siento,
si ese dulce sentimiento
nuestras almas ha ligado,

No temas, niña, la guerra,
ni los pesares, ni el duelo.
Lo que Dios ata en el cielo,
¿quién lo desata en la tierra?

COMO TU QUIERAS

Bajo el sol tropical de las Antillas
marchítase la flor;
como ella palidecen tus mejillas
al fuego del amor.
Mas la pálida rosa, vida mía,
la reina es del pensil,
y la besan, temblando de alegría,
las auras del abril.
Sé, en buen hora, la rosa que fragante
al aura da su olor,
y yo seré... la brisa susurrante,
la brisa del amor,



L A   N A V E

Del mar de la vida las ondas en calma
colora la luna con rayo fugaz,
y en el horizonte, cortando su curva,
descubro una nave, ¿quién sabe do va?
Y avanza y avanza cruzando las olas
y el blanco velamen ofrece al terral,
que juega en las flores de orilla lejana
y aroma la inmensa llanura del mar.
Ni ruido, ni voces, y todo en silencio.
Parece que sólo camina el bajel.
Mas no, que buscando del norte la estrella
tenaz a la caña se ve al timonel.

... ...

Estrellas y luna ¿do están?, ¿qué se hicieron?
El éter no ostenta su límpido tul,
la mar se ennegrece, se turba, se agita,
y avanzan rugiendo los vientos del Sud.
Y allá en el nublado confuso horizonte,
cual blanco a los rudos embates del mar,
bajando al abismo, subiendo a las nubes,
descubro una nave. ¿Quién sabe do irá?
La invaden las olas, la llenan de espuma
y azotan los flancos del débil bajel.

En medio del agua, del viento, del rayo,
tenaz a la caña se ve al timonel.

... ...

Y posa en el buque doliente mirada,
y llanto derraman sus ojos quizás,
al ver que no puede luchar con el viento,
al ver que se aumenta la furia del mar.
Mas no lo abandona, mas no desfallece,
comprende su grande, su santa misión,
y altivo levanta la impávida frente
que ofrece a los golpes del rudo aquilón.
Por más que se aumente la horrible tormenta,
por más que se estrellen las olas en él,
fijando en el norte la experta mirada
tenaz a la caña se ve al timonel.

... ...

Ya vuelven, ya vuelven las brisas tranquilas,
pasaron los vientos furiosos del Sud,
la mar se serena, se calma apacible,
y el éter recobra su límpido azul.
Cruzando las aguas que tocan la orilla,
rompiendo las blancas espumas del mar,
y el ancho velamen al viento tendido,
descubro una nave, ¿quién sabe do va?
Lo sé, para el puerto: las últimas rocas
burlando que puedan romper el bajel,
lo mismo en bonanza que en ruda tormenta
tenaz a la caña se ve al timonel.

Z O R A I D A

En gótica estrecha torre
que el agua del Tajo baña,
y que un peñasco domina,
como lúgubre fantasma
que en triste noche de insomnio
evoca tímida el alma,
sin pajes y sin doncellas,
sin juglares y sin zambras,
separada de Toledo,
gime la bella Zoraida,
porque dejó que en su rostro
fijase ardiente mirada
el jefe de los donceles,
el capitán de la guardia,
el de la blanca garzota,
y la corva cimitarra.
El orgulloso africano
que de insensible hace gala,
y es severo con los hombres
y severo con las damas.
El que desprecia las sedas
y los perfumes de Arabia,

el que asiste a los festines
como asiste a las batallas,
y al lado de los caftanes
y las túnicas bordadas,
los encajes y las cintas,
lleva la cota acerada,
lleva la blanca garzota
y la corva cimitarra.
Mas, ¡ ah !, contra amor no valen
las armas mejor templadas,
ni hay guerero que resista
la fuerza de una mirada
que penetra por los ojos
y se apodera del alma,
y por eso... en los jardines
del palacio de Galiana,
cayó una noche, rendido
de hinojos ante Zoraida,
el jefe de los donceles,
el capitán de la guardia,
el de la blanca garzota
y la corva cimitarra.
Nada valió su cariño,
su pasión inmensa, nada.
No se apiadó de su pena
la bellísima Zoraida.
¿Qué le importaba a la hermosa
que la Corte festejaba,
que la amase con delirio
el capitán de la guardia?
Mas iba pasando el tiempo
en dulce apacible calma;

si Zoraida no accedía
ya su altivez no era tanta,
ni tan esquivo su acento
ni tan glacial su mirada,
y por eso... en una torre
que el agua del Tajo baña,
separada de Toledo
gime la bella Zoraida.
  Pero es el amor un árbol
de florescencia tan grata,
que al brotar del corazón
nuestra existencia embalsama.
  Es un prisma delicado
y a su través, en bonanza,
se ven cruzar de la vida
las dolorosas estancias,
arrulladas dulcemente
al soplo de la esperanza.
  Y nada vale la fuerza,
y los obstáculos nada;
no caben ajenas leyes
en el imperio del alma,
porque el amor combatido
y en lucha con la desgracia,
es impetuoso torrente
que al final de su jornada,
al hallar molesto dique
cortando su rauda marcha,
parece duda un momento,
riza la espuma nevada,
en sí mismo se revuelve
junta sus aguas... y salta.

Así pensaba una noche,
noche lóbrega, enlutada,
el jefe de los donceles,
el capitán de la guardia,
el de la blanca garzota
y la corva cimitarra.
Y animándose de pronto
su antes lánguida mirada,
por una escala secreta
bajó rápido a la cuadra,
tomó su negro corcel
de los desiertos de Arabia,
y al dejar la población
a todo escape lo lanza.
Salvando riscos y peñas
el noble bruto volaba,
y él capitán impaciente
más aguijaba su marcha,
sin detener su carrera,
frenética, desalada,
hasta llegar a la torre
que el agua del Tajo baña.
Allí, apoyado en un muro,
fija en la estrecha ventana
una mirada, en que envía
todo el amor de su alma,
y vió la sombra de un bulto
tras la cortina de gasa,
y muriendo de emoción
le dirige estas palabras:
«Luz y encanto de mi vida,
mi bellísima Zoraida,

paloma de blancas plumas,
tórtola que triste cantas.
De Damanhur fresco lirio,
de Ceilán perla preciada,
no me olvides, no me olvides,
hurí que del cielo faltas,
y tén, nevada gacela,
en Dios y en mí confianza.
Yo sé que no necesitas,
para amarme, mi Zoraida,
que me presente a tus ojos
cubierto de ricas galas,
pues no se compran con oro
los sentimientos del alma.
Pero ¡ ah ! mi bien, que no piensan
como tú los que te guardan.
Mas... le arrancaré al destino,
en generosa demanda,
coronas para tu frente,
perlas para tu garganta,
para tu cintura chales,
y alfombras para tus plantas ;
y volveré, vida mía,
pero con riqueza tanta,
que no ofenderá mi orgullo
quien de mis brazos te arranca.»
Callóse aquí el caballero,
se agitó la leve gasa,
y asomóse al ajimez
la bellísima Zoraida ;
y vió que en negro corcel
sobre Toledo adelanta,

el jefe de los donceles,
el capitán de la guardia,
el de la blanca garzota
y la corva cimitarra.



PORQUE NO TE OLVIDO

¿Por qué me lo preguntas, si no ignoras
que no puedo olvidar aquellas horas
de placer y de amor,
en que a la luz de tus divinos ojos
huyeron de mi vida los enojos,
calmóse mi dolor?
¿Por qué me lo preguntas? Si aún resuena
en mi oído tu voz, y aún me enajena,
y me hace delirar
con sueños de purísima ventura,
pensando que a mi lado tu hermosura
me es dable contemplar.
No, no es posible que olvide
que tu amor, niña querida,
es página de mi vida
escrita en el corazón.
Es el sol puro y candente
que mi alma de luz inunda,
y con sus rayos fecunda
el mundo de mi creación.
Es el ángel cariñoso
que en alta noche, sin ruido,
va murmurando a mi oído
las notas de mi cantar.

Es el faro reluciente
que entre las tinieblas brilla,
y dirige mi barquilla
de la existencia en el mar.
No, no es posible que olvide
después que tanto he sufrido,
y tanto tiempo he corrido
tras esa dulce ilusión;
Y antes que dar a otra hermosa
la canción que al alma inspira,
haré pedazos mi lira,
pedazos mi corazón.
Gozo más con tu recuerdo...
Y es, niña, porque el poeta
es el incansable atleta
de la esperanza y la fe;
Y tengo el alma y la mente
enseñadas a adorarte.
No, no es posible olvidarte
y ¿sabes, niña, por qué?
Porque si en noche callada
la luna se alza tranquila,
y empieza medio velada
en el éter a rielar:
Si noto que me persigue
su rayo constantemente,
me parece que me sigue
tu cariñoso mirar.
Si al pie del antiguo muro
sobre una roca sentado,
a mis recuerdos conjuro
de la tarde al concluír;

Las olas que riza el viento,
con leve y dulce murmullo,
me hacen recordar tu acento
y me obligan a sentir.
Ya lanzado en la pendiente
tortuosa de la vida,
¿quién sabe si eternamente
por tu ausencia lloraré?
Quizás cambie mi destino
como cambia el raudo viento,
y un incógnito camino
lejos de ti seguiré.
Quizás mire, una por una,
mis ilusiones muriendo,
quizás siga la fortuna
alejándome de ti;
Y aunque esa idea me espanta
¡ay!, ¿quién sabe, vida mía,
si ya no hollará mi planta
los sitios donde te vi?...
Si a otros valles me arrebata
de la suerte el torbellino,
como ciega catarata
que no sabe adónde va;
Aunque me arroje algún día
de la tierra a los confines,
a tu lado, hermosa mía,
mi corazón estará.
Que yo, cerrando los ojos
y acallando mis enojos
con la voz de mi lusión,
Obligaré al pensamiento

que vaya cual raudo viento
a do está mi corazón.
  Y envuelto en blanco vestido
veré pasar al querido
ángel que el alma soñó...
  ¡ Oh Dios ! En ese momento
detén el curso violento
de mi vida en el reló.
  Que si he de encontrarme solo
y morir como en el polo
una planta tropical,
  Tras ilusión tan hermosa,
¡ no me vuelvas a la prosa
de la vida material !



UNA PREGUNTA

Sol espléndido y radiante
en la ancha esfera sujeto;
no te pregunto el secreto
de tu esplendor rutilante,
Ni por qué, nube distante,
tiñes de ópalo y rubí;
pero perdóname si
te pregunto en mi querella,
¿si estará pensando en mí
como estoy pensando en ella?
Luna, brillante topacio
que, entre nuboso tul,
cruzas la techumbre azul
de las alas del espacio,
Si se fijaron despacio
sus bellos ojos en ti,
y si la miraste, di,
si estaba doliente y bella,
¿si estará pensando en mí
como estoy pensando en ella?
Mar inmenso que te agitas
sobre tu lecho de arena,
y que ora en bonanza plena
tus olas no precipitas;
Tú que bañas las benditas

riberas donde viví,
los sitios donde la vi
tan pura, tan dulce y bella,
responde, si piensa en mí,
como estoy pensando en ella.
  Brisa, que acaso pasando
jugaste con su cabello,
tú que besaste su cuello,
su mejilla acariciando,
  Y que luego murmurando
te fuiste lejos de allí,
si eres la misma que aquí
pasas sin marcar tu huella,
responde, si piensa en mí,
como estoy pensando en ella.
  Noche apacible y serena,
por más que te cause enojos
que sean más bellos sus ojos
y más negra su melena,
  Presta un consuelo a mi pena
ya que sufriendo viví,
y pues no llega hasta aquí
el resplandor de esa estrella,
responde, si piensa en mí,
como estoy pensando en ella.
  Nubes que en blanco celaje
bordáis el manto del cielo,
cual aves que alzan el vuelo
sobre el inmenso paisaje,
  Decidme, si en vuestro viaje
lejos, muy lejos de aquí,
llegásteis a verla, y si

respondéis a mi querella,
si estaba pensando en mí,
como estoy pensando en ella.
Sol y luna, mar y viento,
nubes y noche, ayudadme,
y en vuestro idioma contadme
si es mío su pensamiento;
Si es igual su sentimiento
a éste que mi pecho hiere,
decid si mi amor prefiere
a la calma que perdió;
¡decidme, en fin, si me quiere
lo mismo que la amo yo!

DOS INSTANTES

Bella, como la luz del medio día,
Altiva, cual la palma en el desierto,
Fría, como la nieve de los montes,
Hermosa, cual los ángeles del cielo:
Así por vez primera
vi de mi alma la mitad preciosa,
tan *Bella* como *Altiva*,
tan *Fría* como *Hermosa*.
Dulce, como la miel de los panales,
Tímida, como el preso pajarillo,
Linda, como la rosa de los Alpes,
Grave, como del órgano el sonido:
Así estaba mi hermosa
al pronunciar un sí su voz suave,
tan *dulce* como *tímida*,
tan *linda* como *grave*.



DEBER DE AMAR

Mientras errante por extraño suelo
me acuerde de mi patria;
mientras el santo amor de la familia
guarde mi alma;
mientras tenga mi mente inspiraciones,
sonidos mi garganta;
mientras la sangre por mis venas corra,
tengo que amarla.
Mientras pueda a los cielos levantarse
tranquila mi mirada;
mientras me dé su aroma delicado
la flor de la esperanza;
mientras tenga de amor gratos ensueños,
ilusiones doradas;
mientras que tenga vida y sentimiento,
tengo que amarla.
Mientras guarde el santuario de mi pecho
de gratitud la llama;
mientras recuerde de mi dulce niña
el dolor y las lágrimas;
mientras recuerde que mi amor ha sido
su dicha y su desgracia;
mientras haya virtud, lealtad, nobleza,
tengo que amarla.

¡Sean mis sueños de placer y dicha
como sombras livianas;
sea mi pobre corazón un campo
sin verdor ni fragancia;
que no encuentre jamás en mi existencia
auroras de bonanza;
que mi vida sea un largo sufrimiento,
primero que olvidarla!
Que no pruebe jamás la miel del beso
de mi madre adorada;
que nunca aborde mi velera nave
al puerto de mi patria;
que las olas arrojen mi cadáver
sobre ignorada playa,
todo, todo, ¡lo juro!, lo prefiero
primero que olvidarla.

MI «FLOR DE UN DIA»

(A mi amigo R. M.)

Deja que en triste armonía,
y solo, solo contigo,
¡ ay !, llore tu pobre amigo
su agotada *flor de un día* ;
Que al dolor que me quebranta
le dé un consuelo ideal ;
deja que afloje el dogal
que me aprieta la garganta.
Hoy miro mi amor primero
cual mustio arrancado lirio,
y a pesar de mi martirio...
hoy más que nunca la quiero.
Y aunque me mate, ¿ qué haré
sino callar y sufrir ? ;
¡ cómo voy a maldecir
a aquella a quien tanto amé !
El alma triste no acierta
a odiar, ni su amor olvida,
y a juzgarla mal en vida
prefiero llorarla muerta ;
Prefiero pensar que Dios
por castigo lo dispuso,

que la muerte se interpuso
sin piedad entre los dos.
¿Y cómo podré encontrar
jamás consuelo en la vida,
si en una sola partida
jugué mi dicha al azar?
Si era el misterio sin nombre
de mi existencia secreta,
si era el amor del poeta
unido al amor del hombre.
Si estaba mi juventud,
con las cadenas de flores
de sus divinos amores,
enlazada a la virtud.
Ora sin apoyo y freno,
mi ardor, mi sangre encendida,
mi exuberancia de vida,
irá a perderse en el cieno.
Y sin fuerzas ni albedrío,
y ante mis ojos odioso,
iré a buscar el reposo
en el fondo del vacío.
Y cuando llegue a encontrarlo,
marchita mi juventud,
¡tal vez me falte salud
y vida para gozarlo!
Dios me condenó a morir
en castigo a mi locura,
antes de tanta ventura,
hora de tanto sufrir.
Al cuerpo que está matando
la enfermedad que lo mina,

lo sostiene, lo reanima
el espíritu luchando.
Y al espíritu que cae
en abstracción peligrosa,
la materia, la vil prosa,
hacia la vida lo atrae.
Mas uno y otro sufriendo
y al mismo tiempo gozando,
van uno y otro acabando,
van uno y otro muriendo.
Dices que oculte mi duelo:
oculto lo llevo, oculto
sí, que en mi pecho sepulto
los escombros de mi cielo.
Yo soy de aquéllos que saben
(aunque en rudo torbellino
los golpes de su destino
sus esperanzas acaben)
Lucir con mentida calma
la risa que el labio inventa,
mientras ruge la tormenta
en el vacío del alma.
Ella amargó mi existencia;
mas que lo sepa no quiero,
y será mi don postrero
la calma de su conciencia.
Yo quiero dar el ejemplo
de respetar lo que he amado,
ese templo está cerrado...,
pero aun cerrado es un templo.

SE MUERE

Corred, por Dios, que está herido;
tal vez no lleguéis a tiempo.
¡Corred, por Dios, que se muere!
¡Corred, que se está muriendo!
Así exclamé en tu ventana
y enfrente juntóse el pueblo,
y yo hablaba... de tu amor,
absorto en mi pensamiento.



D I O S

Aquí mil veces en callada tarde,
mientras reposa la creación tranquila,
y el sol poniente n los espacios arde,
y el rayo de su luz trémulo oscila,
He buscado la sombra y el misterio,
y en el templo sin luz, grave y sombrío,
del silencioso antiguo monasterio,
dejé vagar el pensamiento mío;
Y aspirando el perfume delicado
que en leves ondas hasta el techo sube,
vagando por el ámbito sagrado
como en el éter blanquecina nube;
Oyendo tras las dobles celosías
el rumor de las preces y los llantos,
del órgano las graves melodías
y los severos religiosos cantos;
En esas horas de mentida calma,
olvidado del mundo y la existencia,
he penetrado al fondo de mi alma
para escuchar la voz de mi conciencia;
Y dije: «El Dios que en la creación impera,
El que creó la luz y el firmamento,
El que a los astros señaló carrera,
lecho a la mar y dirección al viento;
El que tendió los tules del espacio

como un manto de amor y de esperanza,
donde brilla la estrella de topacio,
de donde el rayo con furor se lanza;
En ese libro sobre el mundo abierto
y que cubre cerrando el horizonte,
alegre la ciudad, triste el desierto,
modesto el valle y orgulloso el monte;
El Dios de amor, de juventud y vida,
su mandato escribió, grande y sublime,
y ese mandato con su error olvida
el sér inútil, que en el claustro gime.
Dios no puede admitir el sacrificio
de aquél que entre las rejas se sepulta,
gastando en el ayuno y el cilicio
una existencia para el mundo oculta;
Ni le agradan las horas solitarias
pasadas en la celda y la vigilia,
esas horas de inútiles plegarias,
robadas al amor de una familia.
No le place el silencio y el misterio,
ni ese vano sacrílego combate
por encontrar la paz del cementerio,
cuando la sangre en las arterias late;
Ni se esconde en las bóvedas obscuras
del templo melancólico y sombrío;
ni se ostenta al amor de sus criaturas
con fantástico y vano poderío;
Ni se revela con sangrienta saña
las obras de su amor aniquilando;
ni se muetsra tampoco en la montaña,
relámpagos y rayos fulminando.

En el hogar honrado y apacible,
donde a los rayos de la blanca luna
vela la madre, la mujer sensible,
al tierno infante en la tranquila cuna;
Allí está el Dios de paz y de cariño
que perdona del hombre los agravios,
cuando en los ojos del dormido niño
posa la madre los amantes labios.
En el taller humilde del que anhela
con la fe del artista, su secreto
arrancar a lo bello, y sueña y vela
lanzando al ideal su noble reto.
Dios dirige tal vez la diestra mano
que a la creadora mente subyugada,
copia el cielo, la tierra, el océano,
y fija la expresión de una mirada.
Es él quien templa a armoniosa lira
con que imita en sus cantos el poeta,
la entonacin del ruego que suspira
y el acento vibrante del profeta.
Es él quien fuerzas en el alma vierte
del pobre trovador desconocido,
de ese noble adversario de la muerte,
que su nombre rescata del olvido.
En la violenta máquina encendida
que envuelta en humo trepidando avanza,
luz esparciendo y movimiento y vida,
allí la esencia del Señor se alcanza.
En el vapor, monarca de los mares,
que suprime el espacio en su carrera,
entonando al progreso sus cantares

con el ronco rugir de su caldera.
En el hilo delgado y misterioso
tendido por las ásperas montañas,
sobre el abismo negro y espantoso,
y de la mar profunda en las entrañas,
Que los pueblos lejanos eslabona,
y al mundo entero entre su red encierra,
que va dejando luz de zona en zona,
mensajero de paz sobre la tierra.
Dios a su autor benigno protegía
al idear tan colosal invento,
Dios estaba a su lado cuando hacía
palpitar el alambre con su aliento.
Dios anima la mente fatigada,
le da fuerza de creación inmensa ;
Dios está donde fije su mirada
el ser bendito que medita y piensa,
Que agradan más a Dios que la tristeza
y la piedra, el ayuno, y el cilicio,
en toda su magnífica grandeza,
las potencias del alma en ejercicio.



A . . . . .

(En la muerte de su hija.)

Llorad, señora; fraternal primicia
no da consejos al amor materno,
cuando su ser... se rompe y se desquicia
al rudo embate de un dolor interno.
¿A qué hablaros de Dios y su justicia?
De las promesas de otro mundo eterno,
si no me habéis de oír, con la mirada
sobre una losa sepulcral clavada.

Yo la amaba también; yo que he gozado
el sentimiento que amistad inspira,
y que al verla feliz a vuestro lado,
plácidos sones le brindé en mi lira;
a tan grave dolor no resignado,
aún me parece un sueño, una mentira
que esté, señora, en el jardín del cielo
el casto lirio del indiano suelo.

Yo he llorado también; no a la doncella
que el valle de las penas ha dejado,
y ora entona su férvida querella
por cuantos seres en el mundo ha amado.
He llorado por vos y no por ella;

por vos, que el corazón despedazado,
jamás enjugaréis el llanto triste,
porque el remedio de ese mal no existe.
 He llorado por vos, que aunque otras flores
en el mismo jardín abren sus hojas,
no calmarán, señora, sus olores,
vuestra vida de penas y congojas;
nuevo curso daréis a los dolores,
llanto vertiendo las pupilas rojas,
al no hallar entre todas, la inocente
dulce sonrisa de la niña ausente.
 Un niño apenas soy, mas ya el divino
fallo puso en mis manos la balanza,
donde pesa el nublado del destino
más que el sueño feliz de la esperanza;
y por eso mis pasos encamino
hacia el que triste su gemido lanza,
¡que es el único alivio de mis penas
la compasión que brindo a las ajenas!

TODA DEUDA SE PAGA

Linda como los primeros
albores de la mañana,
suelta en rizos la melena
sobre el marfil de la espalda,
grandes los ojos azules,
pensativa la mirada,
candorosa como un niño,
llena de encantos y gracias,
era una rosa nacida
entre el mar y las montañas,
era la virgen que el beso
de los amores aguarda.

I

Yo no sé lo que la dije
ni recuerdo sus palabras,
pero sé que en una sola
se fundieron nuestras almas;
llegó el sol a su cenit,
volvió a esconderse en las aguas,
tendió la noche su manto,
siguió la tierra su marcha,
y antes que el Rey de la esfera
por el Oriente asomara,

yo trasponía llorando
la cumbre de la montaña.

II

Te vi, angel mío, y al verte,
sin explicarme la causa,
borraste del alma mía
los recuerdos que encerraba,
así como borra el viento
la estela sobre las aguas;
y desde entonces llevando
la tristeza en la mirada,
la palidez en la frente
y la locura en el alma,
no quise volver al valle
ni a trasponer la montaña.

III

Anoche, solo y despierto,
esta canción escuchaba:
No hay plazo que no se cumpla,
y toda deuda se paga;
volví la vista al pasado,
y en el fondo de mi alma,
como con letras de fuego,
vi esta sentencia grabada:
«No te quejes si algún día,
como pagaste te pagan,
tú no volvistes al valle,
ni a trasponer la montaña.»

A MI AMIGO F. P.

(En la muerte de su hijo.)

No te vengo a interrumpir,
no te vengo a importunar,
vengo contigo a llorar,
vengo contigo a sentir;
Pues fuera aumentar tu tedio
sin darte alivio ni calma;
que a ciertos males del alma
no hay en el mundo remedio.
Yo, acostumbrado a mirar
la desdicha, frente a frente,
y del corazón doliente
las fibras a disecar;
Yo, que un consuelo profundo
a mis dolores encuentro,
juzgando mi pecho el centro
de los dolores del mundo,
Nunca a un padre cuando llora
ante el cuerpo de su hijo,
turbo con afán prolijo
la pena que le devora;
Ni le aconsejo tampoco

cristiana resignación,
¿qué va a entender de razón
quien se está volviendo loco?
¡Resignación! ¡Necio nombre!;
siempre que el dolor le alcanza,
contra él su protesta lanza
el sentimiento del hombre.
Quien tras largo padecer,
tras un tormento infinito,
logra en esfuerzo inaudito
su dolor adormecer;
No es que el remedio encontró
de su pecho lacerado,
estará, tal vez, cansado,
pero ¿resignado? ¡No!
Es que a fuerza de vibrar
todas sus fibras se saltan,
es que al corazón le faltan
lágrimas para llorar.
¡La resignación!, jamás
la halla quien la muerte mira;
no hay resignación; ¡mentira!,
impotencia y nada más.
Es que el hombre es un pigmeo
que lleva un pomposo nombre,
y es la tierra para el hombre
la roca de Prometeo.
Y en vano desesperaba
del genio la ardiente idea,
como un ariete golpea
las barreras de la nada.
....

A mi amigo F. P.

Llora, pues; no hagas violencia
al pecho que herido está;
¡llora!, que después vendrá
la calma de la impotencia.

¡IMPOSIBLE!

Conociendo los antojos
de tu alma orgullosa y fiera,
sé que nunca me quisiera
si me humillara a sus ojos.
Y aunque lloro sus desvíos
la quiero orgullosa y fiera,
pues tampoco la quisiera
si se humillara a los míos.
Y nuestro amor comprimiendo
ambos del orgullo en pos,
vamos por el mundo, ¡ ay Dios !,
el uno del otro huyendo.



A . . . .

Porque una nube ocultó
la luz del sol un momento,
dijo un necio: «Se acabó
la lumbre del firmamento.»
Y porque una mano impía
vertió el dolor en mi seno,
otro dijo: «*Ese veneno*
extinguió *su poesía.*»
Y ambos mintieron, que el sol
rasgando su cortinaje,
volvió a teñir el celaje
de nácar y de arrebol;
Volvió su rayo a jugar
con inquieto desvarío,
sobre las ondas del río,
sobre las olas del mar;
Y aun la nube le sirvió
para adornar su palacio,
porque con ella tendió
el iris en el espacio.
Así también, si inclemente
me hizo una pena llorar,
ninguna alcanza a matar
la inspiración en mi frente.

Que si un largo padecer
mi corazón hizo trizas,
yo volví de mis cenizas
como el Fénix a nacer.
Porque el sufrir no me importa,
porque el dolor no me abruma,
porque el sándalo perfuma
el acero que le corta.
Y en anhelo juvenil
el árbol de mi existencia,
su lujosa florescencia
abre las auras de abril.
Que en quiméricos antojos
y en perpetuo devaneo,
admiro, canto y deseo
cuanto distinguen mis ojos.
Y es que siento en dulce calma
cicatrizada la herida;
en el corazón más vida,
más poesía en el alma.



NUBES, FLORES Y NIÑAS

Nace la flor, vive y crece
llena de aroma y colores,
y del sol a los ardores
se marchita y languidece;
Entonce el viento la mece
sobre su tallo abatida,
hasta que una sacudida
del caprichoso terral,
la arroja en el lodazal,
donde se pierde y se olvida.
Va la nube voladora
por el éter azulado,
como el humo perfumado
que en el templo se evapora.
Amante el sol la colora
con tintas de oro y de plata,
sobre el lago se retrata
desde el diáfano elemento,
y una ráfaga de viento
la rompe y la desbarata.
La virgen adolescente
da formas reales a un sueño
al que acrecienta el empeño
y llega a pasión vehemente;

Y aquel cariño que siente
en dulce y continua guerra,
por el que nada la aterra
concluye en su pensamiento...
como la nube en el viento,
como la flor en la tierra.



A MI BUEN AMIGO MANUEL DUEÑO COLON

Dícenme que del mar el aire suave
que baña las campiñas antillanas,
te ha restaurado el corazón doliente,
y que de nuevo por amar te afanas;
que a imitación del ave,
que libre vuela en la floresta umbría,
celebras en tus trovas más galanas
el campo hermoso de la patria mía,
la gracia y la beldad de mis paisanas.
¡No sé que tiene el mar y sus orillas
y el continuo rumor de los palmares,
que inspiran los más férvidos cantares
y las trovas más dulces y sencillas!
Yo de mí sé decir, que las almenas
que ver los campos y la mar me evitan,
gravitan sobre mí, como las penas
sobre el herido corazón gravitan.
Quiero los campos do las brisas mecen
cortinajes de espléndida verdura,
las ciudades muradas me parecen
nada más que una inmensa sepultura;
Aire, luz, libertad, y sol, y aromas,

pintorescos, variados horizontes,
y seguirse unas lomas a otras lomas,
y seguirse unos montes a otros montes.
Y de la mar en la arenosa playa
bajo un frondoso uvero guarecido,
ver cual la ola lánguida desmaya
terminando un murmullo su rugido.
Y allí olvidado y con mi afán a solas,
formar ensueños, que serán, en suma,
si bien tan repetidos cual las olas,
tan fugaces también como la espuma.
Como la espuma, sí; mas resignado,
a nadie culpo ni blasfemo o grito,
a cada golpe del destino airado,
a cada ensueño de mi amor burlado,
como el árabe exclamo: «Estaba escrito.»
Y ni sufro una intensa pesadumbre,
ni de placer me siento arrebatado;
tal vez, o por conciencia o por costumbre,
ya no soy ni feliz ni desgraciado.
Y puedo comparar, con frases ciertas,
el estado presente de mi alma
a una inmensa laguna de aguas muertas,
pero también en sempiterna calma.
Toda pena cruel, tarde o temprano,
del corazón del hombre desparece,
y la dicha se trueca en polvo vano
que la mudable suerte desvanece.
Lo que hoy con ansia, con fervor anhela,
tal vez mañana al corazón no importa:
todo se borra en él, como la estela
de alegre nave que las ondas corta.

La ruin miseria del instinto bruto,
ves al lado de un noble sacrificio,
nada existe, cantor, en absoluto,
ni el bien, ni el mal, ni la virtud, ni el vicio.
....
....
Ama, y goza, y batalla, eso es la vida;
si ser dichoso con empeño quieres,
del ángel la existencia bendecida,
no busques ¡ay! ni en hombres ni en mujeres.
Tómales como son, cual Dios los hizo,
que es pedir otra cosa, una locura;
y no olvides jamás que el Paraíso
sólo existe, ¡oh dolor!, en la Escritura.

A . . . . .

El frágil vidrio que al calor resiste
cuando la llama vívida resguarda,
en menudos fragmentos saltaría
si lo tocase el agua.
Si el pobre corazón que ha resistido
tantos años de oculto sufrimiento,
sintiese un día de tus dulces labios
el perfumado beso,
En ese instante de suprema dicha,
que a soñar no se atreve la esperanza,
no me preguntes, ¡ ay !, qué pasaría,
¡ ¡ acuérdate del agua ! !



MIS TRES AMORES

El primero fué niña
dulce, buena y candorosa,
naciente botón de rosa,
gala y prez de la campiña;
Y aunque la niña era así,
de su amor con la fragancia,
la dulce paz de la infancia,
¡ ay !, para siempre perdí.
El segundo fué un delirio,
vertiginoso mareo,
calenturiento deseo,
que, más que amor, fué martirio.
Pasó, y me dejó en herencia,
que hoy a comprender acierto,
el corazón más experto
y el alma sin inocencia.
Con el tercero voló
mi alma al dintel de los cielos,
y al realizar mis anhelos
la muerte me la quitó;
Y como el hombre no alcanza
el más allá de la muerte,
vino a brindarme la suerte
un dolor sin esperanza.
Pues perdí con el primero

la calma de la existencia,
al segundo, la inocencia,
y la esperanza, al tercero.
  Niégueme el amor su palma;
mas no aumente mi dolor,
si doy tan sólo al amor
lo que me queda en el alma.



A PUERTO RICO

(Ausencia.)

Puerto Rico, patria mía,
la de blancos almenares,
la de los verdes palmares,
la de la extensa bahía;
¡ Qué hermosa estás en las brumas
del mar que tu playa azota,
como una blanca gaviota
dormida entre las espumas !
En vano, patria, sin calma,
muy lejos de ti, suspiro;
yo siempre, siempre te miro
con los ojos de mi alma;
En vano me trajo Dios
a un suelo extraño y distante;
en vano está el mar de Atlante
interpuesto entre los dos;
En vano se alzan los montes
con su manto de neblina;
en vano pardas colinas
me cierran los horizontes;
Con un cariño profundo
en ti la mirada fijo:

¡para el amor de tu hijo
no hay distancias en el mundo!
  Y brotas a mi deseo
como espléndido miraje,
ornada con el ropaje
del amor con que te veo.
  Te miro, sí, placentera
de la Isla separada,
como una barquilla anclada
muy cerca de la ribera,
  Do el viento sobre las olas
te lleva en son lastimero,
del errante marinero
las sentidas barcarolas;
  Y céfiros voladores
que bajan de tus montañas,
los murmullos de tus cañas,
los perfumes de tus flores.
  El mar te guarda, te encierra
en un círculo anchuroso,
y es que el mar está celoso
del cariño de la tierra;
  Y yo, patria, que te quiero,
yo que por tu amor deliro,
que lejos de ti suspiro,
que lejos de ti me muero,
  Tengo celos del que mira
tus alboradas serenas,
del que pisa tus arenas,
del que tu aliento respira.
  Tú das vida a la doncella
que inspira mi frenesí,

a ella la quiero por ti,
y a ti te quiero por ella.
  Ella es la perla brillante,
en tus entrañas formada,
tú, la concha nacarada
que guarda la perla amante.
  Es paloma, que en la loma
lanza su arrullo sentido,
y tú, patria, eres el nido
donde duerme la paloma.
  Si yo te vi indiferente,
si mi amor no te decía,
¡ ¡ ay patria, yo no sabía
lo que es el llorar ausente ! !
  Mas hoy que te ven mis ojos
de tu mar entre las brumas,
como una ciudad de espumas
forjada por mis antojos;
  Hoy que ya sé lo que vales,
hija del sol y del viento,
que helarse mi sangre siento
con las brisas invernales;
  Hoy diera, en la tierra hispana,
el oro que el mundo encierra,
por un puñado de tierra
de mi tierra americana.



A . . . . .

Me dijiste «*Hasta el cielo*», y al oírlo
me sentí estremecer,
después de lo que has hecho, ése es el medio
de no volverte a ver.



A PUERTO RICO

(Regreso.)

Por fin, corazón, por fin
alienta con la esperanza,
que entre nubes de carmín,
del horizonte al confín,
ya la tierra a ver se alcanza.
Luce la aurora en oriente
rompiendo pardas neblinas,
y la luz, como un torrente,
se tiende por la ancha frente
de verdísimas colinas.
Ya se va diafanizando
de la mar la espesa bruma;
el buque sigue avanzando,
y va la tierra brotando
como Venus de la espuma.
Y allá sobre el fondo obscuro
que sus montañas le dan,
bajo un cielo hermoso y puro,
cerrada en su blanco muro
mi bellísima San Juan.
Y aunque esa ciudad amada
mis afecciones encierra,

con el alma entusiasmada,
yo no me acuerdo de nada
sino de ver esa tierra.
  Perdonadle al desterrado
ese dulce frenesí;
vuelvo a mi mundo adorado,
y yo estoy enamorado
de la tierra en que nací.
  Para poder conocerla
es preciso compararla,
de lejos en sueños verla;
y para saber quererla
es necesario dejarla.
  ¡Oh!, no envidie tu belleza,
de otra inmensa población
el poder y la riqueza,
que allí vive la cabeza
y aquí vive el corazón.
  Y si vivir es sentir,
y si vivir es pensar,
yo puedo, patria, decir
que no he sabido vivir
al dejarte de mirar.
  Que aunque es templado y suave
no vive, no, en el ambiente
el pez de las ondas nave,
ni entre las ondas el ave,
ni yo de mi patria ausente.
  ¡Patria!, jardín de la mar,
la perla de las Antillas,
¡tengo ganas de llorar!,
¡Tengo ganas de besar

la arena de tus orillas!
Si entre lágrimas te canto,
patria mía, no te asombre,
porque es de amor ese llanto,
y ese amor es el más santo
de los amores del hombre.
Tuya es la vida que aliento,
es tuya mi inspiración,
es tuyo mi pensamiento,
tuyo, todo sentimiento
que brote en mi corazón.
Que haya en ti vida primero,
cuanto ha de fijarse en mí,
y en todo cuanto venero,
y en todo cuanto yo quiero
hay algo patria de ti.
No, nada importa la suerte
si tengo que abandonarte,
que yo sólo aspiro a verte,
a la dicha de quererte
y a la gloria de cantarte.



A . . . . .

Tú fuiste un bello problema,
mientras guardaste silencio,
un libro de oro cerrado,
algo intangible y aéreo.
Pero hablaste... y ofendidos
volaron juntos al cielo,
el ángel de los amores
y el ángel de los recuerdos.



LAS AVES DE PASO

El cielo está en calma, la tarde serena,
y el sol declinando;
y al valle tranquilo dirigen su vuelo
las aves de paso.
Se ignoran sus nombres, que vienen de lejos,
de climas extraños,
y todos las miran, mas nadie conoce
las aves de paso.
Las blancas palomas, que siempre tranquilas
el valle habitaron,
reciben alegres, con tiernos arrullos,
las aves de paso;
Que al fin ellas vienen de incógnitos valles
y es dulce su canto;
tal vez es por raras, que halagan, seducen,
las aves de paso.
Y aunque hay en el valle rendidos amantes
de cuello nevado,
prefieren las blancas palomas sencillas,
las aves de paso.
Mas, ¡ay!, que saciadas al fin de caricias,
de nidos y granos,

de nuevo levantan su rápido vuelo
las aves de paso;
Y al verse burladas las pobres palomas,
exclaman cantando:
¡Malhaya la incauta que alberga en su nido
las aves de paso!



A LUISA

Luisa, bella y gentil; si mis canciones
hallasen el camino de tu pecho,
cual gota de rocío que del árbol
lleva en sus alas a la flor el viento,
hasta dejarla como blanca perla
en su cáliz bellísimo, entreabierto,
entonces, vida de mi vida, entonces
con dulce lira y melodioso verso,
te hablara de mi amor, de mis delirios,
de mis ardientes y ambiciosos sueños,
pidiéndote por sola recompensa,
cual dulce pago de mi amor inmenso,
una sonrisa de tus labios rojos
y una mirada de tus ojos negros.

¡Oh no te ofendas, no!, deja que ardiente,
entusiasmado, cariñoso y tierno,
te hable de amor, y deje, hermosa mía,
a mis ojos brotar el dulce fuego
que arde en mi corazón, que abrasa mi alma
y es de mi alma y de mi vida aliento.
Oyeme como a un niño, como a un loco,
pero déjame hablar; por un momento
de tu soberbia majestad desciende:
sé mujer nada más y oye mi ruego.

Tan puro y delicado es mi cariño,
tan grande, tan profundo mi respeto,
tan honda la emoción que me domina,
que si viese en tu frente adusto ceño,
en tu boca el desdén, la ira en tus ojos,
diera a tus plantas mi postrer aliento.
Todos piden amor por sus amores;
yo te pido tan solo... tu silencio,
una sonrisa de tus labios rojos
y una mirada de tus ojos negros.

Tú eres mi Dios, mi religión, mi todo;
por ti mi lira entusiasmada templo,
por ti, mi dulce Luisa, por ti sola,
sed de laureles y de gloria tengo,
y no por la esperanza de que un día
correspondas mi amor; mi atrevimiento
no a pensarlo llegó; pero quién sabe
si el ruido mundanal, si el clamoreo
que acompañan al vate en su carrera
de triunfos y de espléndidos trofeos
llamarán tu atención, y no al amante
abnegado en su amor y su silencio,
sino al amigo, al compatriota vuelvas
curiosa el rostro, dándole por premio
una sonrisa de tus labios rojos
y una mirada de tus ojos negros.

Venga, Luisa, después el negro olvido:
y cubra mi memoria con su velo;
y rómpase mi lira, y nunca sienta
de la sagrada inspiración el fuego;
y olvidado de propios y de extraños
mi vida sea un árido desierto,

donde ninguna flor me dé su aroma,
y ningún corazón su sentimiento;
y ya blanca mi negra cabellera,
de la edad agobiado bajo el peso,
en extranjera y olvidada playa,
rinda mi vida su postrer aliento;
y aun dichoso seré, que hasta la tumba
como un tesoro llevaré el recuerdo
de la sonrisa de tus labios rojos
y la mirada de tus ojos negros.



A.....

Nos dicen los libros
que a Dios, con un beso,
vendiólo un infame
por treinta dineros;
Y al ver el pago que a mi amor le diste,
exclamo siempre, cuado pienso en ti:
Judas del Cristo de mi amor primero,
¿cuánto te dieron por venderme a mí?



ELLA Y YO

Ella, tiene la gracia seductora
que a mí me enloqueció;
Ella tiene, en los ojos, del lucero
la limpia irradiación.
Ella tiene un hoyuelo en la mejilla
que amante le dejó,
al besarla, prendado de sus gracias,
el travesuelo Dios.
Ella tiene en su límpida mirada
tesoros de pasión,
la diosa del talento, generosa,
sus dones le cedió.
Ella tiene... muchísimos encantos...,
¡no tiene corazón!
Yo no tengo riquezas fabulosas
que halaguen su ambición,
ni en el libro glorioso de la fama
mi nombre se grabó.
Yo no tengo el poder de los magnates,
su altiva posición;
yo vivo pobre, solitario y triste
luchando con mi amor.

Yo no tengo siquiera versos suaves
que formen su ilusión;
todo, todo me falta en esta vida...,
¡ ¡ me sobra corazón ! !



SU PRIMERA CANA

Ayer, cuando su cabello
me puse a descomponer,
para verlo descender
en negras ondas al cuello;
Porque está más hechicera
cuando mi mano desata
la espléndida catarata
de su negra cabellera,
Al posar mi vista ufana
en ella, vi con dolor
el plateado color
de una prematura cana.
Muy cerca de la niñez
están los años que cuenta,
y ya en su cabeza ostenta
el sello de la vejez.
Una cana, en aquel mar
de su espléndida melena,
es la señal de una pena,
de un escondido pesar;
Es que en aquella cabeza
se agita constantemente,
de un amor puro y ardiente
la indescriptible grandeza;

Que al empezar a latir
el corazón turbulento,
se viven en un momento
diez años de no sentir.
Vivió, mas no los abriles
que por su vida pasaron
el aroma la robaron
de sus años infantiles;
Su alma de fuego abstraída
en quiméricos antojos,
no se fijó en los abrojos
del sendero de la vida,
Y no compró la experiencia
que el mundo le ofrece al alma,
perdiendo la dulce calma
de su cándida inocencia.
Al rasgarse el blanco velo
que sus ojos encubría,
con sus sueños de poesía,
pensó remontarse al cielo.
De su alma en lo profundo
quiso con amor guardarlos,
no queriendo mancillarlos
con las miserias del mundo;
Y en triste calma glacial,
se iba mermando su vida,
como en la zona aterida
una planta tropical.
Mas nuestras almas se hallaron
y entrambas se comprendieron;
y una por la otra temieron;
y una por la otra anhelaron.

Hoy con hermosos colores
su mejilla se enrojece,
su sér se rejuvenece
con el sol de mis amores.
Hoy la sonrisa del niño
miro vagar en su boca,
hoy viene inocente y loca
a jugar con mi cariño.
Antes dormía sufriendo
para despertar llorando;
hoy se adormece gozando
para despertar riendo;
Y pagan mi amor con creces
cuando incitan mis antojos,
de sus bellísimos ojos
las mortales languideces;
Que es pábulo a mi deseo
nunca de amor satisfecho,
el suspirar de su pecho,
de su pupila el mareo.
Borró de mi alma el hastío
con su amor apasionado,
tan dulce como soñado
y tan grande como mío;
Que al pensar que mi alma fuera
a sus amores ingrata,
la primer hebra de plata
esmaltó su cabellera.

A . . . . .

Te ofendiste, lo sé; porque al herirme,
no se escapó ni un ¡ ay ! de mi garganta,
ni un nervio contraído del semblante
la pena reveló que me mataba.
Me juzgaste pueril, indiferente,
necio, sin fe, sin corazón, sin alma,
y yo tendía el velo de mi risa
sobre el puñal que hundiste en mis entrañas.
No fué mi dignidad, no fué mi orgullo,
la fuerza oculta que en mi sér obraba:
fué que temí que te acusara el mundo;
fué que temí que te juzgasen mala.



LOS TRES SALUDOS

1.°

Sin intención, sin voluntad, mi planta
pisó las gradas del albergue santo,
crucé el dintel y penetré en la iglesia,
y fuí a sentarme en solitario escaño.
Poco a poco, la música, el perfume,
infundió en mis sentidos y en mi ánimo,
como una dulce somnolencia vaga,
del cuerpo y del espíritu descanso.
¡ Horas de paz que el cielo nos envía
sin que las pida el corazón ingrato !
¡ Remansos del torrente de la vida !
¡ La fresca sombra en el ardiente llano !
Sobre las blancas nubes del incienso
del almo sol el esplendente rayo,
se quebraba en los vidrios de colores
del rosetón brillante del santuario;
Y al perderse en la bóveda sombría
en un juego de luz tenue y extraño,
bañaba de colores y de vida
las figuras inertes de los cuadros.
Al mismo tiempo, con temor gracioso,
del grave altar al barandaje blanco,

llegó una virgen ruborosa y casta,
llevando un cirio que adornaba un lazo.
De los que al templo el rosetón prestaba,
el más bello y más puro de sus rayos
envolvía a la cándida doncella
y al arcángel más bello de un retablo;
Y yo, en la sensación que me embargaba,
veía en extraño y vacilante cambio,
ora el ángel bajarse hasta las gradas,
ora la virgen elevarse al cuadro.
Hacia aquella cabeza adolescente,
hacia aquel rostro de infantil encanto,
inclinó el venerable sacerdote
la temblorosa y descarnada mano;
Y vi, cual leve gota de rocío
de una rosa en el cáliz perfumado,
la nieve pura de la blanca forma
en el coral partido de sus labios.
....
Ya en la calle, al hallarla conmovida,
y hacia el suelo los ojos inclinados,
«Adiós, ángel», la dije sonriendo,
la pintura del templo recordando.

2.°

Pasáronse diez años, y una noche
de música y espléndido sarao,
vi en el baile la virgen de la iglesia,
pensé un momento... y me acordé del cuadrc.

Ya no, cual vemos en tranquila tarde
si por la orilla de la mar paseamos,
con leve muro de nevada arena
contrastado el furor del océano.
Pudiendo libres abarcar sus formas,
no se estrellaban, no, como aquel año,
del hombre las miradas licenciosas
en el escudo de su velo blanco.
Hoy, cual amigo que traidor nos vende,
las dejaba admirar de ojos mundanos,
más bello, más lujoso..., menos puro,
el rico traje de crujiente raso.
Hoy, como el manto de la negra noche,
se admira más al fulgurar los astros,
más lucía el negrísimo cabello
con vívidos diamantes escarchado.
Diamantes que perdían su belleza
y la fúlgida magia de sus rayos
ante el brillo febril de aquellos ojos,
grandes, bellos, magníficos, rasgados.
A su influjo magnético cediendo,
nadie osaba de frente contemplarlos;
yo, al sostener su límpida mirada,
algo en ellos noté que me hizo daño:
Una vaga amenaza del destino,
un conjuro maléfico y extraño,
la expectación del porvenir sombrío
que aguarda la llegada del acaso;
El tenebroso obscuro precipicio
bajo el de flores caprichoso manto,
el germen del relámpago en el seno
de la cándida nube de verano.

Ella, alegre, orgullosa, satisfecha,
conociendo el poder de sus encantos,
se dejaba admirar, siendo esa noche
imán del alma y de los ojos blanco;
Y ni aun siquiera agradecer fingía
el murmullo que alzábase a su paso,
como una altiva reina, acostumbrada
a dominar y despreciar vasallos.
Así como ante nave prepotente
que va las aguas rápida surcando,
se apartan las barquillas, temerosas
del rudo choque del cortante casco.
Entre galante y tímida se abría
la turba de amadores a su paso,
cual si de aquellos admirables ojos
sentir temieran el potente rayo.
Y yo, cual ellos, a mi vez rendido,
mi extraña sensación analizando,
al pasar por mi lado, con respeto,
un «Dios os guarde» murmuró mi labio.

3.°

Pasáronse diez años, y una noche
de esas que locos el placer buscamos,
entre amigos y música y licores,
de la vida el caudal dilapidando,
Al regresar a mi mansión desierta,
cansada el alma y vacilante el paso,
cuando iban ya las pálidas estrellas
sus últimos fulgores ocultando,

Apoyado en el mármol de la fuente,
el cuerpo esbelto al parecer cansado,
una mano caída entre las aguas,
con las espumas nítidas jugando;
Un aire de abandono y de tristeza,
cubriendo, cual fatídico sudario,
aquel cuerpo bellísimo que un día
de inspiración los ángeles formaron;
Con una inmensa sensación de pena,
con un extraño y doloroso espanto,
¡vi la virgen cristiana de la iglesia!,
¡la dama del espléndido sarao!
Cual la canción que en extranjero suelo
de nuestra patria nos recuerda un algo,
como la triste semejanza vaga
con el perdido ser que en un tiempo amamos;
Por entre los jirones de su traje
y sus alhajas de oropel y talco,
cual la perla entre el cieno, se veía
la ruina aun bella de su antiguo encanto.
Sus ojos no tenían aquel puro,
divino, intenso y deslumbrante rayo
que hacía de su rostro un almo cielo
por dos soles iguales alumbrado.
Hoy, ya perdida su expresión divina,
lanzaban, en sus órbitas girando,
esas miradas rápidas y cortas
que tienen el brillar de los relámpagos;
Hoy dejaba que el frío de la noche
enfermase aquel pecho delicado,
si no mórbido y bello, aún admirable,
por su blancura, que eclipsaba al mármol.

Era en verdad de su destino impío
doloroso y benéfico sarcasmo,
al fingido carmín de sus mejillas,
de sus ojos el círculo azulado.
¡Ay! Creyérase ver tras de sus blondas,
rotos encajes y raído manto,
al sarcástico arcángel de la muerte,
la exhausta copa del placer brindando.

....

Al escuchar su halagador saludo,
al resonar mi nombre entre sus labios,
«Adiós, mujer», la dije con disgusto,
entre mi capa el rostro recatando.



LA REALIDAD DE MI SUEÑO

A M. W.

Siempre enemiga la suerte
contemplé desde la infancia,
y larga vi la distancia
entre la cuna y la muerte.
Porque el alma adormecida
tuvo un ensueño divino,
y tras él corrí sin tino
por el campo de la vida.
Soñé una mujer, un ángel,
que juntaba en su figura
la forma de la criatura
con lo ideal del arcángel.
La vi entre nevados tules
cual celeste aparición
y llenar la creación
de luz sus ojos azules;
Y en torno a su rostro bello,
óvalo puro formando,
sobre los hombros flotando
el largo y blondo cabello.
El profeta del Islam
no la ha soñado tan bella,
ni pueden ser como ella
las hurís de su Corán.

En mi frenético empeño,
en mi delirio profundo,
quise encontrar en el mundo
la realidad de aquel sueño,
Y en esa grata demencia,
leves, fugaces, ligeros,
se pasaron los primeros
abriles de mi existencia,
Sin que mirasen mis ojos
una imagen, un trasunto,
de aquel hermoso conjunto
que forjaron mis antojos;
Y dije al cielo mirando
con ceño torvo y sombrío:
«No hallo en el mundo, Dios mío,
la mujer que vi soñando.»
Crucé, niña de los mares,
las turbias revueltas olas,
y a las playas españolas
llegué a entonar mis cantares.
Llegué como el ave errante
que el patrio suelo abandona
y va a buscar a otra zona
otro nido y otro amante.
Y una noche placentera,
al ver tu rostro tan puro
sobre el bello fondo obscuro
de tu blonda cabellera,
Al admirar tu hermosura,
al oír tu dulce acento,
más grato que el tenue viento
cuando juega en la espesura;

Al ver el amante halago
de tu mirada tranquila,
rayo de luz que vacila
sobre las ondas de un lago;
Al mirar tus labios rojos,
la risa que juega en ellos,
al ver tus blondos cabellos,
al ver la luz de tus ojos,
Sentí con grato beleño
calmarse mi afán profundo,
¡que al fin hallaba en el mundo
la realidad de mi sueño!



PIGMALEÓN

Pigmaleón, el escultor ciprino,
ama la estatua que su genio crea,
y comete el inmenso desatino
de animar a la hermosa Galatea.
¡Bárbaro! ¡Ciego! Si el cincel divino
llegó a encarnar tu voluptuosa idea;
si en tu locura te brindó el destino
cuanto el ardiente corazón desea;
Si el carecer de voluntad la inerte
bella que vías en tu amor dormida
era el don más hermoso de tu suerte;
Si su inconstancia llorarás mañana,
¿por qué fiar la dicha de una vida
a la variable condición humana?



DOS NOTAS

Naufraga el buque: a la desierta playa
rueda un piano, y en la arena posa;
y a los rayos del sol saltan sus tablas,
embutidas en nácares y conchas.
Mojadas por las olas, se desprenden
las teclas, como espumas argentadas
del lago de marfil, donde otro tiempo
la leve onda musical vagaba.
Y descubierto el interior sonoro,
triste tumba del ritmo y la armonía,
oxidadas y prontas a romperse,
las melódicas cuerdas se veían.
Llega un viajero; la curiosa mano
en el teclado roto se detiene,
y al pedirle una nota al instrumento,
las ya inútiles cuerdas se desprenden.
Al corazón que naufragó en tu pecho,
más proceloso que la mar salobre,
y que en la triste playa del olvido
con la intemperie del dolor se rompe,

Si le vuelves a hallar en tu sendero,
ni aun siquiera le mires imprudente,
¡no le pidas la nota del cariño,
que te dará la nota de la muerte!



A C. B.

Mi dulce niña puertorriqueña,
luz de mis ojos, linda trigueña,
búcaro fresco lleno de flores,
vergel de gracias, cuna de amores,
con la que siempre mi mente sueña,
¿por qué tu alma no me desdeña?
¿Por qué no aumentas mis sinsabores?
¿Por qué no eres cual dura peña
a mis suspiros y mis dolores?
Porque eres una blanca, tímida oveja,
que, por la vez primera, su aprisco deja;
porque eres una dulce, tierna paloma,
que su primer arrullo lanza en la loma;
porque, mirando el mundo tras blanco velo,
tu cuerpo está en la tierra, tu alma en el cielo.
Tu talle es cual las palmas americanas;
tu acento, cual la brisa de mis sabanas;
formando el casto velo de tus hechizos
catarata ondulante de sueltos rizos,
en espirales trémulas cubre tu cuello
y te da el fondo obscuro de tu cabello.
Del trópico a la gracia voluptuosa,
cual la visión que evoca dulce deseo,
en tu cuerpo de niña reúnes airosa
la pureza de líneas del tipo hebreo.

Cual aquella paloma que al arca un día
llevó el ramo de olivo, tú al alma mía,
con tu amor has traído paz y consuelo,
nuevas aspiraciones y nuevo anhelo,
nueva poesía,
que hasta hoy, te lo juro, no conocía.

Tú has venido a probarme que yo, inexperto,
el corazón herido juzgaba muerto;
pues que vienes cual ángel a consolarme
y una nueva existencia vienes a darme,
¡oh, no te asombre
si tan solo mi lira canta tu nombre.

A . . . . .

Tras silencio prolongado
he recibido tu carta,
y el interés agradezco
que demuestran tus palabras.
He luchado decidido
contra pobreza y desgracia,
y tengo que detenerme
a mitad de la jornada,
no siendo, a fe, por mi gusto,
ni por correr tras las vanas
cuanto bellas ilusiones
que se forjan muchas almas.
Si el cuerpo vil resistiera
la enfermedad que le mata,
continuaría luchando
sin abandonar la casa
donde pasó mi niñez,
donde te escribo esta carta.
Ella también, ¡ pobrecilla !,
por la vejez arruinada,
más de las que un tiempo tuvo
tiene puertas y ventanas :

¡como su dueño, camina
a la región de la nada!
  Mira... iguales los efectos
y diferentes las causas...,
llegando a un término mismo
mi casa, el cuerpo y el alma:
a ella le daña la brisa,
la falta de aire me mata;
a ella le sobran los años,
y a mí la salud me falta.
  Convéncete, pues, y piensa
que si Dios no nos ampara,
el resultado es el mismo,
ya por *sobras*, ya por *faltas*.
  Y no es que blasfemo sea. .
Yo guardo la fe del alma
como la flor el perfume
entre sus pétalos guarda.
  Es una prueba..., la admito,
y sin que ignore la causa,
repito siempre en mis versos
aquel cantar de mi patria:
Me quejo porque me duele,
que si no, no me quejara.
  Si no hay remedio, ¡paciencia!;
puede la fortuna ingrata
quitarme dicha y placeres,
mas firmeza no me falta.
  Los unos de ella dependen,
la otra es la fuerza del alma;
la coraza en que se embotan
del dolor las rudas armas,

y tras de ella, exclamo siempre,
sin abatirme y con calma:
«Fortuna, puedes herirme
a sangre fría y mansalva,
si desesperarme intentas,
¡Fortuna, cómo te engañas!
En lo grande te he vencido
frente a frente, y hoy, villana,
como la sierpe te ocultas,
y con traidora asechanza
pretendes, piedra por piedra,
ir derribando el alcázar,
en cuyo muro otro tiempo
toda tu fuerza estrellabas.
En lo grande y lo pequeño,
Fortuna, cómo te engañas.»
Mas aunque sigo la lucha
y mis fuerzas no se cansan,
tiemblo a veces y vacilo
en esta eterna batalla.
¡El mismo Dios, en el Huerto
de las Olivas temblaba,
y a su padre le decía
entre sollozos y lágrimas:
«¡Si es posible, de mis labios,
Señor, el cáliz aparta!»
¡Qué extraño, pues, me lamente,
siendo yo criatura humana,
y que entre angustias repita
aquel cantar de mi patria:
Me quejo porque me duele,
que si no, no me quejara.

Quiere el médico que deje
mis valles y mis montañas,
mis llanuras y mis ríos,
mis sierras frías y altas,
y que mi pecho restaure
entre uveros y entre palmas,
con los templados efluvios
de las marítimas auras.
Y yo lo haré..., convencido
de que, dispuesta la marcha,
lo mismo se emprende el viaje
del monte que de la playa.
Quieres que de nuevo pulse
mi lira, ya descordada,
y que en pensar y en sentir
use las fuerzas del alma.
¡ Peligroso es intentarlo,
que hay seres que, por desgracia,
llegando en todo al extremo,
sentir y pensar les mata !
¡ Peligroso el averiado
buque llevar a las aguas,
por más potentes que sean
las hélices de su máquina,
que quizá, si al fin se hunde
sin vendaval ni borrasca,
y tan sólo porque el casco,
débil su herraje y sus tablas,
no resista a la violenta
trepidación de su marcha !
Renovaré mis canciones,
si es que quieren inspirármelas

las nueve que de Hipocrene
beben las límpidas aguas,
por más que, invocando a Ceres
en mis ofrendas diarias,
tema que por ser celosas
puedan negarme su gracia.



LAS ESTACIONES

Traducción de Petœfi Sandor.

Tú adoras la primavera;
yo, el tiempo otoñal adoro;
¡la primavera es tu vida,
y la mía es el otoño!
De rosa primaveral
es una copia tu rostro,
y rayo de un sol opaco
es la llama de mis ojos.
Si das adelante un paso,
y si yo hacia atrás doy otro,
en el abrasado estío
nos encontraremos pronto.



FRAGILIDAD

SOBRE UN CUADRO DE SIR JASHUA REINOLDS.

En un delicioso valle,
bajo las altas encinas,
en actitud voluptuosa,
yace acostada la Ninfa.
Apoya un mórbido brazo
sobre la grama mullida,
y el otro al semblante forma
una graciosa cortina
que mal encubre, indiscreta,
en el rostro de la Ninfa,
del rojo labio lascivo
la incitadora sonrisa
y el irresistible y vago
mareo de la pupila.
Del alto y túrgido pecho
la túnica mal prendida,
rojos claveles, en campo
de nieve ofrece a la brisa.
Cerca del brazo que apoya
en la blanda hierbecilla,
imagen del mal, acaso,
una víbora se agita,

que aquella presa acechando
en ella clava la vista.
  El Amor, junto a la hermosa,
tiene en sus manos la cinta,
que al talle esbelto sujeta
la túnica mal ceñida,
¡leve cinturón simbólico
de la virtud de la niña!
  El, intencionado, avanza;
ella, a sus dulces caricias
no accede, ni las rechaza,
ni se defiende, ni grita.
  ¡Un paso más, y se hunde,
por un beso destruída,
la barrera que separa
a la mujer de la niña!
  ¡Un solo grano
en el reloj de su vida!
¡Un poco más de flúido,
en las miradas que brillan,
se provocan y se cambian
desde pupila a pupila!
¡Una ráfaga de aire!
¡Un crujido de la cinta!...,
¡y el Amor... desata el lazo
y hace su presa la víbora!
....

....
  Pintor que el cuadro pintaste,
¡bien conocías la vida!
¡Bien el corazón humano
con las pasiones en lidia,

cuando tu pincel nos muestra,
en el cuadro de la Ninfa,
honor y virtud pendientes
de un frágil lazo de cinta!

LOS HOSPITALES

En el salón de un hospital me hallaba
mirando que en los lechos
ocultaban los blancos cortinajes
a leprosos enfermos.
Me causaba un horror involuntario
el contraste que hacían
aquellos pobres asquerosos cuerpos
y las albas cortinas.
Luego, al ver, en el curso de la vida,
al corazón humano
de mezquinos y torpes sentimientos
mancharse con el fango,
«¡ Ay !—exclamé con sentimiento y pena—,
¡ cuántos y cuántos rostros
como los blancos cortinajes cubren
corazones leprosos !»



DIEZ AÑOS DE AMOR

1.°

Suspiros, sonrisas, saludos, respeto,
niñeces, anhelos, vergüenza, temor,
mirar pudoroso, sufrir en secreto,
¡ aurora en el alma de un cielo de amor !

2.°

Suspiros, sonrisas, menor la distancia,
el roce del traje, su aliento, su tez,
la rosa marchita, cariño, constancia,
¡ principio en el alma de loca embriaguez !

3.°

Pallabras confusas, ruegos ardientes,
fingidos enojos, empeño tenaz,
primera sonrisa, canciones vehementes,
¡ escenas divinas que no vuelven más !

4.°

Un *sí* balbuciente bañado con llanto,
retratos, cabellos, presentes de amor,

aún dura el ensueño, se aumenta el encanto,
aún nadie pregunta lo que es el dolor.

5.°

Martirios y penas, el triunfo anhelado,
comienza la vida, la prosa también,
se piensa y calcula, se busca un estado,
se vive en el mundo, concluye el Edén.

6.°

Primer estallido de un beso candente,
eléctrico choque del mundo real,
la faz ojerosa, marchita la frente,
los ojos brillantes, la etapa del mal.

7.°

La duda, el desvío, la ofensa primera,
orgullo insensato y amor y perdón,
la vida del choque, la intriga rastrera:
concluye el encanto, se rasga el telón.

8.°

Inútil empeño de una alma gigante
que juzga posible cambiar otro ser,
que no se resigna, que lucha constante
queriendo *ella sola su mundo rehacer.*

9.°

¡ Fatal desengaño y orgullo y locura,
la orgía, la amante, el oro, el lucir,
la risa ante el mundo, la interna tortura,
las noches eternas de eterno sufrir !

10.

La triste sonrisa, cansancio profundo,
ya el alma no corre de sueños en pos,
¡ postrer puñalada..., se quitan del mundo
gimiendo los ojos y... vuélvense a Dios !



A MIS AMIGOS

¡Oh mis amigos, cuando yo muera
plantad un sauce sobre mi huesa!

A. DE MUSSET.

Cuando no reste ya ni un solo grano
de mi existencia en el reloj de arena,
al conducir mi gélido cadáver,
no olvidéis esta súplica postrera:
No lo encerréis en los angostos nichos
que llenan la pared formando hileras,
que en la lóbrega, angosta galería
jamás el sol de mi país penetra.
El campo recorred del cementerio,
y en el suelo cavad mi pobre huesa:
que el sol la alumbre y la acaricie el aura,
y que broten allí flores y hierbas.
Que yo pueda sentir, si allí se siente,
a mi alrededor y sobre mí, muy cerca,
el vivo rayo de mi sol de fuego
y esta adorada borinqueña tierra.

A MIS AMIGOS

ALFREDO ESTELLER Y J. A. PÉREZ BONALDE.

¡Uno a la orilla del «Hudson»,
otro en la orilla del «Guaire»,
y yo en mi pobre peñón,
como el cautivo en su cárcel!
Ya no hay manos cariñosas
que con la mía se enlacen,
ni dulce amiga palabra
que mi espíritu levante;
Ni aprobación espontánea
para una felice frase,
para un verso melodioso,
para un destello del arte;
Ni teorías filosóficas,
ni generosos arranques,
ni juveniles ensueños,
ni *castillos en el aire.*
Hoy mi vida languidece
sin amigos que me amen,
como la planta que muere
sin agua, sin sol, sin aire.
¿Qué extraño, pues, mi tristeza,
ni el dolor que me combate,

ni que al pensar en vosotros
el labio, trémulo, exclame:
¡Uno a la orilla del «Hudson»,
otro en la orilla del «Guaire»,
y yo en mi pobre peñón
como el cautivo en su cárcel?

A LORE-LAY

Tradición alemana.

Dicen que en el Rhin undoso,
cuando la luna de plata
en el onda se retrata
como en espejo grandioso,
Sobre el erguido peñón
se asienta pérfida un hada,
que con voz dulce y templada
al aire da su canción;
Que destrenza su melena
con un peine de oro bello,
cayendo el blondo cabello
sobre su tez de azucena,
Y al limpio rayo del astro
de su melena el tesoro,
finge una lluvia de oro
sobre formas de alabastro;
Y que en el mundo no hay
canto tan dulce y divino
como el canto peregrino
de la hermosa Lore-Lay.
Dicen que un bello doncel
dejó la fada engañada,

y ella, contra el mundo airada,
se venga en los otros de él.
  Y así el incauto mancebo
que oye de noche aquel canto,
no resistiendo a su encanto,
deja el banco del remero,
  A la prora se abalanza
presa de un sueño divino...,
mientra al hondo remolino
la frágil barquilla avanza;
  Y aunque lastimero ¡ ay !
del abismo se levanta,
¡ juega con su crencha y canta
la pérfida Lore-Lay !

EL NAUFRAGIO

Dividiendo las olas orgullosa,
el ancho lino desplegada al viento
y dócil al timón, la nave altiva
miraba cerca el anhelado puerto.

Destacando la esbelta arboladura
de la neblina sobre el fondo denso,
una inmensa gaviota parecía
el mar rozando en caprichoso vuelo.

Ya traspuesta la barra peligrosa,
el timonel se descuidó, inexperto;
chocó la quilla con oculto escollo,
torció su rumbo y se inclinó ante el viento.

Golpe tras golpe, las revueltas olas
destrozan los rendidos masteleros,
¡ellas, que iban el cortante casco
como lebreles dóciles lamiendo!

Esa es tu imagen, sociedad; te humillas
al que te lanza su orgulloso reto,
y al que te implora, sin piedad, cobarde,
le hieres en el rostro y en el pecho.

Que no despierte mi desgracia nunca
el maligno gozar de los pequeños:
si escrito está que mi bajel naufrague,
¡húndalo Dios del océano en medio!



ANDRES FERRERIS

Terminó su carrera fatigosa,
su lucha con la suerte,
y se hundió en el misterio de la fosa,
al soplo de la muerte.
La trama no cortó de su existencia
el vicio ni la orgía;
él tuvo una precoz inteligencia,
él «pensaba y sentía».
Deleitaban su espíritu elevado
los triunfos del talento,
¡ mas hubiera vivido, dedicado,
¡ ay !..., al tanto por ciento !
¡ Enseñar ! ¡ Escribir ! ¡ Nobles faenas !
Su cuerpo sucumbía,
y aún, dominando sus mortales penas,
él «pensaba y sentía».
Al fin rindió su humana fortaleza
a lid más ruda y fuerte :
¡ luchas del corazón y la cabeza
que acaban en la muerte !

Descansa en paz.—Cuando el Señor me llame
en mi postrero día,
que haya una voz que en mi sepulcro exclame:
él «*pensaba y sentía.*»

AMOR A MUERTE

¡Ay, quién pudiera mirarte
en el túmulo acostada,
con tu vestido de virgen
y con tu corona blanca.

I

Te quiero mucho, te quiero
con una pasión tan santa,
¡tan grande!, que no es posible
expresarla con palabras:
que a nuestro pobre lenguaje
notas y voces le faltan
para el vago sentimiento
que sienten algunas almas.
De las manchas de la tierra
se ha lavado con mis lágrimas
el amor mío, y ahora
es ángel de blancas alas,
de sonrisa triste y dulce,
de dulce y triste mirada,
que marcha a tu lado siempre
como el ángel de tu guarda.

Cuando tus oídos oyen
una insinuante palabra,
cuando un rayo más ardiente
tu negra pupila inflama,
cuando del carmín las ondas
tus suaves mejillas bañan,
tiembla el ángel, y el semblante
se cubre con ambas alas,
y exclama con voz sentida
cual una música blanda:
«¡Ay, quién pudiera mirarte
en el túmulo acostada,
con tu vestido de virgen
y con tu corona blanca!»

II

Tú no has tenido la culpa
de mis penas y mis lágrimas,
que la tuvo mi destino,
que la tuvo mi desgracia;
por eso jamás el odio
halló cabida en mi alma,
por eso nunca mi labio
con maldiciones se mancha;
Por eso yo, que en el mundo
de ti ya no espero nada,
que de la vida conozco
los abrojos y borrascas,
bendigo los sufrimientos
que sólo hieren mi alma,

y al pensar en lo futuro
me aterro por los que faltan,
que aún puede guardar el cáliz
otra gota más amarga;
y por eso exclamo siempre
entre sollozos y lágrimas:
«¡Ay, quién pudiera mirarte
en el túmulo acostada,
con tu vestido de virgen
y con tu corona blanca!»

III

De la reina de los cielos,
la virgen inmaculada,
tuve una imagen muy bella,
ante quien niño rezaba,
y cuando la suerte impía
me hizo abandonar mi casa,
temiendo yo que la imagen
cayese en manos extrañas,
y que cirios le faltasen,
y macetas y plegarias,
hice una hoguera muy grande,
donde llorando arrojaba
cuantos objetos un día
fueron queridos al alma;
y cuando todos ardían
en torbellino de llamas,
tomé la imagen querida
ante quien niño rezaba,

la tuve contra mi pecho
por largo tiempo estrechada.
y besándola y llorando
la arojé dentro las llamas.
¿Comprendes ahora? ¿Comprendes
por qué, con voz alterada,
exclamo al pensar en ti,
entre sollozos y lágrimas:
«¡Ay, quién pudiera mirarte
en el túmulo acostada,
con tu vestido de virgen
y con tu corona blanca?»

A MARIA

Traducción de Adam Mickiewitz.

—¡ Huye de mi presencia !...
—Te obedezco
sin murmurar, aunque sucumba.
—¡ Aparta
del corazón que tuyo fuera un día !...
—Mi corazón tus órdenes acata.
—¡ Huye de mi recuerdo !...
—¡ Ah, no !, perdona,
que a tanto, no, mi voluntad alcanza,
¡ ni tu memoria, ni la mía, nunca
podrán obedecer esa orden bárbara !
Así como las sombras de la noche
ofrecen del mortal a las miradas,
cerca, un vago crepúsculo indeciso,
y a lo lejos, tinieblas que le espantan ;
Así también mi dolorida imagen
cubrirá los recuerdos de tu alma
con un crespón, ¡ ay !, cada vez más denso,
con una sombra, ¡ ay Dios !, más enlutada ;
Y a todas horas y en cualquiera sitio
en donde vierta mis candentes lágrimas,
hablaremos los dos ese lenguaje
que en los delirios del amor se habla :

Que en todas partes estaré a tu lado,
adonde quiera que al huírme vayas,
porque en todas también con mi cariño
he dejado recuerdos de mi alma.
Si en tu salón, aislada y pensativa
como el que historias infelices guarda,
arrancaras sonidos melodiosos
con distraídas manos en el arpa;
por acaso, tal vez, o por costumbre,
el instrumento brindará a tu alma
cierta dulce reunión de dulces notas,
que te harán exclamar trémula y pálida:
«*En otro tiempo, y a esta misma hora,*
esa misma canción le modulaba.»
Cuando, jugando al ajedrez, contemples
tu rey cautivo, pensarás que estaban
los marfiles lo mismo en la postrera
partida que jugamos. Cuando vayas
al baile, en los momentos de reposo,
antes que nota aguda y prolongada,
resonando tenaz en los salones,
dé la señal de comenzar la danza,
quieras sentarte, y a tu lado veas
un asiento vacío, aunque callada,
pensarás con dolor: «*Aquí estaría*
si mi orden cruel no respetara.»
Cuando tomes un libro, al ver los votos
de dos amantes que la suerte infausta
separara cruel, dirás gimiendo
con una voz como tu pena amarga:
«*Cuán parecida, ¡ay Dios!, es nuestra historia*
a la que miro escrita en esas páginas.»

Y si el autor, tras dolorosa ausencia,
el amante reuniese con su amada,
exclamarás con voz entristecida
al apagar tu moribunda lámpara:
«*¿Por qué no terminó nuestra novela
como la historia del autor acaba?*»
Entonces... un relámpago sombrío
cruzará el espacio por las salas;
las hojas secas del peral marchito
agitará una brisa aletargada;
el agorero buho con gemidos
chocará en el cristal de tu ventana,
y ni aun así me olvidarás; temblando,
tú dirás todavía: «*¡Esa es su alma!*»
Que en todas partes estaré a tu lado,
adonde quiera que al huírme vayas,
porque en todas también con mi cariño
he dejado recuerdos de mi alma.

R E D E N C I O N

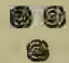
Cuando uno muere, en la tumba
se queda encerrada el alma,
hasta el día que en la losa
rueda de amor una lágrima.
El sol el llanto evapora,
y en el vapor, a las altas
regiones del cielo asciende
tranquila y feliz el alma.
¡Triste de aquel que en su muerte
ninguna lágrima arranca!
¡No tiene quien lo redima
ni quien liberte su alma!



A MARIA

¡ Silencio !, que está dormida.
¡ Silencio !, no se despierte.
¡ Ojalá que esa inocencia
así la durmiera siempre !
Ahora sueña con visiones
que en nubes carmíneas vienen
a volar junto a la cuna
donde tranquila se aduerme.
Mañana, cuando las gracias
de la juventud ostente,
y cambie sus alas de ángel
por mentidos oropeles ;
cuando sienta que en su pecho
hay *un algo* que se mueve,
tal vez serán sus miradas
fijas, intensas, ardientes...,
y ojos que al mundo miraron
no siempre al cielo se vuelven.
Por eso, cuando la miro
que en su cuna se adormece,
no me atrevo ni a besarla,
y exclamo anheloso siempre :

«¡Silencio!, que está dormida.
¡Silencio, no se despierte.
¡Ojalá que esa inocencia
así la durmiera siempre!»



E N F E R M O

A MI HIJA MARÍA

Un noble marino anciano,
del viento y del sol curtido,
abandonó, ya rendido,
los embates de la mar;
Y no de las ondas lejos,
en la cercana ribera,
alzó la quinta, y la era,
y el jardín, y el palomar.
En su báculo apoyado,
llegó luego a la vecina
aldea, la noble ruina
que retaba al aquilón;
Y allí pidió balbuciente
a un pobre y rudo aldeano,
de una doncella la mano,
de una niña el corazón.
Ya olvida entre dulces lazos
sus pasados sinsabores,
y de sus tardos amores
brotan los frutos al fin;
Ya hay manecillas y gritos
que asustan a las palomas;

quien rompa flores y pomas
corriendo por el jardín.
  Pero es muy tarde, y emprende
su viaje para el cielo
el que cruzó con anhelo
las llanuras de la mar.

....

  ¿Dejaré, como el marino,
el bien, apenas logrado?...
¿Habré tarde levantado
quinta, huerto y palomar?



EL ANILLO

Traducción de Petœfi Sandor.)

—Joyero, mi buen joyero,
¿conoces esta sortija?
—¡Oh, sí!, la conozco mucho;
salió de la tienda mía.
A quien tú la destinabas
era tan bella, ¡tan linda!...,
una niña encantadora,
entonces tu prometida.
—Es verdad, era muy bella;
mi novia fué, no es mentira;
fuí por demás confiado...
y a otro amó después la niña.
Mal colocada en sus manos
estaba ya mi sortija;
la tomé, sitio mejor
ella ahora necesita.
Esa joya es mi riqueza:
funde su oro, y aprisa
hazme con ella una bala,
con esa prenda que es mía.

Yo la pondré, mi joyero,
dentro del arma homicida,
luego en este corazón
que destrozó su perfidia.



EL IDOLO

(Traducción de P. Sandor.)

Yo tengo en mi corazón
un amor que lo embellece,
pero un amor puro y santo
sin forma alguna terrestre.
Es una mujer divina
la que adoro más y más,
¡es la diosa desterrada!,
¡es la hermosa libertad!
Mas ¡oh dolor!, por el día
de mi mirada se esconde,
y sólo la ven mis ojos
en los sueños de la noche.
Me favorece constante,
y no hay una que no tenga
el mismo ensueño divino...
Anoche fué en la floresta.
Arrodillado a sus plantas
estaba mi amor pintándole;
quise cogerle una flor,
tendí la mano inclinándome,

Y el verdugo, que a mi espalda
vigilaba cruel y atento,
su ensangrentada cuchilla
asestó sobre mi cuello.
Mi cabeza hasta mis manos
rodó, pálida y sangrienta;
y yo la ofrecí a la diosa
como flor más digna de ella.

L A B A R C A

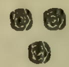
(*Strugle for life*: Combate por la vida.)

La aurora lucía tranquila en Oriente,
la luz inundaba los montes y valles,
las flores abrían los pétalos leves
y a Dios saludaban trinando las aves.
Solté mi barquilla, y al centro del río
de un golpe de remo lancéla contento;
¡marino errabundo, pensaba aquel día
hallar el ansiado magnífico puerto!
Un blanco fantasma se sienta a la caña
y el rumbo dirige, mirándome fijo,
y yo, desde el banco, le vía temblando
de horror y de angustia, de miedo y de frío.
Al fin me resuelvo. «¿Quien eres?», pregunto.
Con voz cavernosa responde el espectro:
«Yo soy el eterno patrón de las barcas
que al río se lanzan en busca del puerto.»
Seguimos bajando la rauda corriente,
yo a entrambas orillas mirando con ansia,
que en una y en otra, del sol a los rayos,
castillos, jardines y bosques se alzaban.
Ya, frente al primero, la barca se vía,
bizarros galanes y lindas doncellas,

asidos del brazo, diciéndose amores,
cruzaban el bosque, jardín y pradera.
  Algunos en gruta de mirto y jazmines
buscaban la sombra y el grato misterio,
trayendo a la barca del aire las ondas,
ahogados suspiros, rumores de besos.
  Volvime al fantasma, que frío, inmutable,
miraba impasible tan dulces escenas,
y al fin le pregunto con voz anhelosa:
«¿Arrojo aquí el ancla? Respóndeme.» «*Rema.*»
  Bajé la cabeza, y un triste suspiro
salió de mi pecho, pensando en que alegre
pasara mi vida por grutas y valles
con una de aquellas hermosas mujeres.
  Y sigo remando y el sol ascendía,
el agua imploraba mi labio sediento,
y espléndida plaza veíase cerca
que alegre llenaba frenético un pueblo.
  El remo abandono, y en medio la turba
a algunos contemplo ceñidos de lauro,
tañendo sin pena la cítara blanda
y dando a los aires su férvido canto.
  Mis ojos despiden torrentes de lumbre,
la sangre a mi rostro de pronto se agolpa
y digo al fantasma con voz en que vibra
la fuerza de un alma que el triunfo ambiciona:
  «También, como ellos, yo tengo mi canto;
también, como ellos, yo tengo una lira;
un mundo, cual ellos, yo siento en mi alma;
tal vez, como a ellos, coronas me ciñan.
  ¡Qué hermoso es el triunfo! ¡Qué bella es la gloria!
¡Cuál luce en las sienes la noble diadema

que el bardo conquista luchando constante!
¿Arrojo aquí el ancla? Respóndeme.» «*Rema.*»
Al pecho, agitada mi alma inclinóse
y amargas y ardientes corrieron mis lágrimas,
cual plomo fundido quemando mi pecho,
dejándome inmenso dolor en el alma.
El sol a Occidente, con marcha tranquila,
llevaba el tesoro de luz y colores;
la tarde llegaba: mi brazo, rendido,
las ondas apenas hería del golpe.
Un último y grande castillo se alza,
aún brilla en el cielo la luz del ocaso
y el rayo postrero bordaba las nubes
con franjas de plata, de fuego y topacio.
Al pie del castillo, soberbios magnates
cobraban tributos de pueblos y villas,
y el oro rodaba, cual corre en las playas
al soplo del viento la arena amarilla.
«Ni amores ni gloria—pensé con tristeza—;
pues oro tengamos, poder y fortuna,
que el mundo se humilla delante del oro
y el oro es el amo de estúpidas turbas.»
«Por fin—a la blanca fantasma le digo—,
un último puerto, ¿lo ves?, ya no queda:
entrambas orillas desiertas contemplo.
¿Arrojo aquí el ancla? Respóndeme.» «*Rema.*»
Y sigo remando, y el golpe inseguro
movía con lento vaivén la barquilla;
la noche avanzaba, la tierra y el cielo
crepúsculo vago, medroso, envolvía.
Allá, tras la cumbre lejana del monte,
la luna cual globo brillante se alza.

y finge su rayo, jugando en la espuma,
encajes y blondas de azul y de plata.
Se extingue del río la rauda corriente,
perdiéndose en ancho tranquilo remanso,
y ya a la barquilla faltábale fondo,
a veces la arena la quilla rozando.
De pronto la luna, rasgando las nubes,
alumbra una extraña ciudad en la orilla,
y cruces y verjas, cipreses y sauces
ornaban las calles de tumbas sombrías.
Hirsuto el cabello, la faz descompuesta,
le digo al fantasma con voz temerosa:
«Aquí no es posible que el puerto busquemos,
al centro del río volvamos la prora.
Mi brazo conserva su fuerza y empuje,
el último aliento gastemos remando,
¡y míreme lejos del cuadro sombrío
que forman las tumbas, cipreses y osarios!»
Con triste sonrisa que aterra y fascina,
me toma una mano la horrible fantasma,
y «*Aqueste es el puerto*—me dijo—; *llegamos*;
el remo abandona y arroja tu ancla.»



A CECILIA

(En su álbum.)

Escucha: tú salías
del apacible sueño de la infancia,
y en tus santas y puras alegrías
que entrabas en el mundo te creías;
¡oh adorable ignorancia!
No admiró mi deseo
las puras líneas de tu tipo hebreo,
ni noté en tus hechizos
cómo bajaba a tu cintura esbelta
la negra catarata de los rizos
de tu ondulosa cabellera suelta.
Tal vez serían del poeta antojos;
mas yo sólo miraba
el cielo obscuro de tus negros ojos;
y mientras más abiertos los veía,
elocuentes, espléndidos, rasgados,
más mi ilusión creía
que estaban, vida mía,
tus bellos ojos a la luz cerrados.
Lo estaban, sí, lo estaban;
que admirando no más cintas y flores,
con el mundo real se contentaban;

mas ¡ ah !, que no admiraban
las grandes perspectivas interiores.
 Yo tomé mi laúd, y fué mi acento
conspirador, audaz contra tu calma,
pues logré en un feliz, dulce momento,
abrir tu corazón al sentimiento
y abrir tus ojos a la luz del alma.
Y despertó gozosa,
en mis brazos, tu cándida inocencia ;
y te miré dichosa
niña, y madre, y esposa,
y encanto y gloria y luz de mi existencia.
 Si ojos y corazón abrí algún día
al mundo del amor con mi palabra,
es justo, vida mía,
que en el mundo del arte y la armonía
también tu libro con mis versos abra.



LA LAGRIMA DEL MUERTO

Buscando serenatas y placeres,
y bailes y amoríos,
una noche (hace tiempo) por la calle
iba con mis amigos.
Alguno de ellos, imprudente y loco,
¡la juventud lo es tanto!,
entre risas y chanzas y canciones
se adelantó unos pasos.
Y me dijo, volviéndose a nosotros:
«Tú, que buscas amores,
a una niña que he visto en esa casa
dime si la conoces.»
Con su junquillo indiano, al mismo tiempo
me señaló una puerta;
yo adelanté, pensando unas galantes
frases para la bella.
Y al entrar en el rayo luminoso
y al mirar hacia dentro,
vi un triste cuadro que aterró mi alma
y erizó mi cabello.
Tendido en una sábana en las losas,
entre cuatro blandones,
con las manos cruzadas sobre el pecho
vi el cadáver de un joven.

En los dedos atados sostenía
brillante crucifijo,
que refractaba sobre el rostro cárdeno
la llama de los cirios.
Y aquel opaco rayo iluminaba,
en la órbita hundida,
una lágrima, acaso la postrera
que vertió en su agonía.
Y yo pensaba en el convulso espasmo
que invadió mis sentidos,
que aquel muerto lloraba mis locuras,
amores y delirios.

....

Volvió a mandar el corazón violento
la sangre a mis arterias,
y el aura pura de la noche en calma
refrescó mi cabeza.

....

....

¡Cuántas veces después, al ir ansioso
tras de orgías y músicas,
al deleitar mi corazón ardiente
la próxima aventura,
Me volvió la razón y la prudencia,
surgiendo del recuerdo,
como un blanco fantasma en mi memoria,
la lágrima del muerto!

A JUDAEL

¡Ay, quién pudiera volar
como las águilas vuelan!

Pierde la mente sus galas
en ardua lucha cruenta,
y en el valle de la vida
no hay placeres, sino penas;
la amistad es una farsa;
el amor, vana quimera;
son flores que se marchitan
con las brisas de la tierra.
¡Ay, quién pudiera volar
como las águilas vuelan!
¡Quién pudiera el ancho espacio
cruzar cual nube serena,
pasar la región del aire,
la región de las estrellas,
y sorprender el misterio
de las verdades eternas,
bajo el benéfico influjo
de aquellas santas creencias
que murieron al dejar
los valles de la inocencia,
y feliz, y puro, y libre,

vertiendo lágrimas tiernas,
alzar, en canto divino
que no comprende la tierra,
lazo de amor misterioso
entre el cielo y el poeta!
¡Ay, quién pudiera volar
como las águilas vuelan!
Doquier que fijo los ojos
encuentro llantos y penas;
doquier que llevo mis pasos
hallo abrojos en mi senda;
por cada ilusión hermosa
que forja la mente inquieta,
me brinda la realidad
con una esperanza muerta.
¿Y es ésta acaso la vida
que en este mundo me espera?
¿Irán iguales los años
continuando su carrera?
Vivir así no es vivir,
es arrastrar la existencia
como el mísero cautivo
sus grillos y su cadena.
¡Ay, quién pudiera volar
como las águilas vuelan!
¡Quién sabe! Lejos, muy lejos,
tras de la inmensa barrera
que entre otros mundos y el hombre
alzó una mano severa,
condenándole inclemente
a la cárcel de la tierra,
habrá atmósfera más pura

de suaves aromas llena,
do el espíritu descansa
del peso de la materia,
donde la traición no exista,
do no se encuentre quien venda
los más sublimes afectos,
las emociones más tiernas.
¡ Ay, quién pudiera volar
como las águilas vuelan !
  Es tan triste y doloroso
al ver la propia conciencia,
comprender que, poco a poco,
la vorágine nos lleva ;
que en apático marasmo
nos va venciendo la inercia ;
que mañana admitiremos
lo que hoy tal vez nos aterra...
Que siempre, siempre que el alma
en sí misma se concentra,
vuelvo la vista al espacio,
y exclamo con honda pena :
«¡ Ay, quién pudiera volar
como las águilas vuelan !»

MI LIBRO

Tengo un libro, en que hace tiempo
que mis impresiones grabo;
en tres partes le divido,
y aun quedan hojas en blanco.
La primera parte, escrita
con bien inexperta mano,
en tinta color de rosa
guarda mis primeros cantos.
La segunda... era en la edad
en que despiertos soñamos,
y escribí con tinta verde
idilios y epitalamios.
La tercera... ¡Cuánta herida!
¡Cuánto escollo ante mi paso!
¡Escribí... con tinta negra
elegías y epitafios!
El final... Dios y yo solos
sabemos lo que en él grabo,
pues como con llanto escribo,
¡el libro se queda en blanco!



HASTA EL FIN.....

¡El mundo es ancho
y el mar inmenso!
¡Dejad al bardo
con sus ensueños!
Los que en la vida
buscáis lo cierto,
y a cuanto existe
ponéis un precio,
tras torpe lucro
corred ligeros.
Si el padre anciano
con paso trémulo,
si con caricias
el niño tierno,
de estorbo os fuesen
en el sendero,
¡ay, si es preciso,
por sobre de ellos
vuestra carrera
llevad a término;
que a ambas orillas
están los necios,
y siempre aplauden
a los más diestros.

Si halláis un hombre
pálido y serio,
que sueña amores
rimando versos,
que se preocupa
con un misterio,
con una nota,
con un arpegio;
a quien infunden
pena o respeto
el noble anciano
y el niño tierno,
la negra toca
y el blanco velo,
es... un poeta;
seguid ligeros,
y ni un instante
de vuestro tiempo
en saludarle
gastéis atentos.
¡El mundo es ancho
y el mar inmenso!
¡Dejad al bardo
con sus ensueños!
Los que por unos
nuevos afectos
dais al olvido
dulces recuerdos;
Los que, egoistas,
los ojos secos
lleváis mirando
males ajenos;

Los que, venales,
fingís derechos,
y con intrigas
robáis arteros
la honra a la niña
y el pan al huérfano,
no han de faltaros
viles o necios
que a vuestra infamia
llamen talento.
¡El mundo es ancho
y el mar inmenso!
¡Dejad al bardo
con sus ensueños!
Mas cuando el mundo
llegue a su término,
y suene el último
día tremendo,
irán los ángeles
ante el Eterno.
«Señor—diránle—,
ya con sus cuerpos
vienen las almas
llegando al cielo;
hay a las puertas
un grupo inmenso
que espera el fallo
feliz o adverso,
y todos lloran,
y todos, trémulos,
piedad demandan
con sus lamentos;

uno tan sólo
llega sereno,
dulce y tranquilo,
pálido y serio.
»Id, hijos míos
—dirá el Eterno—,
id a las puertas,
id justicieros
a separarme
malos y *buenos*,
y ante el que llega
dulce y sereno,
¡templad las arpas!,
¡quemad incienso!,
¡dejadle franca
la entrada al cielo!,
que si él tranquilo
llega a mis reinos,
es porque sabe
que en el terreno
mundo concluye
lo que es *pequeño*,
lo que es *infame*,
cruel y *rastrero*,
y que a las altas
puertas del cielo
tan sólo ascienden
nubes de incienso,
vapor de lágrimas,
rumor de rezos,
los ideales,
los sentimientos

de lo *sublime,*
lo *grande* y *bello*;
yo sé la causa
de su silencio:
sueña un poema,
medita un verso;
¡dejad al hombre
pálido y serio!,
¡dejad al bardo
con sus ensueños!»



EL POETA

Nace, vive y adelanta
por la senda de la vida,
y al recibir una herida
la cítara toma y canta;
Y la turba se divierte
con el que, fija en el cielo
la mirada, por el suelo
do lleva el paso no advierte.
El se queja. y mientras tanto
se le escucha sonriendo,
quizás a veces creyendo
que son ardides del canto.
Y en su profunda aflicción,
de sus canciones benditas,
¡cuántas, cuántas van escritas
con sangre del corazón!
Aunque el genio el canto exhale,
canta al par dolor y gloria,
que el laurel de la victoria
cuesta más de lo que vale.
Y al esparcir gloria y luz
del mundo en el escenario,
encuentra en él su calvario,
y su martirio, y su cruz.

Si Jesús en el suplicio,
llegando al último instante,
desencajado el semblante,
consumando el sacrificio,
Entre el ronco vocerío
del pueblo que le insultaba,
con dulce amor exclamaba:
«¡*Perdónalos, Padre mío*!»;
Si su frente, desgarrada
por la sangrienta corona
al suelo inclina, y abona
la clemencia su mirada,
También el bardo, al sentir
que se acerca su partida,
sintiendo luchar la vida
con las ansias del morir,
Venciendo su mal profundo,
de su lecho se levanta,
su cítara toma, y canta
como el cisne moribundo.
Siendo aquel último canto
de su eterna despedida,
pura esencia de su vida
y perfume de su llanto,
Que cuando la frente inclina
al peso de su corona,
¡también bendice y perdona
al mundo que le asesina!...

I N S O M N I O

¡ Cuán largas son las horas
de sufrimiento !
¡ Cuán tristes son las noches
de los enfermos !
Por el día, los ruidos
y el movimiento ;
el calor de los rayos
de un sol de fuego,
y la brisa que pura
restaura el pecho ;
El jugar de los niños,
siempre contentos,
al estar en la casa
todos despiertos,
la abundancia de vida
y el bien ajeno.
Sobre los propios males
extiende un velo.
Mas cuando el sol se oculta,
y en el silencio
acrecienta las penas
insomnio eterno,
y cruzamos el mundo
de los recuerdos

amargando el presente
    goces *que fueron*;
Cuando sólo se escucha
    rugir el viento,
el reloj perezoso
    marcando el tiempo,
y el respirar forzado
    de nuestro pecho;
Cuando no hay en la casa
    risas ni juegos;
cuando todos dormidos
    parecen muertos,
y cuando ya la aurora
    luce en el cielo,
Corona de zafiros,
    manto de fuego,
y a la luz de la vida
    y el movimiento
el mundo se despierta
    feliz, risueño,
el reposo buscamos,
    y sobre el lecho
se desploma el rendido
    mísero cuerpo.
Los que pasáis la noche
    placer bebiendo,
en el baile y la orgía,
    teatro y concierto,
el espíritu alegre,
    robusto el cuerpo,
que ignoréis siempre, siempre,
    pido en mi ruego,

¡Cuán largas son las horas
de sufrimientos!
¡Cuán tristes son las noches
de los enfermos!



A P A R I E N C I A S

Mi pulso toma el doctor,
y, moviendo la cabeza,
«*Malo*» tres veces repite,
cual fatídica sentencia.
—Los pómulos encendidos,
esa calentura lenta,
ese calor en las manos,
ese pulmón que no suena,
me indican que a agigantados
pasos la tisis se acerca.
—Pero, doctor, ¿por qué causa?
—¡Ah!, las causas son diversas:
mal alimento, descuidos,
falta de higiene, pobreza
del organismo. —¿Y no hay otras?
—Esas señala la ciencia.
—Baje usté al fondo, doctor.
—¿Al fondo de qué? —Secreta
puede existir otra causa.
—Si usted no me la revela,
mal puede encontrarla el médico.
¡Ah!, serán de la primera
juventud, las aventuras,
insomnios, orgías, cenas.

—No, doctor; baje usté al fondo
del alma. —¡Buena quimera!
Jamás el alma he encontrado
al amputar una pierna,
al practicar una autopsia,
al abrir una cabeza.

....

....

¡Ah, todos, todos iguales,
sólo ven las apariencias!
¿No habrá ninguno que mida
con el compás de la ciencia
mis sueños desvanecidos,
mis apagadas creencias,
mis ídolos derribados,
mis románticas quimeras,
mis contrariados deseos,
mis delirios de poeta,
mis ilusiones marchitas
ni mis esperanzas muertas?...
Pero, silencio..., que al mundo
nada le importan mis penas.
¡Como un cualquiera vivimos,
muramos como un cualquiera!



PUERTO RICO

El día llegará en que el Oceano
del Universo las cadenas rompa.

SÉNECA.

¡Borinquen!, nombre al pensamiento grato
como el recuerdo de un amor profundo,
bello jardín, de América el ornato,
siendo el jardín América del mundo.
Perla que el mar de entre su concha arranca
al agitar sus ondas placenteras,
garza dormida entre la espuma blanca
del níveo cinturón de tus riberas.
Tú, que das a la brisa de los mares,
al recibir el beso de su aliento,
la garzota gentil de tus palmares;
Que pareces en medio de la bruma,
al que llega a tus playas peregrinas,
una ciudad fantástica de espuma
que formaron jugando las ondinas;
Un jardín encantado
sobre las aguas de la mar que domas,
un búcaro de flores columpiado
entre espuma y coral, perlas y aromas.

Tú, que en las tardes sobre el mar derramas,
con los colores que tu ocaso viste,
otro océano de flotantes llamas;
Tú, que me das el aire que respiro
y vida al ritmo que en mi lira brota
cuando la inspiración en raudo giro
con sus alas flamígeras azota
la frente del cantor, ¡oye mi acento!
El santo amor que entre mi pecho guardo
te pintará su rústica armonía;
por ti lo lanzo a la región del viento,
tu amor lo dicta al corazón del bardo,
y el bardo en él su corazón te envía.
¡Oyelo, patria! El último sonido
será tal vez de mi laud; muy pronto
partiré a las regiones del olvido.
Mi juventud efímera se merma,
y ya en su cárcel habitar no quiere
un alma melancólica y enferma.
Antes que llegue mi postrero día,
y mi cantar se extinga con mi aliento,
toma, ¡patria!, mi última poesía,
¡ella es de mi amor el testamento!,
¡ella el ADIÓS que tu cantor te envía!

Tres siglos ha que el hombre,
encerrado en el viejo continente,
ni en ti pensaba ni soñó tu nombre.
Tu ser fué una bellísima quimera

a los que vían el confín del mundo
de Thule en la fantástica ribera;
  Pero sonó una hora en el gigante
reloj que marca su existencia al orbe,
y abrió sus ondas el airado Atlante.
  El dedo del destino
tocó de un hombre en la ardecida frente,
y entre las ondas le mostró un camino:
  El tan sólo quería,
cruzando las regiones de Occidente,
volver al sitio donde nace el día.
  Al viento del azar tendió sus velas
desde el confín del túrbido océano,
y la suerte llevó sus carabelas
a chocar con el mundo americano.
  De ese mundo, bellísimo fragmento
eres, ¡oh patria!, que lanzó a las ondas
un cataclismo al estallar violento;
  Mas trajiste tan sólo su belleza,
sin copiar del inmenso continente
la pompa y el horror de su grandeza.
  Ni el tigre carnicero,
ni el león, ni el jaguar, en tu montaña
lanzan su grito aterrador y fiero;
  Ni el boa se retuerce en la llanura,
ni entre las aguas de tu manso río
turbar el onda transparente y pura
se ve el caimán indómito y bravío.
  Ni arrojas al Atlante
de la playa pacífica el inmenso
rey de los ríos, Marañón gigante;
  Ni tus montes con ruido subitáneo

estremecidos en su base crujen
cuando con ronco respirar titáneo
el Orizaba y Cotopaxi rugen.
  Y no estremece un Niágara tu suelo
al desplomar la inmensa catarata
en la que el Iris, el pintor del cielo,
une a las franjas de luciente plata,
oro, y carmín, y púrpura, y topacio,
mientras en los cristales se retrata
el altivo condor, rey del espacio.
  Tienes... la caña en la feraz sabana,
lago de miel que con la brisa ondea,
mientras la espuma, en la gentil huajana,
como blanco plumón se balancea.
  Y la palma que mece en el ambiente,
encerrada en el ánfora colgante,
la linfa pura de su aérea fuente;
  Y de tus montes en el ancha falda
donde el cedro y la péndola dominan
luce el cafeto la gentil guirnalda
del combo ramo que a la tierra inclinan
las bayas de carmín y de esmeralda.
  Tú tienes, sí, tus noches voluptuosas
que amor feliz al corazón auguran,
y en un vergel de lirios y de rosas,
manantiales de plata que murmuran,
  Tórtolas que se quejan en los montes,
remedando suspiros lastimeros;
palomas, y turpiales, y sinsontes,
que anidan en floridos limoneros.
  Todo es en ti voluptuoso y leve,
dulce, apacible, halagador y tierno,

y tu mundo moral su encanto debe
al dulce influjo de tu mundo externo.
Por eso, en aquel día
que abordaron las naves castellanas
a tus áureas riberas, patria mía,
Tus tribus aborígenes,
dominando el temor que las llevara
al seno obscuro de tus selvas vírgenes,
Tranquilas contemplaron,
regresando apacibles a tu orilla,
cómo los brazos de la Cruz se alzaron
bajo el rojo estandarte de Castilla.
Pura amistad vehemente
unió los hombres que apartó el abismo;
del indio rudo en la tostada frente
cayó el onda sagrada del bautismo.
Después, ya roto del temor el dique,
la llama del amor lució esplendente;
la dulce hermana del primer cacique
llamó su esposo al paladín de Oriente.
Y tú fuiste el joyel que traspasaba
el casto beso de su amor primero,
del señorial cintillo de Agüeynaba
a la corona del monarca ibero.

Y después..., y después..., nunca mi canto
pinte el hondo luchar de las pasiones,
ni el exterminio, la crueldad y el llanto,
mancha de los humanos corazones.
Borremos del terror las hondas huellas

que a la infeliz humanidad desdoran,
porque hombre soy..., y me avergüenzo de ellas.
Llegó un día fatal de horror y duelo
cuando del oro tras el torpe lucro
la vil esclavitud manchó tu suelo.
¡ Y el huracán del golfo americano
dejó las naves abordar tranquilas
a las riberas del jardín indiano !
¡ Y tú, patria, la perla de Occidente,
no volvistes al seno de los mares
para lavar la mancha de tu frente !
Mas no en vano en Judea
corrió la sangre de Jesús, sellando
el triunfo santo de su santa idea ;
Mas no en vano anhelante
camina el mundo por el ancha vía
del progreso adelante.
Brilló una aurora de feliz memoria,
en que cesaron lágrimas y duelo,
borrándose una mancha de la historia.
Y mil, y mil acentos,
dieron tu nombre—¡ Libertad sagrada !—
a los montes, los valles y los vientos.
¡ Y ni una sola represalia impía !,
¡ ni una venganza profanó tu suelo ! ;
¡ bendiciones y cantos, patria mía,
perdiéronse en las bóvedas del cielo !
¡ Extraño cuadro !, que en el ancha tierra,
al vencer la opresión en lucha santa,
de entre el lago purpúreo de la guerra
la libertad sangrienta se levanta.
Dios debió sonreír viendo a su hechura

hacer del paria compañero altivo,
y del ángel tomar la investidura
al destrozar el yugo del cautivo.
  Y bendecirte conmovido y tierno
porque sólo en tu suelo hospitalario,
al dulce influjo de tu mundo externo
se vió la Redención sin el Calvario.

  Otro paso adelante; sin que vibres
el arma fratricida,
en el concierto de los pueblos libres
se levanta tu voz: savia de vida
y juventud circula por tus venas,
cuando la noble España, conmovida,
quebranta del colono las cadenas.
  Ya no eres, patria, un átomo perdido
que al ver su propia pequeñez se aterra,
ni un jardín escondido
en un pliegue del manto de la tierra.
  Eres el pueblo que su voz levanta
si la justicia y la razón le abona,
que las exequias del pasado canta
y el himno santo del progreso entona.
  Tú no serás la nave prepotente
que armada en guerra, al huracán retando,
conquista el puerto, impávida y valiente
las ondas y los hombres dominando.
  Pero serás la plácida barquilla
que al impulso de brisa perfumada
llegue al remanso de la blanca orilla;

Tal es, patria, tu sino,
libertad conquistar, ciencia y ventura,
sin dejar en las zarzas del camino
ni un jirón de tu blanca vestidura.
Empero... si me engaño,
si me reserva mi destino impío
llorar tu ruina y contemplar tu daño;
Si he de escuchar tus ecos,
devolverme entre lágrimas y horores
el ronco acento de los bronces huecos;
Si fuera mi laúd el destinado
para cantar tu pena y tu agonía...
¡Ah, que le mire pronto destrozado
en mis trémulas manos, patria mía!
Y antes que el mal en tu recinto nazca
y contemplarlo con espanto pueda...,
¡que disponga el Señor cuando le plazca
de este resto de vida que me queda!
Mas si Jehová le concedió al poeta,
al cantar a su patria y su destino,
la doble vista del veraz profeta;
Si ha de unirse mi nombre con tu historia
para ser el cantor de tu alegría,
para ser el heraldo de tu gloria,
Dios me dé, al contemplarte
de venturas y triunfos coronada,
una vida sin fin para adorarte
y una lira inspirada,
inmortal y feliz para cantarte.

FRAGMENTOS

Cuántas veces después al ir ansioso
tras de orgías y músicas,
Al deleitar mi corazón ardiente
la próxima ventura,
Me volvió la razón y la prudencia,
surgiendo del recuerdo
Como un blanco fantasma en mi memoria
la lágrima del muerto.

J. G. B.

Porque surja a mi mente en el pasado
la lágrima postrer del moribundo,
no está mi ardiente corazón gastado
ni odio la vida, ni me cansa el mundo.
Ni la amarga experiencia
viene a brindarme su mortal hastío,
ni en mezquina indolencia,
en la roca fatal de la impotencia,
postrado yace el pensamiento mío.
Mi inspiración el poderoso vuelo
tiende en los campos de la hermosa idea,
toca en la tierra, se remonta al cielo,
pinta y conmueve y engalana y crea.
Y hoy, más que nunca, tras la blanca huella
de mi ideal el corazón se lanza,
y amo la vida, porque encuentro en ella
la hermosa realidad de una esperanza.

Hoy tiene el cielo para mí fulgores,
la flor aromas y murmullo el río,
los astros resplandores,
y el himno del placer y los amores
resuena en las regiones del vacío.
Y es que mi nave se desliza osada,
sobre la onda que a la barca anega,
y en su timón y fuerza confiada,
el ancho lino al huracán despliega;
Y allí do un pobre corazón perece,
donde a un genio vulgar la duda alcanza,
el alma del poeta se engrandece
con más fe, más amor, más esperanza.
....

¡Yo... no puedo negar! Si cruda guerra
me declaró el destino,
hallé noble amistad sobre la tierra
y he encontrado el amor en mi camino.
¡La amistad y el amor! ¡Flores divinas
que aroman gratas el jardín del alma!;
¡antorchas peregrinas
de la honda noche del dolor sin calma!
¡Amistad, amistad! ¡Ah!, cuántas veces
me brindaste un consuelo en mi quebranto,
y ¡cuántas, cuántas!, del dolor las heces,
tú me evitaste al enjugar mi llanto.
Yo te he visto en el borde de mi lecho,
cuando en honda agonía
mi pobre corazón sentí deshecho;
Cuando a la muerte con furor llamaba,
cuando sacio de pena y de amargura,
mi razón extraviaba

la fiebre del dolor y la locura,
tú me abriste, amistad, ancho camino
mostrando sin cesar a mi memoria,
tras el denso nublado del destino
los hermosos espacios de la gloria.
 Mas ¡ ah !, también es cierto
que no sabe de flores y vergeles
el nómada habitante del desierto,
y el amor y amistad niegan osados
los que arrastran su vida por el mundo,
de amistad y de amor desheredados.
 ¡ Pobres parias, venid, venid ! ; mi acento
animará vuestra conciencia muerta,
yo os hablaré como habla el sentimiento
y ya veréis si el corazón despierta.
 Los que en torpe marasmo
os dejáis dominar del egoísmo,
yo os brindaré raudales de entusiasmo
al hablaros de patria y heroísmo,
y cual Moisés, de la desnuda roca
hizo brotar el agua cristalina,
veréis si las palabras de mi boca
os arrancan la lágrima divina
que la dulzura del amor provoca ;
 Vosotros, ¡ ay !, por quienes nunca brilla
de la esperanza la radiante lumbre
y que sentís doblárseos la rodilla
del dolor a la inmensa pesadumbre,
vosotros, que engañados
por el valor con que la cruz asísteis
a la mitad del Gólgota cansados
sobre las rocas áridas caísteis ;

Los que lleváis oculto
dentro del alma un hondo sentimiento,
como un cadáver gélido, insepulto,
que a la tumba a su vez os va inclinando
y miráis acercarse la partida
sin atreveros a soltar llorando,
aquel resto que os une con la vida,
mientras va vuestra vida aniquilando:
Todos venid, y os brindaré consuelos
que calmarán vuestra alma dolorida,
yo sé romper del corazón los velos
y el bálsamo conozco de la herida.
Venid, los que me odiáis, que yo os ofrezco
el olvido o perdón. Llegad tranquilos
que ese mismo rencor os agradezco.
Si a mi cielo de amor y poesía
lanzáis la nube con odioso anhelo,
como el hermoso luminar del día,
con ella el sol de la conciencia mía
dibuja el iris y engalana el cielo.
Si una gota de hiel dais a mi alma
con el inicuo afán de entristecerla,
yo, sin perder mi sonreída calma,
os la devuelvo transformada en perla.

....

Vosotros, los que todo
con el metro y compás medís avaros
y estáis sumidos en riqueza y lodo,
del genio altivo del cantor ignaros.
Y censuráisle que desprecie el oro,
de vuestra vida deleitable encanto,
¡a él, que lleva un tesoro

en su áurea lira y entonado canto!
  Cesad en vuestros bárbaros empeños,
porque el poeta sobre el mundo impera,
y no cambia uno solo de sus sueños
por vuestra vida real, torpe y grosera.
  Para él no existen las humanas leyes,
y cuando altivo el cántico desata,
a emperadores, déspotas y reyes
de igual a igual en sus desdenes trata.

....

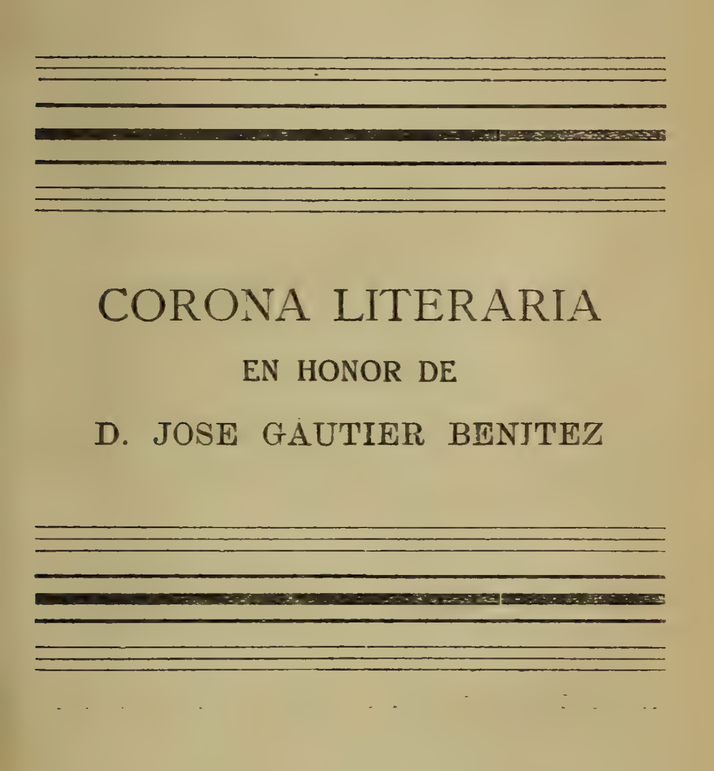
  ¡A la muerte nombráis! ¿Y que es la muerte?,
sino un muro gigante en el camino,
puñalada traidora de la suerte
al que noble luchó con su destino.
  Y matar no es vencer, no es la victoria,
es impedirle con crueldad a un hombre,
que escuche él mismo repetir su nombre
por los áureos clarines de la gloria.
  Vence el que cae, mas con la frente erguida
como en el circo el gladiador romano,
y aun levanta su voz enronquecida,
torpe la lira y trémula la mano.

....

  Cual desciende despacio
el rojo sol a su mansión mortuoria,
la de lumbre y de gloria
carrera terminando en el espacio,
y el valle deja en ópaca penumbra,
al hundirse en el cárdeno horizonte,
mientras su rayo con amor alumbra
la altiva torre y el erguido monte,
el poeta, al sentir que se derrumba

el frágil cuerpo que su vida encierra,
del borde de su tumba,
al tender la mirada por la tierra,
debe dar a lo grande, bello y santo,
su último aliento y su postrero canto.
¡Oh, sí!, que nunca el pensamiento mío
ante el dolor humano se doblegue,
ni al contemplar la tumba y el vacío
como un ave medrosa el vuelo plegue;
que lleguen al final de mi partida,
y hasta mi misma cámara mortuoria,
los bellos ideales de mi vida,
amor y patria y libertad y gloria.





CORONA LITERARIA

EN HONOR DE

D. JOSE GAUTIER BENITEZ

PENA Y CONSUELO

Después que sepultura
A su cadáver dieron,
Mis pupilas vertieron
Lágrimas de tristura.
Vencido por la calma,
Cesó el llanto un momento,
Y hablóme el pensamiento
Así, dentro del alma:
Vena siempre abundosa
De amargo lloro vierte,
Al recordar la suerte
De sus hijas y esposa.
Flores en agria cumbre,
¿Quién, ¡ay!, les dará vida,
Si hundióse ya extinguida
De su almo sol la lumbre?
Mas por él, por su vuelo
Hacia la eterna gloria...
¡Ni un signo, en que la historia
Descubra el desconsuelo!
¿Quién siente pesadumbre,
Si, altivo soberano,
Deja el condor el llano
Y mora en la alta cumbre?

¿Ni quién, envanecido,
A Dios moviendo guerra,
Pretende que a la tierra
El genio viva uncido?

MANUEL CORCHADO.



PARA LA CORONA POETICA

DE MI AMIGO

DON JOSE GAUTIER Y BENITEZ

Como el ave que ya herida
cruza cantando el espacio,
y entre nubes de topacio
se remonta, y es perdida,
así el erial de la vida
cruzaste con tu laúd,
y apenas tu juventud
saludó su primavera,
del hado la mano artera
te arrojó en el ataúd.

Si en él su labor termina
la humana naturaleza,
¿qué importa?, para ti empieza
otro sol que no declina;
del genio la luz divina
que brilló sobre tu frente
vive y se muestra latente

en los versos que escribiste,
porque en ellos tu alma existe
como el murmullo en la fuente.

José Antonio Daubón.

Enero 28 de 1880.



A LA MEMORIA

DEL MALOGRADO POETA

DON JOSE GAUTIER Y BENITEZ

¡Presagio de dolor, ya estás cumplido!
Tendió la muerte sus horrendas alas;
Como buitre voraz cayó en mi amigo,
Y en él sus garras con furor clavando
A la honda huesa le arrastró consigo.

QUINTANA.

Ven a pulsar mi lira,
¡Oh musa del dolor!, que acongojada
El alma mía suspira,
Y trémula y helada
Mi voz expira por el llanto ahogada.
Ven a llorar conmigo
La eterna ausencia del cantor que lloro;
Del generoso amigo
Que con arpa de oro
Se alzó a la cumbre del castalio coro.
¡Todo es horror y duelo!
Paréceme escuchar el sordo ruido
De amargo desconsuelo,

Que, cual eco perdido,
En olas de dolor hiere mi oído.
¿Qué dice el triste acento
Que dilata doquier de afectos rico
El popular lamento?
«Con llanto glorifico
La muerte del cantor de Puerto Rico.»
Callad, ¡ecos de muerte!
Ya es bastainte el dolor; ¡a tu guadaña
Resiste el pecho fuerte!
¡Oh!, no tu fiera saña
La gloria y timbre del poeta empaña.
¡Mirad! ¡Mirad su frente,
Donde vivo destello se refleja!...
Cual astro refulgente,
El genio que se aleja;
¡También estela luminosa deja!
Aún su acento resuena,
Y al llegar a tocar el alma mía,
De patrio amor la llena
Con su dulce armonía,
¡*Toma, patria, mi última poesía*!
¿Qué sirve que recuerde
Su gloria el prado y su verdor natío?
¡Si en un instante pierde,
Al rigor del estío,
Su miel la flor, y su murmullo el río!
En vano, patria, en vano
Se alza mi voz, y canto de gemido
Esparce al monte, al llano;
¡Si el poeta querido,
Por siempre, ¡oh patria!, llorarás perdido!

Mas no, no puede tanto
El golpe de la muerte ; cruda, impía,
No extinguirá su canto,
Que su tierna armonía
Al rigor del olvido desafía.

LOLA R. DE TIÓ.

Febrero 3 de 1880.



JOSE GAUTIER Y BENITEZ

Aligera la Fama, de su lira
El mundo llena con el eco suave,
Y en éxtasis su canto el mundo admira,
Mas ¡ ay !, cuando en su patria apenas cabe,
¡ Mísero y joven nuestro Vate expira !...

Antonio Biaggi.

Puerto Rico, 28 de enero de 1880.



EN LA MUERTE

DE

DON JOSE GAUTIER Y BENITEZ

(Poeta puertorriqueño.)

Fratelli, a un tempo stesso, Amore e Morte
Ingeneró la sorte,
Cose quaggiù si belle
Altre il mondo non ha, non ha le stelle.

LEOPARDI

¡ Puerto Rico !, hermoso hogar
Sobre los hombros de Atlante ;
Verde esmeralda flotante
En la frente azul del mar ;
Estrella ahogada al pasar,
Que al salir del agua a flor
Forma una tierra de amor,
Cubre de crespón tu cielo,
Llora con amargo duelo
De las ondas al furor.
¡ Pasó ! ; sus tiernas canciones
Ya la saben tus palmeras,

Las rosas de tus praderas,
Cien amantes corazones.
¡ Pasó ! ; sobre los bordones
De su lira, ayer sonora,
El viento huérfano llora.
¡ Pasó ! ; nadie lo despierte,
Porque su sueño de muerte
Duerme en la patria que adora.
El cantó las brisas suaves
Que mecen tus cocoteros,
Tus fragantes limoneros,
Tu fama, tu sol, tus aves,
Las notas dulces y graves
Del tropical ruiseñor ;
Mas hoy llora en tu dolor
Con el llanto del profeta :
Llora en tu primer poeta
A tu postrero cantor.
Cuánto sueño que ya es ido,
Cuánto esfuerzo malogrado,
Cuánto volcán apagado,
Cuánto delirio extinguido ;
Del rayo de Dios herido
Y a la desventura hecho,
El mundo le vino estrecho,
Y con su mal en batalla,
Ruge al fin, truena y estalla
El huracán en su pecho.
Arde con la luz del astro
Del genio la intensa llama :
Luz el cerebro derrama
Como un vaso de alabastro,

Dejando brillante rastro
Y aroma que el aire ondea:
Arde gigante la idea;
Pero el vaso se consume
Y es para el mundo el perfume
Que a la multitud recrea.
  Mas ¿qué importa? La victoria
A su carro va sujeta;
La corona del poeta,
Teje en sus sienes la gloria;
Y legendaria memoria
Tendrá, del vate que ama,
El pueblo, que hoy le proclama:
Fué en infortunios fecundo,
Vivió poco para el mundo
Y mucho para la fama.
  Rey es el bardo: en la fosa
Sólo el hombre se derrumba;
El resucita en la tumba
Y hace escabel de su losa:
Sombra del vate gloriosa
Que hoy medrar tu lauro ves,
Alzate sobre el pavés,
Y para aclamarte luego,
Huye en tu carro de fuego,
Deja tu lira a mis pies.

MIGUEL SÁNCHEZ Y PESQUERA.

Febrero 4 de 1880.

LA LIRA DE GAUTIER

Murió Gautier, enmudeció la lira
Que al par su gloria y su desdicha fué,
Y el genio celestial de la poesía
La vino a recoger.
«Tú que en las manos del riqueño vate
Tanta fama llegaste a merecer,
Sólo serás, ¡oh lira!, de quien pueda
Pulsarte como él.»
Tal dijo el genio, y exclamó angustiada
La virgen Borinquén:
«¡Cuánto tiempo estará callada y sola
La lira de Gautier!»

MANUEL FERNÁNDEZ JUNCOS.

Febrero 8 de 1880.



PARA LA CORONA LITERARIA

DE

DON JOSE GAUTIER Y BENITEZ

Pasajero peregrino,
golondrina que se aleja
es el hombre ; apenas deja
huella alguna en su camino.
A no tener más destino,
a no tener ofrecida
tras su terrenal partida
eterna dicha, quizás
valiérale mucho más
no haber venido a la vida.
Que es su vivir tan escaso,
que es tan fugaz su existencia,
que apenas tiene conciencia,
por el mundo, de su paso ;
nace, crece, y al ocaso
velozmente se traslada ;
y a veces la suerte airada
aun le acorta su carrera :
si una eternidad no hubiera
fuérale mejor la nada.

Por eso ante tal arcano
alzo mis ojos al cielo,
y hallo supremo consuelo
en mi gran fe de cristiano;
fuera el buen Dios un tirano
con sus hijos implacable,
fuera el hombre un miserable
que en vil polvo se convierte,
si no hubiera tras la muerte
una vida perdurable.
¡Cuántos con dolor profundo
mueren en su misma cuna
sin dejar memoria alguna
de su paso por el mundo!
¡Feliz tú, noble y fecundo
poeta que al morir ganas
las simpatías humanas,
la gloria del Dios piadoso,
y el dejar nombre glorioso
en las letras borincanas!

José Pérez Moris.

Febrero 11 de 1880.



JOSE GAUTIER Y BENITEZ

No el llanto que el alma encierra
Le demandéis a mis ojos:
¿Qué importa que sus despojos
Avara esconda la tierra?
¿Acaso al decir «adiós»
Su labio trémulo, helado,
Se extinguió el fuego sagrado
Que puso en el alma Dios?
¿Muere el ser que el genio inspira,
Que un mundo lleva en su mente,
Y una corona en su frente
Y en sus manos una lira?
No muere. Si el cuerpo helado
La amante tierra aprisiona,
Brilla siempre su corona,
Vive su canto inspirado.
Canto que el tiempo respeta
Porque un alma en él se agita;
Que en cada verso palpita
El corazón del poeta.
El vive: el sol esplendente
Que sólo al genio acompaña,
Alumbra su senda, y baña
En ondas de luz su frente.

15

Miradle: llega al altar
Donde la patria se eleva:
Una corona le lleva
Y un inspirado cantar.
La historia graba su nombre,
La Fama repite el canto
Que dictó «*el amor más santo*
De los amores del hombre» (1),
Y la patria, en el exceso
De su profundo cariño,
Como una madre a su niño
Estampa en su frente un beso.

....

Tú no mueres: si el helado
Cuerpo la tierra aprisiona,
Brilla siempre tu corona,
Vive tu canto inspirado.
Canto que el tiempo respeta
Porque un alma en él se agita,
Que en cada verso palpita
El corazón del poeta.

MANUEL M.ª SAMA.

Mayagüez.

---

(1) Gautier.

¡EN EL INFINITO!

A LA MEMORIA DEL MALOGRADO POETA PUERTORRIQUEÑO

DON JOSE GAUTIER Y BENITEZ

> Los genios suelen descender de las alturas a la tierra, así como descienden los ígneos rayos del soberano de la luz; éstos la calientan y fecundan, aquéllos le abren a la humanida senderos de fe, de esperanza y de amor. En su paso, son breves como la aurora.

I

¡Una tumba... y una lira!...

Una tumba!..., es decir, ¡la eternidad!...

¡Una lira!..., es decir, el arte, la poesía, el genio... Lo misteriosamente grande, lo bello, lo inmortal: he ahí lo que ahora contempla mi espíritu.

En ese sublime consorcio de lo infinito y de lo imperecedero está envuelta una memoria para Puerto Rico, esta dulce patria de nuestros amores.

Una memoria tan querida como es querida una esperanza hermosa.

La memoria de uno de sus poetas, que, con el cora-

zón enfermo, así, enfermo, palpitaba por ella: era JOSÉ GAUTIER BENÍTEZ.

Poeta de cuya alma brotaban raudales de sentimiento como de los espacios brota la luz.

Poeta de mente soñadora, de inspiración ardorosa, de fibras delicadas, que se olvidaba de sus dolores y cantaba.

Cantaba como canta el ave en las enramadas del bosque donde está su nido.

Puerto Rico era su bosque idolatrado, y referíale sus cuitas en armoniosos trinos.

Alma modelada en el sufrir, su acento era a veces un quejido.

Alma centelleante de amor y de poesía, también derramaba ternuras y bellezas al son de las cuerdas de su lira.

El sentía palpitar dentro de su ser las aspiraciones de los espíritus elevados.

El amaba y perseguía con afán febril el ideal de los genios.

Vivía en la tierra y en el infinito.

Era hombre y era idea.

Sus cantos a *Dios* son como el incienso de la fe más pura.

En ellos, su alma de poeta sube hasta la esencia de lo *absoluto*, comprende toda su grandeza, la desvela de la sombra de los errores terrenales y la proclama envuelto en mil resplandores.

Sus cantos a la patria, en los que pide a ese mismo *Dios*, para celebrarla en sus glorias y alegrías, *una vida sin fin y una lira inmortal*, son lo sublime en la

inspiración y en el amor. En el amor de lo bello y de lo grande.

Ellos son como una armonía celestial, que resonará al través del tiempo, infundiendo en los pechos indiferentes el calor del elevado patriotismo.

El patriotismo de la fe en el progreso, de la fe en la ciencia, de la fe en la libertad.

El los llamó su *testamento*; y, más que un testamento, son la apoteosis de su genio.

El *Encargo a mis amigos* brilla sobre su sepultura con esa indefinible melancolía del último rayo de sol que se hunde en el horizonte.

Es una melodía cantada por el poeta en instantes solemnes.

¡En los instantes lentos en que iba a dormir, no el sueño de la muerte, sino a vivir en la inmortalidad!

¡Dejadle gozar de su nueva existencia!...

....

....

II

Mientras, lejos de la patria, su espíritu vaga por la región de las eternas armonías; mientras se inunda de nueva luz y de las alturas aún contempla su bella patria, virgen inocente, cubierta de guirnaldas, besada por los céfiros y embriagada siempre por la sonrisa de un cielo azul purísimo, llévele esa patria doliente coronas a su última morada.

Los vates que a su lado dieron sus notas al viento

envíenle sus recuerdos de amor al compañero *ausente en el infinito*.

A todos los que en esta tierra amamos las letras, a todos los que en esta tierra sentimos nobilísimo orgullo con el talento que brilla, la memoria de JOSÉ GAUTIER BENÍTEZ nos impone el gratísimo deber de honrarla.

Sí, honrar el genio que, como la rápida exhalación que cruza el éter, deja una estela luminosa en las regiones intelectuales, es practicar el culto que más engrandece a los hombres y a los pueblos.

El culto del recuerdo, consagrado a los seres en cuya frente el pensamiento lanzó rayos de luz.

¿No se ciñen coronas a las sienes del guerrero, se inmortalizan sus hazañas y se cantan sus glorias?

Pues el poeta es también un guerrero, y el más egregio.

Un guerrero no cargado con el peso de las armas que dan la muerte, sino con irradiación de las ideas que dan la vida.

Luchar y vencer: tal es su destino.

En la lucha hiere; pero, como el Dante, hiere al mal, al error, a las pasiones.

Su victoria tiene un nombre: se llama *regeneración humana*.

Que no hubiese un solo poeta en la tierra cuyo idealismo desentrañase la belleza que se oculta en el fondo de su espíritu, que con sus armonías no despertase el sentimiento que duerme, que con su lira, cual divina paleta, no dibujase los sublimes cuadros que su fantasía vislumbra en el infinito, y la tierra, y la vida,

y el alma humana, se agitarían en el aislamiento y en el vacío.

Faltaríales algo de lo que es esencial en su existencia.

¿Qué es el idealismo?

Es la tendencia del espíritu humano a buscar la verdad absoluta, la belleza y el bien absolutos, sin poder realizar jamás su afán.

«Si no existiese el amor—ha dicho Víctor Hugo—, se apagaría el sol.»

Si no existiese el idealismo—digo yo, modestamente—, no existiría el progreso en la existencia.

III

José Gautier Benítez vivía en la región del idealismo.

Bajo este concepto, él también contribuía a desarrollar el progreso.

Y, como todos los que se agitan en ese *otro mundo* que el ser humano lleva dentro de su alma, al descender a la realidad, sentía que los abrojos le herían sin piedad.

Amar, pensar, buscar lo bello, recorrer la vida sin contaminarse con el mal, nada de esto puede hacerse sin sufrir.

El no fué más que una estrella que apareció, iluminó breves instantes el cielo de la patria, y luego fué a perderse donde se pierde la luz: en el insondable infinito.

¡Sí, allí, allí vive..., allí está!...

Su tumba y su lira, legadas a la patria, señalan dos grandes verdades: las transformaciones de la materia y de la vida en la creación y la inmortalidad del genio.

....

....

Para honrar su memoria, poco digna de cuanto ella merece, puedo ofrecer sólo estas líneas; que si dan pobre idea de mi aún más pobre ingenio, son testimonio fiel del cariño y la admiración que siempre le consagré.

MARIO BRASCHI.

Ponce, febrero 9 de 1880.



ANTE LA TUMBA

DEL INOLVIDABLE POETA PUERTORRIQUEÑO

D. JOSE GAUTIER

¡Mi juventud efímera se merma,
Y ya en su cárcel habitar no quiere
Un alma melancólica y enferma!...

GAUTIER.

¡Gautier, al hallar aquí
Sobre ese mármol tu nombre,
Hay dos afectos en mí,
Uno inspirado por ti,
El otro por tu renombre!

¡Vivo entusiasmo y pesar,
En extraña asociación,
Vienen juntos a impulsar
A mis labios a cantar,
A gemir al corazón!

Pesar, porque no se aleja
De mi fijo pensamiento
Aquel largo sufrimiento

Que no te arrancó una queja,
Que no te escuchó un lamento;

Y dulce entusiasmo, al ver
En tu resignada calma
En medio del padecer
¡La grandeza de tu ser,
La majestad de tu alma!

Que cual alumbra mejor
La luz que guarda un fanal
Cuando sale al exterior,
Fugitivo, el resplandor,
Por las grietas del cristal,

Así tu alma, vestida
De celeste luz, brillaba
Con más fulgor a medida
Que de tu cuerpo la vida
El sufrimiento mermaba;

Y ya en tu postrera hora,
Al recuerdo sacrosanto
De la patria que te llora,
Brotó en el arpa sonora
Tan delicioso tu canto,

¡Que resuena todavía
Cadente, rico y fecundo,
Envolviendo en su armonía
Cuanto adorna y atavía
Al jardín del Nuevo Mundo!

¡Por eso, bardo, al tener
Tanto de ti, desprendido
De lo inmortal de tu ser,
Y que no podrán vencer
Ni los años ni el olvido,

Al pie del sepulcro yerto,
Al evocar tu memoria,
Confuso y torpe, no acierto
Si habré de llorar al muerto
O habré de cantar su gloria!

R. del V.

Arecibo, febrero 1880.



UN RECUERDO

«En el *Nuevo Cancionero de Borinquen,* publicado en 1873, observo mucho sistema de imitación sin examen; y, en algunos de sus autores, menoscabo y deslucimiento de las facultades propias por aquella causa.

»Como dije a usted en mi carta anterior, descuella entre los demás *D. José Gautier y Benítez,* el primero, sin disputa, de los poetas líricos de este suelo. Después de escrita y publicada dicha carta, y precisamente por su publicación, he tenido el gusto de conocer y tratar al Sr. Gautier Benítez, y oír de sus mismos labios composiciones superiores a la titulada A PUERTO RICO, que vió la luz en 1872. Proyecta dar a la estampa una colección de ellas, y desde las columnas de este periódico le rogaría, si no cometo indiscreción, que no lo retarde, y lo haría en nombre de la literatura puertorriqueña.»

Carta a D. Ventura Ruiz Aguilera, publicada en «El Agente» el 24 de septiembre de 1878.

CARLOS PEÑARANDA.

Puerto Rico, 8 de febrero de 1880.

JOSE GAUTIER Y BENITEZ

No vamos a escribir una biografía: vamos a deplorar una desgracia para la patria, una pérdida para las letras, un inmenso vacío para una familia inventurada, en cuyos ojos palpitaban todavía las lágrimas de otro intenso dolor.

Con las cuatro líneas que trazamos ayer no creemos haber cumplido ni con la patria, ni con las letras, ni con la doliente familia, objeto de nuestra particular estimación.

Más, mucho más merece quien fué uno de nuestros jóvenes amigos, tan querido y estimado cuanto se quiere y se estima un corazón de oro, una inteligencia privilegiada, un espíritu superior.

¡Tanto significaba José Gautier Benítez para el que estas líneas escribe, y para todo el que conoció su personalidad distinguida y se ha deleitado con sus inspiraciones celebradas!

El destino, inflexible con él, ha tronchado en flor una vida ayer colmada de esperanzas, de ilusiones y de ensueños de gloria.

¡Tres vidas en una sola concentrada, y en cuyos horizontes dibujábase, entre rosadas nubecillas, todo un mundo de idealismos seductores!

Mas, ¡ay!, cuando aquella alma más cariñosamen-

te se embargaba en los éxtasis de sus embelesos; cuando comenzaba a gozar de las delicias íntimas del hogar con que reeemplazara a aquel en que vino a la vida; cuando, esposo amante y padre afectuosísimo de dos seres que el amor formó, soñaba en compartir con ellos los lauros del poeta; cuando, apenas escuchado, había los aplausos con que rendían tributo a su lira hasta los más insensibles a las bellezas del arte; cuando ante todo ese mundo de dichas sonreía, una dolencia invencible vino, ¡cruel!, a acibarar su existencia y a obscurecer el cielo de sus legítimos ensueños.

Seis lustros no son, no pueden ser, el límite de una vida inestimable.

Treinta años no debieran jamás cerrar el paso por el mundo a una inteligencia destinada a dar honra al suelo que nacer le viera y brillo al arte divino de cuya luz sentía bañada su alma, luz que se consumía al asomar el rayo primero del sol del 24 de enero.

El calor permanente que es la vida fué, sin embargo, el signo implacable de su muerte.

«La lenta me mata», ha tres meses nos decía; y con ese dardo en su conciencia, era el arpa su lenitivo dulcísimo, su calmante vivificador.

Sin el espectro de la muerte ante sus ojos, acaso Puerto Rico no poseería el canto que el poeta moduló desde el borde de la tumba y el que guardará el Parnaso puertorriqueño como la joya más brillante de su laureado cantor al lado de los postreros gemidos de un alma que se muere, pero que no abandona la lira de sus dolores.

Séanos permitido reproducir aquel pequeño poe-

ma una vez más, para llorarle también otra vez.
Es el testamento del poeta, que la familia y la amistad íntima se habrán cuidado de cumplir:

UN ENCARGO A MIS AMIGOS

¡Cuando no reste ya ni un solo grano
De mi existencia en el reló de arena,
Al conducir a la tierra mi gélido cadáver,
No olvidéis esta súplica postrera!:
«No lo encerréis en los angostos nichos
Que llenan la pared formando hileras,
Que en la lóbrega, angosta galería,
Jamás el sol de mi país penetra.
»El campo recorred del cementerio.
Y en el suelo cavad mi pobre huesa:
Que el sol la alumbre y la acaricie el aura,
Y que nazcan allí flores y hierbas.
»Que yo pueda sentir, si allí se siente,
A mi alredor y sobre mí, muy cerca,
El vivo rayo de mi sol de fuego
Y esta adorada borinqueña tierra.»

¡*Cavad mi huesa,* dice!
¿Y en dónde está el espacio de tierra para cavar la sepultura del Genio?
El Genio muere, pero no perece jamás: de los espíritus él es el MAS inmortal.
No importa que su cadáver se sepulte en las profundidades de la tierra o en los abismos ignotos del océano: él vivirá en los infinitos mundos de la inmor-

talidad, que recoge su aliento y lo encarna en una nueva vida, eterna en el tiempo, eterna en la historia.

Ved si no cómo se levanta conmovida la juventud de Ponce, se agrupa, se unifica en un solo pensamiento, para salvar del olvido el nombre de JOSÉ GAUTIER, como lo expresa la carta con que se nos honra: al transcribirla ofrecemos a sus nobles autores nuestra débil pero entusiasta cooperación en el pensamiento que los mueve.

«Ponce, 37 enero 1880.

Sr. Director de *La Crónica.*

Estimado amigo:

¡*José Gautier y Benítez* ha muerto!

Puerto Rico ha perdido uno de sus más entusiastas cantores, y la literatura patria, una legítima esperanza... No, no: ¡una envanecedora realidad!

Uno de los sentimientos más nobles de la humanidad es la gratitud; y nuestro pueblo, que se precia de tener tal virtud, debe ser el primero en iniciar un pensamiento cuya realización será un testimonio de nuestra simpatía hacia el malogrado vate, al par que la expresión de nuestro pesar por tan irreparable pérdida.

Sometemos a la consideración de usted la idea de consagrarle en la capital de la isla un recuerdo monumental, si bien modesto en la forma, grande en la idea, que encierre la memoria del que, cual *GAUTIER BENITEZ*, sólo vivió para honrar el suelo que le vió nacer.

La Crónica, entusiasta como el que más por las glo-

rias patrias, es la llamada a exponer la idea ; y en esa seguridad nos dirigimos a usted

Varios Ponceños.»

Y ¡ rara coincidencia !

Ponce, que, personificado en su juventud, así manifiesta su deseo de honrar la memoria del distinguido vate puertorriqueño, gloríase también de poseer acaso los últimos pensamientos que cruzaron por la mente del poeta, a quien la Sociedad del Casino ofrendaba con los mismos destellos de aquella imaginación rica y galana, como las campiñas en donde bebiera la tiernísima inspiración de que brotara su canto A PUERTO RICO.

Léanse las líneas que su labio dictara y que a su mano, helada ya por la agonía, no le fué dable subscribir :

«Puerto Rico, enero 22 de 1880.

Sr. Director del «Casino de Ponce».

Muy señor mío, de mi consideración : He recibido el cuadro conteniendo mi oda A PUERTO RICO, que se ha dignado remitirme la Corporación que tan dignamente preside usted.

Lo inesperado y espontáneo de este obsequio aumenta, si cabe, la alta estimación que merece. Ruego a usted se sirva hacer presente mi gratitud a los señores que tan señalada honra me han dispensado, asegurándoles que en el doloroso Vía-Crucis que hoy recorro nada podía serme tan grato como la aprobación

y aplauso de mis compatriotas a una poesía que, si algún mérito tiene, es el de expresar mis sentimientos hacia la tierra a que desde mis primeros años rendí ferviente y amoroso culto.

Soy de usted afectísimo s. s.,

q. b. s. m.,

Por mi primo

José Gautier Benítez,

Javier Zequeira.»

Era el 22 de enero cuando esas líneas hacía *GAUTIER* escribir, y unas horas después, la luz de su inteligencia habíase apagado para siempre.

¿Para siempre?... ¡No! Ahí quedan sus versos, el ejemplo de sus virtudes y su nombre (1).

RAMÓN MARÍN.

---

(1) Publicado en *La Crónica*, periódico dirigido en Ponce por el autor.

AL MALOGRADO ESCLARECIDO POETA PUERTORRIQUEÑO

D. JOSE GAUTIER Y BENITEZ

UN PENSAMIENTO

Ya que no tengo lira
Con que expresar un canto de amargura
Digno de ti, Poeta, a quien admira
La patria, agradecida a tu ternura;
Ya que vates de fama
Ensalzarán tu númen poderoso
Y de tu patrio amor la eterna llama
Que te inspiró tu canto más valioso;
Ya que todos lloramos
Hermanados tu muerte prematura,
Y perpetuo recuerdo consagramos
De tu plectro a la célica dulzura;
Ya, en fin, que tu adorada
Tierra de Borinquen, reconocida,
Conservará tu nombre entusiasmada
Cual joya del Empíreo descendida,
Pueda decir siquiera:
«Naciste en día feliz, predestinado
A entonar con amor y fe sincera
A Borinquen el canto más preciado.

»Nunca otro vate intente
Tu cántico imitar tan melodioso,
Con que tu amor filial, siempre ferviente,
Demostraste a tu patria cariñoso;
»Pues tu lira armoniosa
Te fué traída por querub divino
Para cantar de Borinquen hermosa
El origen, bellezas y destinos.
»Tu misión ya cumpliste:
En la Historia tu nombre eternizaste;
Al trono del Altísimo ascendiste,
Y a ser Cantor de Dios al fin llegaste.»

AUGUSTO PEREA.

Mayagüez, febrero 10 de 1880.



PENSAMIENTOS

ANTE LA TUMBA DE JOSÉ GAUTIER Y BENÍTEZ

¿Es el dolor patrimonio ineludible del genio? ¿Acaso es necesario que la inspiración del poeta se haga fecunda con las lágrimas? ¿Es por ventura la corona del martirio el complemento inseparable de la corona de la gloria?...

¡Triste consorcio de gloria y de dolor que se realiza en la historia de la humanidad, como si eterna maldición alcanza al ser finito que en alas del genio escala el templo de la inmortalidad!... ¿Tendría razón el pueblo griego cuando gritaba a un mortal en una tarde gloriosa: «Muere, Diágoras, pues, al fin, tú no puedes hacerte dios»?

Como Byron, José Gautier y Benítez personificó ese contraste que viene a ser ley tristísima en la humana naturaleza, y como si al elevarse el hombre a las regiones de lo infinito, debieran todas las amarguras recordarle que es hombre y que todo en él es miseria.

¡Mientras derramaba sobre su adorada tierra natal los torrentes de tan rica inspiración, desgarrábase su pecho con todos los dolores, ensangrentábanse sus

plantas en las ronzas y las espinas de la vida!... Por eso al cantar lloraba; por eso sus grandes alegrías participaron de los grandes infortunios; por eso cuando le ahogaban la inspiración y el entusiasmo le ahogaba también el llanto.

La síntesis de su vida está en esta estrofa, inspirada por un momento de júbilo al volver a las playas de su idolatrada patria, al ver surgir de entre las ondas la silueta de su tierra tan amada:

«¡Patria, jardín de la mar,
La perla de las Antillas,
¡*Tengo ganas de llorar*!,
Tengo ganas de besar
La arena de tus orillas!»

....

¡Byron!... ¡Gautier!... Si la palabra espíritu no es una palabra vana, el vuestro se habrá aunado y confundido en una eterna elegía ante el trono de Dios.

A. A. y B.



ELEGIA

EN LA MUERTE DEL MALOGRADO POETA

D. JOSE GAUTIER Y BENITEZ

¡Otra vez a cantar, arpa querida!
¿Acaso tus acentos,
Del gran Poeta, que al perder la vida
Nos la dejó en sus nobles pensamientos,
Escuchados serán?... ¿Hasta ese cielo
Esmaltado de luz y pedrería
Podrá llegar en fervoroso anhelo
Mi pobre canturía?...
¿O se habrá de perder en el espacio
Sin que llegue jamás a su morada,
El celestial palacio,
Do vierte su laud dulce y sonoro
La nota más sagrada?...
El alma enamorada
Del riqueño Cantor, que ciego adoro,
¿Acogerá la voz del sentimiento
Que de mi pecho brota

En dolorido acento?
¿Escucharás, GAUTIER, la humilde nota
Que al aire lanza mi inacorde lira,
Arrancada a tu nombre que la inspira?
Yo no lo sé; pero me dice el alma
Que el vate de mi patria venturoso:
El que llevó la palma
De su gloria inmortal a otras regiones,
Con mi plectro ha de ser tan generoso
Cual lo fuera con ella en sus canciones.
—Yo soy de Borinquen, tu tierra amada;
Me entusiasma su gloria, y me entristece
El mustio sauce que en sus campos crece,
Cuando agita su cúspide empinada;
O en desierta necrópolis florece,
Como nuncio fatal de desventura:
Yo la adoro también, y en mi arrebato...
En su cielo contemplo con locura
De su dulce cantor el fiel retrato;
Me parece mirar su nombre inscrito
Con el divino buril de las estrellas
En el diáfano tul del infinito;
Que allí irradiando con la lumbre de ellas
Cuando vierten sus vívidos fulgores,
Al lucir de su ardiente centelleo,
En alas del amor y del deseo,
Ilumina con mágicos colores
El mar rizado y las montañas bellas
De esta tierra feliz, en donde quiso
El Eterno mostrar el paraíso!
—El sol que oculta la ardorosa frente
Entre nubes de lóbrega espesura;

El mar que lanza colosal gemido
Arrancado a su seno prepotente;
Y el ruiseñor en trinos de amargura
Que vierte triste en el revuelto nido,
Todo, todo parece que pronuncia
Su nombre venturoso;
Y en eco misterioso
Al corazón anuncia
Que no existe el poeta sin segundo
¡El divino cantor del Nuevo Mundo!
Y... ¿lo habré de creer?... Mi mente duda...
¡Mas... oigo del dolor en los altares
El llanto de su viuda,
Y de un ángel que vierte en sus hogares
Lamento sin igual, negra congoja,
Que aflige al corazón, patria querida,
Y viene a marchitar hoja tras hoja
La flor de tu esperanza más lucida!
—¡Imposible! No ha muerto; la envoltura
Donde vive el espíritu del hombre
La destruye la muerte despiadada,
Y quizás a otro ser de oculto nombre
Le brinda su estructura
La materia en fragmentos disgregada...
Pero el alma morir..., ¡necia impostura!
¡Esa esencia sublime y misteriosa,
Esa chispa fugaz, el pensamiento,
No se puede encerrar dentro la fosa,
Que es su pila de Volta el firmamento!...
—Tú no has muerto, GAUTIER; lo dice el ave
Por el céfiro amante acariciada,
Que su dulce cantar arrulla suave

Cuando gira sutil en la enramada;
Y lo dicen también las armonías
Del divino laud que tú pulsabas,
Y aquel estro sublime con que honrabas
A mi patria adorada en tus poesías,
Melancólicos ecos derramando:
No dejes tu laud, sigue cantando
En la esfera de luz del firmamento;
Que tu madre Borinquen, suspirando,
En delirar prolijo
Escuchará tu acento
Por do quiera buscando el tierno hijo;
¡Y en el sordo rugir del vago viento,
A su heraldo de amor, que está en la gloria,
Enviará los perfumes de las flores
Que hora siembran dolientes mil cantores
Junto al árbol frondoso de su historia!

MANUEL RUIZ GANDÍA.

Puerto Rico, febrero de 1880.



A LA SENTIDA MUERTE

DE

DON JOSE GAUTIER Y BENITEZ

Cantor de Puerto Rico, de inspiración divina,
Cual divinal sinsonte que en el vergel cantó;
Alondra de la selva, canora y peregrina;
¡Con qué placer Borinquen tus trinos escuchó!
Doliente sensitiva que entraña el sentimiento,
Y al son de dulces notas brotó para sentir;
Tu broche marchitaron las ráfagas del viento,
Cuando empezó en el valle su cáliz a entreabrir.
Te llaman los palmares con doloroso arrullo;
Los lagos, las ondinas con ayes de dolor;
Te buscan los collados con mágico murmullo;
La tórtola, la fuente, y el prado y el condor.
Las brisas de la tarde con el zarzal suspiran
Y el argentado lirio pregunta con afán:
¿Por qué ya los arpegios del trovador no giran,
Cual ecos misteriosos que por el bosque van?
¿Por qué su arpado acento cual coro de querubes
No vibra por la fronda con dulce murmurar?
¿Por qué ya no resuenan sus cantos a las nubes,
Su idilio a la floresta, sus trovas a la mar?

¿Por dónde va ese timbre de célica ternura,
Raudal de sentimiento como el primer amor?
¿Por qué el espacio llenan preludios de tristura
Y lanza el sacro bronce tañidos de dolor?
Inclina su corola la flor triste y doliente,
Velando un mar de lágrimas su cáliz virginal;
Y exclama: ¡Ya sus trinos no nos traerá el ambiente!
¡Apaga su armonía la losa sepulcral!
¡Jamás oirá Borinquen con deliciosa calma,
El cadencioso acento que su primor cantó!
Buscando otras regiones más puras fué su alma;
¡Y misteriosas sombras en su confín halló!
Mas no; para tu patria perenne es tu memoria;
El astro de tu genio radiante brillará,
En páginas doradas escribirá tu historia;
Y con amante orgullo tu nombre guardará.

ANGELINA MARTÍNEZ DE LAFUENTE.



A LA MEMORIA

DE MI INOLVIDABLE AMIGO EL EGREGIO POETA BORINQUEÑO

DON JOSE GAUTIER Y BENITEZ

Yo no sé a do te fuiste, como ignoro
Yo mismo adónde iré, como no sabe
A do irá a mitigar su eterno lloro
La pobre humanidad; la ciencia grave,
¡Ay!, en la edad presente no ha podido
De tal misterio descifrar la clave.
Mas doquiera que estés, oye el gemido
Que brota de mi tierra desgraciada,
Virgen tierra, GAUTIER, que fué tu nido;
La borinqueña Musa, desolada,
Mira cual sufre tu eternal partida,
Jamás, mi dulce amigo, bien llorada.
Y contempla mi alma adolorida,
De esperanzas, amor y dicha yerma,
Sufriendo por tu muerte y por tu vida...
¡Ay!, que también *mi juventud se merma*
Y ya en su cárcel habitar no quiere
Un alma melancólica y enferma.
Alma, que su destino cuando inquiere,

En medio de sus dudas, dice: «¡Creo
Que mi celeste chispa nunca muere!»
  Y ¿cómo ha de morir, si cuando veo
De los sidéreos mundos la grandeza,
A Dios y a ti, tras ellos, entreveo:
  A Dios, centro del bien y la belleza;
A ti, que a su atracción glorioso avanzas,
Aunque lejos, muy lejos de su alteza...
  ¡Oh!, ya sé dónde estás, y el bien que alcanzas...
  Ya no dudo, ni lloro; ante tu gloria,
De mis dudas renacen esperanzas;
  Esperanzas que debo a tu memoria,
Como debe la patria a tu talento
Una hoja brillante de su historia,
¡Hoja de oro que vale un monumento!

FRANCISCO ALVAREZ.

Manati, 1880.

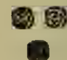
EL DUELO DE LA PATRIA

Mudas están las aves en el monte,
Nublado el horizonte,
Silenciosas las fuentes cristalinas:
Y posan en la cruz del campanario
Del templo solitario,
Calladas las obscuras golondrinas.
Ni una flor, ni un racimo, ni un retoño
Conservas del otoño...
¡Oh virgen Borinquén, estás desierta!
Ya no eres en tu mar «garza dormida»...
Eres, Patria querida,
En el mar del dolor garza despierta.
Mas, así debes presentarte ahora
A la faz de la aurora,
Sin galas, Borinquen, sin regocijo,
Ostentando las lágrimas y el luto
Con que paga tributo
De amor, la madre al malogrado hijo.
¿Lo recuerdas? GAUTIER, ya casi inerte,
En garras de la muerte,
A ti se vuelve con dolor profundo
Y al compás de su cítara vibrante,
La voz agonizante,
Eleva como el fénix moribundo:

«Toma, patria, mi última poesía»,
Llorando te decía,
Con los sones más íntimos del alma,
Así dió al cielo su postrer aliento,
Su última voz al viento
Y a ti, Borinquen, su postrera palma.
¿Qué podrás ofrecer en recompensa
De fama tan inmensa,
Como te lega el trovador que expira?
¿Qué premio le darás por tanta gloria,
Qué página en la historia,
Y qué espacio a los ecos de su lira?
Eleva, patria, el cáliz de amargura
Ante la sepultura
Que sus despojos fúnebres resguarda,
Y brinda que serás toda la vida,
De su esposa la egida,
De sus huérfanos, Angel de la guarda.

M. PADILLA DÁVILA.

Vega-Baja.



Á LA MEMORIA

DEL MALOGRADO POETA

DON JOSE GAUTIER Y BENITEZ

> Non v'accorgete voi che siete vermi
> nati á formar l'angélica farfalla
> che vola alla giustizia senza schermi?
>
> DANTE.

El ruiseñor canta para los oídos; el poeta, para las almas.

El ruiseñor es ave de este mundo, canta y muere en él; el poeta es ave de paso en la tierra, y canta y vive para otro mundo.

Los cantos del poeta son suspiros que buscan un más allá: si un sepulcro detiene su cuerpo, su alma sigue cantando en pos de un ideal eterno.

¿Podría ser de otro modo?

¿Vivir suspirando por lo infinito para quedarse en la tierra convertido en tierra?

¡Imposible!

¡Sería como haber hecho un sol para que no alumbre; un corazón para que no ame; una sensibilidad para no sentir; un entendimiento para no pensar; un infinito para encerrarlo en una tumba!

¿Y tu alma, poeta, qué será de tu alma? ¿Qué ha-

brá sido de aquello que en ti sentía, amaba y pensaba? ¿De aquello que no ha podido convertirse en polvo, porque no lo era? De serlo, hallaríase en tu fosa con tu cuerpo; ¿cómo entonces hallar tu sentimiento, tu pensamiento, tu alma en la esencia de tus obras, en nuestros corazones, en la naturaleza, a la que, nuevo Creador, devolviste su vida por ti purificada?

En ella, mezclados a su luz, a sus colores, a sus sonidos, a todos sus encantos, va el alma que le dió la tuya; y así como el aire no podría desprenderse del sonido en que podríamos decir que se transforma, ni el éter de la luz que le pone en vibración y le da vida, ni los colores de aquella misma luz que es toda su alma, así también la naturaleza no puede desprenderse de tus suspiros, ni de tus ecos, ni de las imágenes con que la vivificaste y la transformaste idealizándola.

Aun resuena en el mundo del alma el canto de amor con que has vitalizado el sentimiento de lo humano; de la tierra que te dió cuna; de la mujer, complemento del alma desterrada, y de los demás nobles sentimientos que son como las raíces que el amor echa en la vida del mundo para ligarla con la vida del cielo.

¿Y qué ha sido de esa alma que partió con su númen y sus ilusiones, dejándonos una lira silenciosa, un mundo poblado de dulces ecos y una amarga pena en el corazón?

¡Ah!, tu alma, GAUTIER, continúa suspirando tras el ideal, en otras regiones más luminosas y sin duda más felices, porque el númen del poeta es hijo del cielo.

Allí tiene otra lira, y canta glorias inefables que no son, ¡ ay !, para los que en la tierra hemos quedado. ¡ Y aun te compadecemos, cuando debiéramos envidiarte !

Allí, alma, amiga mía, la Voz Eterna habrá exclamado : «Ven y continúa tu canto entre los elegidos, alma elegida : ¿ vienes llorando porque allá te lloran ? Bastante has dejado a la tierra con tu sombra querida y tu glorioso nombre !»

ALEJANDRO TAPIA Y RIVERA.



JOSE GAUTIER Y BENITEZ

Camino del camposanto
llevan en andas un féretro;
sigue en pos, triste y sombrío,
un numeroso cortejo;
sollozan, más bien que doblan,
los bronces del cementerio;
del mar cercano, el murmullo
remeda vago lamento,
gime la brisa, y las aves
lanzan cantos lastimeros.
Ante las puertas sombrías
de la mansión del silencio
la comitiva se para,
dejan inmóvil el féretro,
y en su derredor se agrupa
todo el acompañamiento.
Es una noche apacible,
ni una nube empaña el cielo;
la luz de la luna llena
lanza pálidos destellos
y en el ataúd se quiebra
con fantástico reflejo.
A un tiempo los circunstantes
descúbrense con respeto,
reina un instante en el grupo

el más profundo silencio:
después una voz se eleva,
y entre sentidos conceptos,
al que de partir acaba
consagra dulce recuerdo.
En todos los ojos brillan
lágrimas de sentimiento,
por el dolor alterados
palpitan todos los pechos;
presiden tan triste cuadro
la paz y el recogimiento.
¿Quién es el mortal que acaba
de abandonar este suelo?...,
¿qué privilegiado espíritu
animó ha poco ese cuerpo
que va a bajar a la tierra
dentro de breves momentos,
y cuya eterna partida
causa tanto sentimiento,
tal solemnidad rodea
y acompaña tanto duelo?
No es un noble potentado,
no es un magnate soberbio,
ni un conquistador altivo,
ni un poderoso altanero.
Quien arranca tantas lágrimas,
quien produce tal respeto,
es un ser pobre y humilde:
¡es un poeta que ha muerto!

FERNANDO DE ORMAECHEA

Puerto Rico, febrero 15 de 1880.

A D. JOSE GAUTIER Y BENITEZ

EN SU MUERTE

En alas del invento portentoso
Que a Morse ha dado mérito cumplido
Librando del olvido
Su egregio nombre, la noticia triste
Cunde de que GAUTIER, el bardo ilustre,
Orgullo de Borinquen, ya no existe.
¡ Ay ! ¡ Cuánto luto lleva
La dolorosa nueva
A los que ayer con entusiasmo ardiente
Sus bellas creaciones aplaudieron
Y gozosos tejieron
Coronas de laurel para su frente !
Desde el undoso y cristalino Luisa
Al ancho plata y turbio Guanajibo,
Sollozando la brisa,
Tiernos suspiros, ayes lastimeros,
Difunde por doquier. Las borincanas,
De negros rizos y ojos hechiceros,
Fieles admiradoras
Del malogrado vate que hoy lloramos,
Mustias, ¡ ay !, las miramos,
Y de sus labios, do el amor se anida,

Estas sentidas frases escuchamos:
«¡Murió GAUTIER! Su lira melodiosa,
Que nuestro encanto fué, yace enlutada
Y en el sauce colgada
Que da sombra a su fosa.
Las esperanzas plácidas, ruiseñas,
Que su adorada patria en él tenía;
Las ilusiones puras halagüeñas,
Que en sus sueños felices concebía...
Gloria, ilusiones, esperanzas..., todo,
Con su insigne cantor pasó a la nada.
¡Lloremos, ¡ay!, su suerte infortunada!»
¡Lloradle, sí, riqueñas bondadosas;
Lloradle, sí, y llorémosle! Este llanto
Que moja el suelo que ensalzó su lira,
Mana del sentimiento
Que su temprana muerte nos inspira,
Y es ofrenda debida a su talento.
Mas nunca le llaméis infortunado
Porque bajó a la tumba el polvo humilde
Que *cárcel* fué a su espíritu elevado:
Su nombre esclarecido
En el augusto templo de la gloria
Con caracteres de oro está esculpido.
El vivirá en la historia;
Vivo está en sus melódicas canciones;
Vivo en los triunfos que alcanzó en la tierra;
Vivo en nuestros sinceros corazones.

JOSÉ R. RODRÍGUEZ MAC-CARTY.

Villa de Coamo.

¡VIVE!

AL POETA EMINENTE, AL AMIGO QUERIDO

DON JOSE GAUTIER Y BENITEZ

El no puede morir: séquese el llanto
Que agora triste nuestra faz inunda...
El no puede morir; la luz no muere
Ni en los abismos de la sombra obscura
Al romper de su cárcel las cadenas
Una ánima feliz, ¿por qué esa angustia?
¿A qué tan hondo duelo? ¿Por qué, locos,
Rasgamos con dolor las vestiduras?
¡Si en un punto no más la muerte amiga
Rompe la niebla que a la mente ofusca!
¡Si al apartar la venda de los ojos
Rinde, a los pies de la verdad, la duda!...
El no puede morir: dad a la carne
Lecho de piedra, humilde sepultura:
Sembrad un sauce que dormite en torno,
Murmure el labio la plegaria última
Y dejad la ceniza abandonada
Al inclemente cierzo de las tumbas.

¿Queréis al bardo oír? Vive y conmueve
Cual siempre conmovió: luces fulgura,
De intenso brillo, el astro de su gloria,
Y, furtiva, tal vez, se filtra alguna
A través de las grietas del sepulcro,
Para alumbrar el fondo de su tumba,
¿Queréis al bardo oír? Ved de la selva
La encantada mansión; las colgaduras
De helechos en alto, de lianas
Escaleras tejiendo; a la profunda
Sima del peñascal; la espesa umbría,
Cripta de amor, do próvida natura
Ocultara el indígena tesoro
De tradición fantástica y nocturna...
Allí está él: sus cantos son los céfiros
Que agitan el ramaje con blandura.
¿Queréis al bardo oír? Bajad al llano,
Florecido tapiz donde murmuran
El fresco manantial, el ancho río,
Inundando la margen con hartura
De manjares y flores y riquezas...
Allí también está. Vedle en la lucha
De proceloso mar, ora gigante
Que amenaza voraz, ora laguna
Que lleva, al resbalar sobre la playa,
Presentes de coral, besos de espuma...
Do quiera está: sus cantos armoniosos
Son flores, ¡ay!, que la nevada oculta,
Mas aspirado su perfume un día,
Las flores morirán, ¡su aroma, nunca!

El cantó de la Patria en los altares;
Aún sus notas suavísimas se escuchan
En el confín del bullicioso prado,
Y de los bosques en las arpas mudas...
¡Tú no puedes morir! Vive tu nombre,
Viven los ecos de tu amante musa,
¡Aún viven las ideas!..., que no mueren
¡Ni en los abismos de la sombra obscura!...

M. ZENO GANDÍA.

Febrero, 1880.



UN GEMIDO

A LA MEMORIA DEL MALOGRADO POETA PUERTORRIQUEÑO

DON JOSE GAUTIER Y BENITEZ

Aún el espacio llena
De su laúd la mágica dulzura;
Aún el aura serena,
Sutil al deslizarse en los palmares,
Blandamente murmura
La nota postrimer de sus cantares;
Aún a la voz de patria, estremecido,
Suspira el eco en vibración lejana;
Y ya el lento tañido
Del bronce funeral el alma inquieta,
Confundiendo, en fatídica armonía,
Con el himno supremo del poeta
El supremo estertor de su agonía.
Tierra de Borinquen, vergel de amores
«*Que formaron jugando las ondinas*»
Con espuma y coral, perlas y flores,
Tus galas peregrinas
Encubre aprisa con crespón de duelo,
Baña tu faz en lúgubre tristeza,
Llanto vierte, en amargo desconsuelo,

Que del cantor de tu sin par belleza
No queda ya en el suelo,
Más que un nombre, grabado en mármol frío
Y un arpa rota en el hogar vacío.
¡Eso queda no más! ¡Tristes despojos
Que extinguirán los años y el olvido!
El arpa, en breve, no hallarán los ojos,
Y nada dirá el mármol corroído...
¡Oh!, no; ¡no puede ser! En tanto aliente
Tu nombre, ¡oh patria!, en la filial memoria,
Culto hallará, ferviente,
El que gloria al buscar para su frente
Fué a encenderla en los rayos de tu gloria.
Cincel no falta que sus timbres cuente:
Los guarda el libro eterno de tu historia.
Y si ya de su lira destrozada
El raudal se agotó de melodía,
Los Genios de tus verdes enramadas
Evocarán sus notas apagadas
En el misterio de la noche umbría.
Y cada vez que, con los ojos fijos
En tu vigor, tu savia y tu nobleza,
Sueñen, ¡oh patria!, para ti, tus hijos,
Un porvenir de espléndida grandeza;
Cada vez que, con pecho alborozado,
Te miran avanzar en tu destino,
«*Libertad conquistar, ciencia y ventura,*
Sin dejar en las zarzas del camino
Ni un jirón de tu blanca vestidura»;
El fantasma luciente de tu gloria,
Del hilo malogrado
Despertará el recuerdo en la memoria,

Y lágrimas sentidas,
De lo íntimo del alma desprendidas,
Caerán sobre su tumba solitaria,
Más puras que las pompas y preseas,
Mientras formula el labio esta plegaria:
¡Bardo de Borinquen, bendito seas!

SALVADOR BRAU.

Cabo Rojo, 31 de enero de 1880.



INDICE

POESÍAS

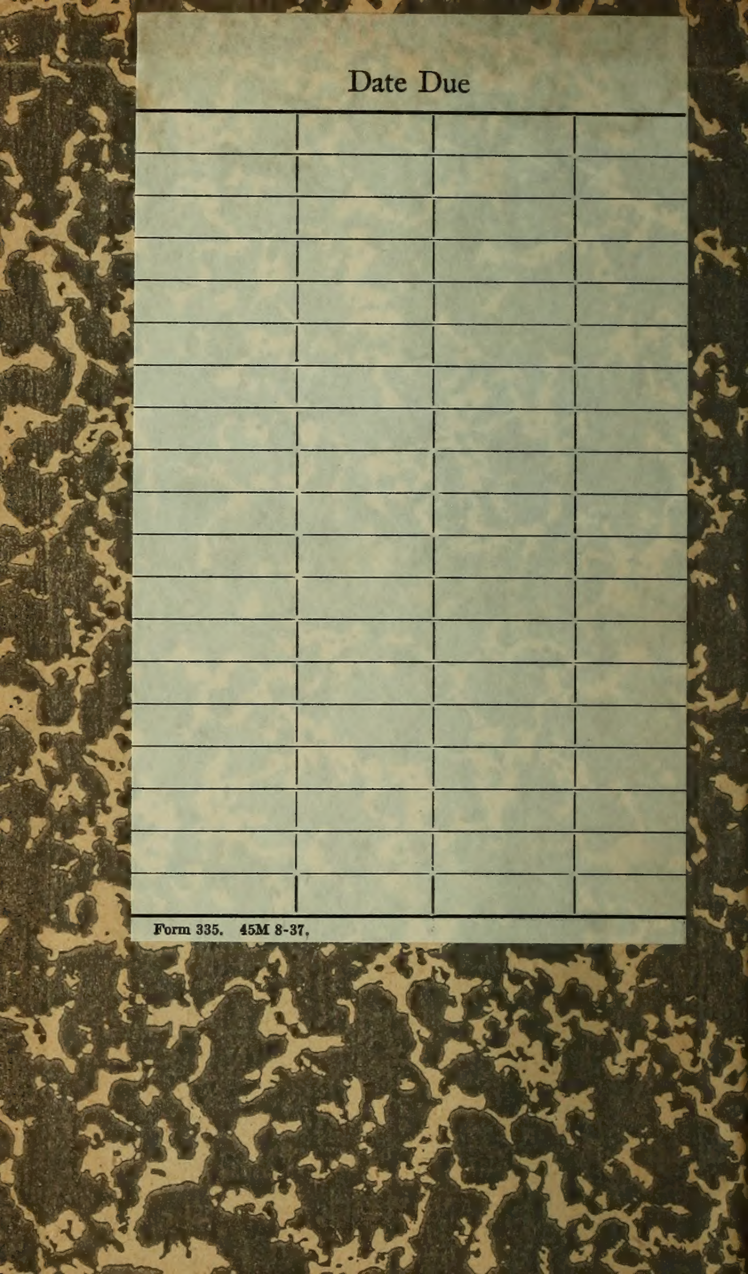
Indice

Páginas

Índice

CORONA LITERARIA EN HONOR DE D. JOSÉ GAUTIER Y BENÍTEZ

Indice


Date Due

